

LAS PUERTAS DEL PODER.

Gustavo A Vaca Narvaja

Novela 2004

"Feria del Libro Córdoba, Argentina 2004. Presentación".

Entre estas páginas, se abren hoy a los lectores, Las Puertas Del Poder. Gustavo Vaca Narvaja, su autor, ha trazado su trayectoria literaria desde distintos géneros ; esta es su segunda novela, luego de Jonás el Pintor, que presentara aquí el año pasado. Su vocación de escritor viene siendo una continua apuesta por recorrer nuevos rumbos de la palabra,

prestándose al desafío de develar aquella idea que viene a buscarlo a la orilla del camino. Su irrefrenable energía de escritor relegó al médico y el universo imaginario que los personajes le iban susurrando al pasar en diálogos incompletos, cobraron realidad. Así lanzó el argumento desde un paisaje social de seres empobrecidos, que sienten destino amenazado, alejado de las sendas soñadas, las del futuro "prometido". Se hace tentadora la idea de ir a la búsqueda de todopoderosos que les devuelvan la ilusión. Ardua fuè la labor del escritor para interpretar y traducir las tramas del poder. Y entre los hilos que las palabras de escritores reconocidos recorren junto al lector los puentes de esos misterios que se esconden en las energías que los hombres despliegan para alcanzar el poder.

Mientras el lector hojea el libro, en un primer encuentro, aparecen epígrafes que lo retienen en un rápido itinerario por el argumento, con presagios e incógnitas que marcan la preocupación central, en torno al poder. Estos pensamientos, cobran un valor dialógico, más allá del tiempo y de la novela ; son otras voces que acuden al llamado.

El escritor, visionario de estos secretos en la historia humana, se inspira en la realidad Argentina dentro de un contexto de cultura universal ; y entreteje a través de la reconstrucción de mitos y símbolos, una historia desde las lógicas del poder político que la cotidianeidad le muestra. Por su imprecisión temporal la lectura se desliza desde el presente al pasado y al futuro con fuerza premonitoria.

Entre el matrimonio de Perfecto y Elodia, origen de la familia que sostiene la trama, el narrador omnisciente advierte desde el capítulo primero :

"Sabe Perfecto que cuando la vida es silencio, prolonga la agonía, y hoy, se había decidido a romper esa inercia."

Estas palabras son señales inminentes que movilizan al personaje en dirección al poder, el narrador interpreta la decisión de Perfecto, padre de Apolinario, el protagonista, para iniciar la búsqueda de esa otra vida que se le ofrece desde el umbral.

La cita textual de Macedonio Fernández, con la que inicia el capítulo primero nos introduce en un clima de ultratumba que se aspira en toda la novela :

"Quién sabe, en esta debilidad de soñar, cuantas veces hemos despedido el ensueño de los que vuelven, hemos descreído, negado la visita plena y entera que nos brindaba alguien que volvía de la ocultación" Macedonio Fernández.

Las palabras de alto tono enigmático se multiplican en sentidos hacia el final cuando advertimos el destino de Apolinario a la intemperie y vamos sacando de la ocultación los secretos que tienen poseídos a los personajes

"El terremoto ciega muchos pozos y produce sequía, más también saca a luz fuerzas interiores y secretas" F. Nietzsche

La reconstrucción supone una esforzada recuperación del espíritu humano con proyección social, la que pondrá fin a la guerra de Apolinario, tan próximo a los significados mitológicos que lo acogen en la herencia de Apolo.

Desde la Ilíada, llegan los cantos de guerra para nombrar al iracundo Apolo como hijo de Zeus, el diestro en el arco de plata. Este dios vengador que desciende a los infiernos para desenterrar los secretos opacados, buscará la luz a través del desarrollo de la conciencia. En este destino de similitudes, Apolinario dispara sus flechas ante los intereses del poder y en estas disputas, como había ocurrido con Apolo, tampoco se ve favorecido en el amor. La

novela construye interesantes arquetipos de mujeres que a través del viaje intemporal, se muestran con sus vacilaciones, mutaciones del alma femenina desde el modelo maternal de Elodia hacia sofisticados rostros de astucia, simulación, artes de brujas, desplegadas en torno al poder

En este proceso de conciencia y en tránsito hacia el inconsciente individual y colectivo se intercala la realidad y las ensoñaciones y desde un coro de Voces, el autor recupera el espíritu de la tragedia griega con una potencialidad asombrosa compenetrada del psicoanálisis.

Desde un relato de hechos cotidianos se traslada a la categoría simbólica e indaga en la atracción que ejerce en las criaturas desposeídas. Observar a los personajes ingresar a esta atmósfera transfigurada por fuerzas desconocidas, me llevó a releer Mircea Eliade en "Imágenes y símbolos". La investigadora, destaca la importancia y los efectos del simbolismo en la expresión literaria cuando dice : "El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad-los más profundos-que se niegan a cualquier otro medio de conocimiento." Las categorías simbólicas proporcionan una comprensión más viva y más profunda de la realidad, que podría camuflarse, mutilarse pero jamás extirparse "Y defiende su valor como contraposición al racionalismo o cientificismo. Los símbolos dejan al desnudo las modalidades más secretas del ser humano, agrega en su análisis. Cuestiones que constituyen un recurso notable en la novela "Las Puertas del Poder".

Con el avance de los capítulos se van desplegando esas imágenes, sensaciones y situaciones que atraviesan la historia humana, descubriendo las apetencias de poder y las consecuencias que acarrear en los destinos de los personajes. Como en la cosmogonía grecolatina, deidades y humanos disputan una lid hacia un desenlace incontrolable. La ingerencia de atribuciones todopoderosas mágicas, rituales, o infernales, tiñen las acciones de los personajes y tanto los efectos de derrumbe o las búsquedas de utopías para alcanzar las cumbres plantean una tensión permanente entre el "Espíritu" y la "Materia", como percibe Eliade. Todo ello deviene de la nostalgia de la unidad primordial, señala, del deseo de abolir las polarizaciones que impulsan al ser humano.

Sin embargo, esta polaridad, actuando, en el interior de los personajes, se convierte en uno de los principales resortes del suspenso. La incertidumbre y lo imponderable de las conductas de estos seres hace que el lector prolongue las historias fuera del tiempo y se deje llevar hacia los diferentes mundos narrados buscando alternativas. Con sus reflexiones hacia la interpretación del universo discursivo ingresa en una narración intensa con los acontecimientos de la realidad cotidiana, referidos a la corrupción, el delirio de placeres dionisiacos ,al ejercicio del poder arbitrario inspirado en actitudes antojadizas y perversas ; siguiendo los impulsos guiados por el clima satánico de ritos y celebraciones que marcan precisamente "las puertas del poder" desde afuera y hacia adentro.

La vacilación entre los perfiles del héroe que se vuelve repentinamente antihéroe, obliga al lector a modificar actitudes respecto al mundo narrado. Los laberintos de la trama lo llevan desde lo absurdo a lo mítico, del ámbito celestial al infernal replanteando continuamente las actitudes de los personajes. Este camino de conquistas y fracasos tras los logros del poder,

pone a los destinos fuera de control y los convierten en seres enajenados por fuerzas secretas en un itinerario sin fin.

La potencialidad del título adquiere en nuestros días ecos de un presente vertiginoso, por las inclinaciones propias de la esencia vulnerable del hombre, tentado para alcanzar estrados que lo lleven siempre más allá de lo supremo. !Como no deslumbrarse ante un destino ilusorio de promesas consagradas !. Sabemos acaso la valoración final de nuestras acciones, envueltas en el misterio de los tiempos ? .Entonces retornan las palabras de Homero en la Odisea cuando exclama : !Oh dioses ! ! De que me culpan los mortales a los númenes ! Dicen que todos los males les vienen de nosotros y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino" Canto I

Josefina S Vargas Fonseca
Lic en Letras. / Escritora

¿Seremos capaces de no repetirla?
¡Quién sabe!...

I

«Quién sabe, en esta debilidad de soñar, cuántas veces hemos despedido el ensueño de los que vuelven, hemos descreído, negado la visita plena y entera que nos brindaba alguien que volvía de la ocultación.»

Macedonio Fernández

Es una calle sin límites, abierta a una barranca irregular, perros, ratas y alacranes, testigos de la indiferencia, transitaban sobre desechos de alimentos descompuestos; impactados entre plásticos secos, retorcidos, deformes; custodiados por restos de papeles, cartones y latas envueltos en el tiempo del olvido; vivía una familia marginal, y abandonada.

Atrapados al final del otoño en una choza hecha casa, o una casa hecha choza, con cartoneras y chapas de zinc, se habían apropiado de un espacio público, cercando la miseria con camas y palos secos atados con alambres oxidados, prolijamente colocados para decirle al mundo que ese terreno invadido era de Perfecto Del Manchón. El hombre marginado,

que decidió buscar la vida en la ciudad y un trabajo digno para mantener su prolífica familia, porque habían sido obligados a abandonar la selva virgen por un pecado original: “*no poseer título de propiedad que exigía la empresa petrolera*”, que no tardó en avanzar con sus gigantescos monstruos mecánicos, borrando en minutos todo lo que Perfecto y Elodia -su esposa- habían construido durante tantos años de esfuerzo y trabajo.

Un oficial de justicia acompañado del gerente de la empresa petrolera, se habían presentado una tarde en la vivienda.

-¿Sus documentos? -requirió el oficial de justicia bañado de seriedad.

-¿Qué documentos? -preguntó Perfecto mirando con curiosidad a su interlocutor.

-De identificación personal, y también de propiedad de estas tierras -respondió el oficial.

-No usamos esos papeles -respondió Elodia inquieta y desconfiada.

-Nos identificamos entre nosotros. Nunca nos equivocamos. Tenemos un cuaderno donde anotamos las intimidades de nuestra familia. Pero eso es para uso personal -agregó disgustada.

-Eso no tiene validez. Vea, señor Perfecto o como se llame, uno no es lo que quiere, sino lo que el papel dice que es -apuntó el oficial seguro de sus conocimientos.

-Para nosotros, no -aseguró Perfecto ofuscado.

-Pero el mundo es así, señor. Sin esos documentos ustedes no han nacido; viven sin pasado ni futuro. Ni hablar del presente -dijo el oficial, orgulloso.

Perfecto y Elodia jamás habrían pensado que ellos hubieran dejado de ser personas. Por otra parte, Perfecto hacía muchos años había tomado la decisión de vivir como él creía: en libertad, en absoluta y total libertad.

-¿Y el dominio de las tierras ? -preguntó el oficial.

-La dominamos nosotros -respondió Elodia, orgullosa.

-No, me refiero a la escritura, al documento de compra -respondió ofuscado el oficial.

-En nuestro cuaderno el día que nos hicimos dueños de esta tierra -intervino Perfecto.

-Eso no tiene validez. La tierra no es de quien quiere, sino de quien puede -contestó ahora el Petrolero, desafiante.

-Para nosotros, sí -respondió Elodia.

-Para la justicia, no -remató el oficial.

Oficial y Petrolero cruzaron una mirada cómplice. Si Perfecto o Elodia hubiesen pensado que sus repuestas iban a tener este efecto, tal vez habrían cambiado su posición, pero esos hombres tomaron nota y se retiraron sin despedirse.

Perfecto plantó su bandera nacional hecha con los jirones de tela olvidada en ese loteo de miserias, afirmando así su propiedad definitiva en ese espacio vacío de alimañas. La humilde casa de Perfecto Del Manchón y Elodia Sulfida estaba envuelta de vida, dolor, miseria y niños. Receta infalible de las desgracias sociales. Y también de injusticias.

Una puerta rústica, desteñida por el tiempo, taponaba la entrada colgando de una bisagra herrumbrada y ruidosa. La abertura mira al sur, como buscando tener una esperanza en lugar de esa rutinaria vida oscura. Dos ventanas disfrazadas en los días de calor y sol intenso con cartones sucios, permitían que el dolor cotidiano no escapase. La mesa de madera emparchada dominaba durante el día el centro de la única habitación, donde seis

sillas viejas y descuadradas adosaban sus espaldares contra las paredes manchadas, despulidas y descascaradas por el tiempo.

Cuatro colchones se levantaban rutinariamente en las madrugadas, apilándose contra la pared ciega del oeste, cuando nueve personas se ponían de pie para el trabajo. Eran el fiel reflejo de una familia condenada al destierro, la desesperanza y la búsqueda de alternativas de sobrevivencia. No importaba cuál fuera su precio.

Perfecto es un hombre delgado, alto, curtido, buscador eterno de trabajos negados, sobreviviente de una vida condenada a esa incertidumbre que hoy lo derrumba. Está sentado, mirando cómo huye el silencio por las rendijas en las sombras del atardecer, esperando la oscuridad de esas noches eternas. Tuvo, entonces, la necesidad de hablar con su esposa.

-Mira, Elodia: hace más de veinte años, la Iglesia nos prometió justicia y nos pidió paciencia. Nos ilusionaba con la frase «el reino de los cielos será de los más humildes; que Dios es justo; que se desvela por nosotros los humildes; que la vida es una prueba permanente». Pero cada vez que fuimos a pedir ayuda, sólo nos ofrecieron la comunión -dijo Perfecto, dolido y reflexivo

-Y es así, Perfecto, ¿por qué dudas ahora? -respondió Elodia-. Alimenta nuestro espíritu, Perfecto, nos permite vivir resignados, en paz -agregó.

-Pero seguimos bajando de peso, Elodia. El espíritu no basta. Las hostias no engordan a nadie y ¿qué paz puede haber con lo que nos ha pasado?; el desalojo y el hambre han cambiado mi vida, Elodia -razonó Perfecto, angustiado y vencido-. No es que dude, Elodia, es que estoy cansado de esperar. Por otra parte, si es justo, ¿por qué somos nosotros siempre los condenados a la pobreza? Sin trabajo, sin comida, sin techo, sin futuro. ¿Para qué quiero el Reino de los Cielos, si hoy padecemos hambre y sufrimos el maltrato sólo por ser pobres? -respondió Perfecto.

-Tal vez porque somos los elegidos por el Señor, Perfecto -comentó Elodia, dubitativa.

-Si lo fuésemos... no estaríamos así, Elodia -retrucó Perfecto-. Si hay un Dios, habrá también un demonio, o algo más poderoso. Por eso quería hablarte y quiero que pienses sin enojarte -apuntó-. No podemos seguir en esta situación, Elodia. Estuve conversando con un amable señor que puede cambiar nuestras vidas -titubeó, esperando una señal de esa mujer que había enlazado su vida a la suya para siempre.

-¿Quién es? -preguntó Elodia, sin levantar la vista de la prenda que cosía.

-Se llama Tiburcio. Y es un hombre respetable y mayor -respondió Perfecto.

-¿Y a qué se dedica? -pregunto ella.

-No lo sé, pero es la primera persona que escucha mis problemas con interés y hasta se ofreció cambiarnos la vida -razonó Perfecto-. Y como no sabía qué dirías, le planteé que tal vez pudiésemos conversar los tres, mañana.

-¿Tiburcio? -repetía Elodia en voz baja, tratando de ubicarlo entre sus conocidos-. No sé quién es, Perfecto, nunca escuché ese nombre. Y, por otro lado, ¿cuál es el motivo de su caridad hacia la familia? -preguntó, mirando esta vez a su esposo con curiosidad.

-Me habló de muchas cosas que son ciertas: como que el mundo es injusto, que nadie me da trabajo, que estamos condenados a mendigar; que nuestros hijos no sólo no tienen nada, sino que tampoco tendrán futuro. Me dijo que este mundo había que transformarlo porque quien lo hizo -nuestro Dios-, ha sido injusto. Y que ha llegado la hora de cambiar no

sólo la vida, sino también el alma -repetía Perfecto tratando de recordar las palabras exactas de Tiburcio, mientras escrutaba el rostro envejecido de Elodia.

Elodia había sido una hermosa mujer. Se casó con él teniendo sólo dieciséis años. Fue encandilada por los sueños de Perfecto, quien prometió poner el mundo en sus manos.

-Hay tantos sueños en la noche, como movimientos en el día, Perfecto. Me prometiste una vez, o varias veces, lo que este señor Tiburcio ofrece -dijo Elodia, resignada-. ¿Lo recuerdas? ¿Y qué alma vas a cambiar, si la nuestra también la robaron? -destacó.

Perfecto quedó pensativo; en realidad, hablaba con el tiempo sentado en ese lugar visitado por viajeros invisibles, vendedores de ilusiones y fantasías. Sabe Perfecto que, cuando la vida es silencio, prolonga la agonía, y hoy se había decidido a romper esa inercia.

Hablaba de nuevos proyectos con su esposa, convencido de que nada tenía que perder; que la vida lo había tratado peor de lo esperado, que nadie le había tendido una mano, que su miseria era llevada sobre sus hombros, delante de sus hijos, sin que nadie pudiera explicarle el por qué de tamaña injusticia.

Había nacido su último hijo: el séptimo. Casi un lobizón: Apolinario, un niño envuelto en trapos de descarte del basural y con un cajón de manzana como cuna; alimentándose de la teta de Elodia, que generosamente entregaba cada vez que lo requería el niño. Nunca recibió nada de la vida. Sólo dio hijos para el hambre. Sus utopías viajaban sin rumbo, en un mar sin playas.

-Lo recuerdo. Sí, lo recuerdo, Elodia, por eso hoy te propongo que hablemos con este hombre -suplicó Perfecto, sabiendo que estaba venciendo la resistencia al no de Elodia.

Ella también deseaba cambiar su vida. ¿Quién no?: siete hijos y castigada para siempre a la pobreza, piensa Elodia mientras el atardecer respira antes de fenecer, y la noche anuncia la calma del viento, porque las nubes no pueden ver los caminos. Ahora llega la magia de la espera y el tejer de fantasías, antes de cerrar los párpados cansados. Elodia sabía que no tendría muchas alternativas.

-Está bien, Perfecto, haremos lo que propones. Que así sea -respondió Elodia.

Perfecto suspiró. Mañana mismo llevaría a Elodia para conversar con el Sr. Tiburcio. Los perros protestaban al paso de transeúntes desconocidos. La noche se anunciaba sin tropiezos. Sabe Perfecto que habrá luna llena. De esas lunas consagradas a los siglos y a los sueños, con esas manchas oscuras que el hombre ya pisó y ofendió.

Perfecto se durmió.

Tiburcio era un hombre sombrío, cubierto por una capelina gris de cuello alto, a pesar del calor, el frío o la lluvia. Era su costumbre. Dos orificios laterales le permitían sacar sus brazos y moverlos con libertad. Las manos delgadas, pálidas, blancas, siempre encimadas, frotando su piel lampiña. Tiburcio usaba un sombrero negro aludo, que le consentía esconder su rostro en la luz del día y ocultar sus ojos profundos, gélidos, inescrutables, que paralizaban a quien mantuviese la vista fija en su retina.

Tiburcio los recibió en el sótano de su casa, en medio de humedades y fragancias a cenizas. Tres pequeños bancos, una mesa cubierta por una tela aterciopelada negra y un gigantesco cuadro surrealista, donde seres despreciables y deformes pisoteaban sus sombras rodeando un gigantesco mármol blanco, desde donde despegaban figuras demoníacas, hartas del secuestro de los tiempos y deseosas, sí, de una libertad prisionera.

-Bien, Perfecto, espero que haya invitado a su esposa en los términos que hablamos -dijo Tiburcio con voz seca y ronca, dejando su sombrero en la mesa.

-Lo hice, Sr. Tiburcio, ella lo sabe -respondió Perfecto, compungido.

-Bien, Perfecto, el trato es simple -continuó Tiburcio entusiasmado-. Vamos a combatir la injusticia. ¿Sabe por qué, Elodia? Porque la justicia siempre se coloca el ropaje del rico para castigar a los pobres como usted. O usted, Perfecto, ¿no está cansado de las injusticias? -argumentó mirando a uno y otro-. La razón, por ejemplo; la suya, la de ella, o tal vez la mía, nunca nos la darán. Porque la nuestra será siempre la del más débil; porque su palabra, Perfecto, Elodia, está llena de dudas -sentenció tratando de remarcar lo que consideraba injusto.

-El trabajo: Perfecto, ¿se preguntó usted por qué no tiene trabajo? -continuó Tiburcio-. ¡Porque es humilde, Perfecto!; ¡porque es pecado ser humilde ante un poder que nos domina!, ¿me entiende, Perfecto? -preguntó, manejando la escena.

-Sí. Es cierto. ¿Pero, cómo luchamos contra ese poder? -preguntó Perfecto.

-¡Con otro poder, Perfecto! ¡Con el poder más grande del universo! -respondía emocionado Tiburcio, iniciando su tic en el ojo derecho.

-¿Y dónde está ese poder... Sr. Tiburcio? -preguntó Elodia, interesada.

-¡En los infiernos, Elodia! ¡En los mismos infiernos donde reina el señor! Mi señor. Y seguramente: tu señor también, Elodia, si aceptaras esta ayuda -respondió Tiburcio, descubriendo esta vez sus ojos inyectados de un color rojo brillante.

El sótano tembló, la tela negra que cubría la mesa comenzó a moverse por los reducidos espacios del recinto secreto. Los ojos de Tiburcio se iluminaron y, elevando sus manos hacia el techo, convocó al señor de las tinieblas. Las llamas del infierno envolvían a Perfecto y Elodia. Su familia saldría de la pobreza.

Nada más atractivo que el poder. Quién podría negarlo. Enfrenta las miserias humanas que cada uno lleva en los más recónditos secretos del alma. Deslumbra la omnipotencia, la impunidad de los actos; encadena al hombre a la rutina diaria del placer, al mando, la envidia, los vicios, la lujuria, la riqueza fácilmente acumulada, el egocentrismo y la ambición. En contraste con el hacinamiento, la marginalidad y el abandono de quien no está incluido en el sistema. Tiburcio sostenía que la pobreza contagia. Es como la sarna, justificaba.

La falta de un futuro cierto y la cruel desesperación de su indigencia, llevaron a esa familia humilde a buscar en las mismas entrañas del misterio y en la oscuridad de las ciencias ocultas y secretas, la repuesta a sus angustias y pesares.

La familia completa había ingresado ese año en la cofradía «La Noche Roja». Por primera vez sentíanse apoyados, acompañados e inmersos en acciones solidarias. El clan decidió reunirse en una noche de abril.

No importa la fecha de ese abril oscuro y frío que invadía el galpón de avena abandonado y que mágicamente se transformaba para esas ceremonias especiales en un recinto perfecto y sagrado; colmado de figuras con túnicas negras, clandestinas, anónimas, secretas, atentas, mudas, expectantes, nerviosas, esperando, luego de entronizar a Satanás, presenciar los ritos para el ingreso de la familia Del Manchón.

Ellos también habían pasado por esas circunstancias. Siete nuevas túnicas negras esperaban eternizarse en esos cuerpos llenos de vida y temor. Cuerpos que, en definitiva, serían entregados al amo y señor de la secta: Lucifer.

La secta sostenía una historia de más de cincuenta años funcionando en forma ordenada y secreta. La seducción se basaba, justamente, en ese halo de misteriosos encuentros múltiples bañados de rutilantes ceremonias. En ese alcázar alejado del tiempo. Los consideraban marginales. Estaban excluidos en una sociedad temerosa de misterios.

La revelación de los ritos satánicos profundizaban la necesidad de mantener a los discípulos en un anonimato cómplice. El poder sobre la vida y la muerte despertaba curiosidad hasta que, incorporados a la cofradía, encontraban su contención y aliento.

Los sacrificios, generalmente de animales, como ofrenda, se acompañaban de flagelaciones a miembros que, por razones que hacían públicas, estaban condenadas al castigo. El sacerdote, que por su historia manejaba el grupo satánico, era el responsable de los rituales y profecías.

La Noche Roja había nacido justamente en el cementerio de la ciudad. Cuando en una noche tormentosa pudieron resucitar al difunto, reencarnado esta vez en un pequeño niño que les habló de los infiernos con una voz de ultratumba.

-Lucifer quiere acompañarlos; desea que multipliquen sus seguidores. No es suficiente abalear entre cristianos y satánicos. Hay que atrapar almas inocentes, enquistarse en todos los sectores de esta sociedad, multiplicar las leyendas, repartir almocelas para que nuestros novatos seguidores no puedan ser reconocidos. Festejar los actos de rebelión contra la rígida religión católica, que los ha convertido en esclavos de la cruz. Veneremos a Lucifer, entreguemos nuestras almas y sacrificios de sangre. No temamos la muerte porque ella será: la consagración al señor de las tinieblas. –Tiburcio, médium, traducía.

El niño levitaba, temblaba, convulsionaba, mientras sus palabras levantaban la furia del viento que ahora azotaba el cementerio. Su voz era la voz de un adulto, de un hombre mayor, furioso por haber sido enterrado en el mundo de los muertos. Sus ojos estaban incandescentes y fijos. Miraban el infinito. De sus manos brotaban las luces del infierno; en destellos insólitamente ciertos, quemando las túnicas negras. Habían unido sus manos para permitir el mensaje del señor que se encontraba representado en esa figura marmórea, gigante entroncado en esa bola de fuego que ilumina a los esclavos que tiran de sogas inmensamente tensas. Las lápidas eran parte del escenario impactado en un cielo cargado de nubes grises y presagios malditos.

El sacrificio se realizaba encima de su tumba, degollando al perro que perteneció al muerto. Quedó inerte en esa lápida de granito alisado y, en media hora, el cuerpo se fue desintegrando envuelto en una luz brillante, incandescente, destilando algalias de poderosa fuerza que inspiraban a los novicios y veteranos. A partir de ese mensaje constituyeron la cofradía: «La Noche Roja».

Tiburcio les había contado su historia a Perfecto y a Elodia, resumidamente, sobre los orígenes de la cofradía; estaban expuestos, pero hoy, Tiburcio estaba preparado para presidir esta nueva ceremonia donde la familia de Perfecto sería consagrada.

Un potrillo -la ofrenda elegida- de escasos meses estaba atado a un poste clavado en medio del recinto. Esperaba el sacrificio; que se consumió, salpicado de plegarias y cantos que le daban vida a esa multitud encapuchada y misteriosa, ansiosa del misterio.

Las túnicas negras cubrían, desde la cabeza a los pies, toda la anatomía de los asistentes y también su propia historia. El cuchillo filoso levantado por quien oficiaba

como el gran sacerdote, acertó la arteria del cuello del animal, que no tuvo una queja. La sorpresa fue más rápida que la espera. Tiemblan los asistentes. Se consagran en silencio. La familia completa Del Manchón asistía por primera vez, subidos a una tarima de madera lustrada con cebo de arces. La sangre brotaba cayendo mansamente en un recipiente de veinte litros ubicada en el centro del escenario. Justo debajo del cuello del animal. En ese recinto cerrado tenebrosamente oscuro, retozaba el diablo.

La sangre fue colocada en un cáliz de oro. Uno a uno, los integrantes de la secta comulgaron en silencio, sorbiendo sangre tibia del potrillo silenciado. Luego, tomaron a la familia completa de la mano, y los desnudaron junto al filoso cuchillo. Tiburcio, con una esponja, fue lavando cada centímetro de esos cuerpos con sangre roja y caliente del potrillo agonizante.

El niño más pequeño: Apolinario, fue introducido en el abdomen eviscerado del animal muerto, como lo determina la conjura de ese pacto satánico.

Colocado en ese lecho, lloraba mientras el sacerdote cosía los bordes del cuero, dejando que sólo la cabeza del niño quedase afuera. Tiburcio estaba poseído y exultante.

Llora. Lloro el niño abandonado en ese lecho tibio rodeado de velas negras y cirios apagados. Cenizas frías, flores rojas esparcidas sobre pinturas de cruces invertidas. Como era costumbre de las sectas luciferinas, en sus misas negras, rescataban al demonio al que consideraban injustamente castigado por la historia.

Beber su sangre; impregnarse de ella en toda su piel, formaba parte de esa adoración contradictoria en la trinidad demoníaca: la bestia, el anticristo, el falso profeta.

La magia, la iglesia de Satán, el templo de Seth, los adoradores de Seth; todos ellos juntos ahora en esa ceremonia, estaban dispuestos a llegar a las motivaciones más perversas que en forma grupal practicaban, ofreciendo al señor sus ritos; promoviendo, en casos especiales y justificados, los abusos sexuales mezclados con homicidios, secuestros, suicidios, necrofilia y también: necrofagia aberrante.

Danzas de sutil belleza, plásticas danzas rituales, cargadas de sensualidad inigualable, contorsiones, gritos, lamentos, quejidos aullantes, risas y llantos acompañando a quienes hoy ingresaban llenos de dicha al grupo eterno, bañados con droga, alcohol y sangre que hacían figuras mezclando la cabeza del potrillo con la historia del campesino de la selva. Las sombras negras antes inertes estaban enloquecidas, dichosas, admiradas de su propia vitalidad, fuerza y coraje. Todo se complementaba en una escena de luces titilantes.

Era el inicio del grupo familiar Del Manchón; dispuestos a cambiar su miseria y abandono por riqueza y poder en el misterioso mundo sobrenatural de Satanás, quien, cansado de la hipocresía de la iglesia, mandó a redactar los nueve estatutos satánicos, demonizando el mundo, para que luego fuesen consagrados y cumplidos.

Las sombras negras reviven el pasado. Sus bailes entrelazan la historia; mientras afuera, el viento huracanado mueve los árboles, descuelga las hojas ocre que bajan con la suavidad del papel. Ruge el viento; levanta el polvo del camino en embudos que se pierden en las nubes, como queriendo acercar el cielo con la tierra. Muere la noche, y un manto oscuro va cubriendo las estrellas.

Cuando el sacerdote nombra a la familia Del Manchón, estalla el trueno y un relámpago cruza el infinito. El príncipe de la oscuridad había ganado legítimamente un nuevo grupo familia: la familia de Perfecto Del Manchón.

-¿Seremos mejores, Perfecto? -preguntaba Elodia rompiendo el escapulario.

-¡Peores, Elodia!, seremos perversos, crueles y malos. Por eso nos irá mejor. Ya verás...

Apolinario, el más pequeño de todos, recuerda esa ceremonia en medio de una nebulosa de miedos, con imágenes difusas de esos personajes vestidos de negro, seguros de su sombra. Sin embargo, él había sido bendecido con la sangre de potrillo en forma especial y también colocado en el vientre eviscerado del animal aún caliente, como símbolo de entrega a esa secta a la cual quedaría ligado el resto de su vida. A pesar de esto, siendo mayor no fue, en el tiempo, un asiduo concurrente a otros actos satánicos. Los eludía, los evitaba, pero era obligado a concurrir y ayudar en las ceremonias.

Su cuerpo aún tenía el recuerdo del tibio calor del potrillo que su piel guardaba, y el secreto contacto de la sangre sagrada que lo bañaba, patinando su piel, hasta completar el charco de sangre coagulada.

Estaba imbuido de todos los defectos que podía tener un niño, para ser el exponente del «nunca serás»: Caprichoso, arbitrario, envidioso, rencoroso, despótico, y con un odio a la iglesia que le permitió muchas veces ser puesto como ejemplo. Siempre le hablaban del poder, las riquezas y las bondades de romper con las leyes.

-¡Destruye, Apolinario, destruye! -coreaban las voces que sólo él escuchaba.

-No permitas que la humillación te lleve a la esclavitud. Lucha, Apolinario – continuaban.

-Es tu mundo, Apolinario, ellos te esperan, ellos te obedecerán para siempre – coreaban.

Soñaba con sombras y figuras deformes pero no sentía miedo. Pasaba noches enteras en un estado de conciencia relativa. El día se confundía con la noche. La luz con las sombras. Huraño y desconfiado, Apolinario aprendió a convivir en su propio mundo, rodeado de fantasías oscuras, retazos de historias de magos, hechiceros, brujos y prácticas esotéricas. Era un mundo de misteriosas tinieblas que despertaban incertidumbres.

El Dios de la secta satánica: Lucifer o Belcebú, sobrevolaba la tierra. Buscaba en Astarot y Asmodeo las semejanzas de Leviatán y Azazel, o como le quieran llamar. Quienes resistían esos nombres, preferían revivirlo en un 666 o dejar en los paredones escrito el 40.

Todos los integrantes de la secta habitaban esa ciudad, esa sociedad, esa cofradía secreta. Las prácticas y creencias satánicas de Aleister Crowley estaban presentes. No fue casualidad que fuese llamado por su propia madre como «la bestia». Era admirado e imitado en honor al maestro dueño de la noche y las tinieblas.

Apolinario acostumbraba a mantener acopios de tierra negra mezclando el alfaque con restos de animales, telas y huesos colocados prolijamente ocultos bajo el elástico de su cama; en su punta: la imagen del señor de los infiernos. Su Guía.

En las noches de luna llena, las mujeres de la secta salían en estado hipnótico, sólo cubiertas por un tul blanco largo, corriendo por las calles desérticas, cruzando baldíos aislados y campos abiertos iluminados por la luna. Corren, bailan, dejan que su cuerpos liberen sus formas y les permiten recibir las caricias de la luna, que las suma como un capullo delicado. Son libres y siguen mezcladas en una danza con sombras negras, que se resisten a perder ese momento de magia hasta el amanecer, haciendo gala del criterio satánico.

«Ser amable con quien lo merece, en lugar del amor gastado en los ingratos.»

Las sombras sin rostros desparramaban sus figuras pidiendo alafia en medio del silencio. La pregunta indiscreta, siempre presente, prefería encontrar el pedido de Odiseo a su amada Penélope.

-Hazme otras preguntas y no te empeñes en averiguar mi linaje, ni mi patria. No sea que con la memoria, acrecientes los pesares de mi corazón, pues he sido muy desgraciado.

¿Quién desea desenterrar los misterios pasados? El carnicero de Milwaukee: Jeffery Dahmerel, que convivía con sus propias víctimas fraccionadas y se alimentaba de sus cerebros, porque así les sacaba el alma. O aquellos legendarios del clan Beane, en las cavernas de Glasgow, con sus hijos antropófagos, que perdieron sus vidas buscando la piedra filosofal. ¿O quieren acompañar los baños de inmersión de Erzesebet Báthory?, con la sangre de sus víctimas para encontrar la perpetuidad y belleza eterna.

-Tiene razón Odiseo, “hazme otras preguntas, para que tu alma no sea atormentada” -corean las voces.

Apolinario fue creciendo entre ritos y ceremonias. Pocas cosas lo asustaban; entre ellas: la miseria, la postergación, el abandono y la falta de elementos necesarios en su vida. Odiaba. ¿Por qué no odiar a mis enemigos?, se preguntó, si nuestra Biblia Satánica dice casualmente eso: «Odiar a los enemigos. Nunca amar al enemigo».

-Si no lo haces, tendrás como consecuencia la creación de una dependencia absurda con el enemigo -le enseñaba Tiburcio-. Los enemigos, Apolinario, serán siempre la espada traicionera. Aquellos que se acerquen buscando tu confianza, serán los primeros en traicionarte. No pudieron vencerte de frente, te matarán en tu mismo lado -sentenció.

-No te confíes, Apolinario, estás solo en este camino, nosotras te llevaremos la luz -corean las voces a las cuales Apolinario ya las hacía suyas.

Hablaba con ellas; discutía con ellas, dejaba que sus contradicciones las enfrentaran. Pero al final, siempre escuchaba atentamente sus consejos.

Apolinario mantuvo el odio y el resentimiento en forma permanente. Fue su característica. Abandonó la escuela por problemas de convivencia y conducta. Apolinario sufría de asma bronquial y disentería. Esta última en forma crónica, con crisis inevitables y desagradables consecuencias. Su permanencia en lugares cerrados o lejanos a los baños eran su pesadilla. Nunca llegaba a tiempo. Eso lo aislaba del resto de los jóvenes, que no dudaban en burlarse y humillarlo. No hubo magia negra, ni blanca, que limitara su afección. El agua que tomaba no era potable. La comida, su comida, eran restos que solía encontrar en los basurales o donaciones de algún restaurante o familias que, en el desperdicio, dejaban mensajes de opulencia.

Trabajaba en lugares insalubres: basurales, limpieza de baños, cloacas, techos y buhardillas. Apolinario no se quejaba. Aprendió que en medio de esa maldad que lo rodeaba, su poder y liderazgo sobre el conjunto se acrecentaba. Conducía en cierta forma ese grupo humano. Estaba seguro de contar con esas condiciones de mando que él admiraba en las figuras públicas autoritarias, despóticas y abominables.

Sus ojos se encendían cuando el temor se apoderaba de quien lograra sostener su mirada. El terror y el temor ajeno lo subyugaba. Reía cuando el silencio se apoderaba del grupo. Imaginaba que sus orejas crecían puntiagudas. Que sus ojos cambiaban de color y que el rostro se invadía de arrugas profundas, marcadas, caprichosas, y el cabello se erizaba.

Reía pensando que, dentro de su cuerpo, los gusanos crecían comiendo sus entrañas, destruyendo los sistemas perfectos, moviéndose, trepando por las arterias hasta las intimidades del cerebro despertando los centros de la malignidad y el desprecio.

Reía de ver los rostros temerosos de quienes asistían a sus mutaciones. Estaba feliz, Apolinario, sentíase cada vez más fuerte. Recordaba muchas veces el calor del vientre eviscerado del potrillo y los gritos de la secta que festejaban al elegido: Él.

-¿Tú, Apolinario? -pregunta la voz de la nada.

-¡Sí!, soy el que hará de ti el príncipe entre los hombres y mujeres de este pueblo; el que llevará a tu paraíso un rebaño salvaje de almas sin destino. El que alimentará el fuego de tu casa; el que hará polvo las voluntades. El que hará temblar los cimientos de los templos cristianos; el que generará seguidores de tu maldad infinita -clamaba Apolinario.

-¡Sí, soy yo! -afirmaba Apolinario.

-¿Te sientes preparado, Apolinario? ¿Piensas que te será fácil? -interrogaban las voces.

-¡Lo estoy! Puedo contagiar mis odios, puedo alimentar las venganzas, puedo hacer muchas cosas que tú aún ignoras. Haré que te veneren y teman tu figura. Puedo atraer la furia del deseo, puedo destruir lo indestructible -deliraba Apolinario.

Había aprendido a pescar en las orillas de los ríos y el mar. También a comer serpientes, anacondas, mono ahumado, tapir y tortuga. Mezclaba la carne con mandioca y plátanos. Toda la riqueza de la selva cercana a la ciudad era para él. En las tardes, se perdía entre el malezal esperando el coro de las ranas y el diálogo de los animales de la selva que despertaban la oscuridad y nutrían sus fantasías. Los pantanos esperaban sus víctimas.

El concierto de una selva, la magia de la naturaleza que comenzaba a vivir, mientras las ciudades dormían antes de que la luz cerrara los bosques.

Untaba su cuerpo con barro de los pantanos; cruzaba rayas en su rostro, dibujaba caprichosas figuras satánicas en su cuerpo atormentado. Su figura semejava un esperpento. Las plantas verdes, las flores mezclando colores. La naturaleza esperaba la frescura del atardecer, envolviendo esa locura desatada en Apolinario, y rozaba la humedad de su cuerpo, absorbiendo los fluidos del éxtasis, copiando los dibujos de su cuerpo, robándole los recuerdos hablados, capturando las notas musicales de sus cantos, inventados en su fantasía. La selva vivía. Blasfemaba con gritos entremezclados con los ruidos eternos de la selva. Las tormentas de agua y truenos y luces de relámpagos que estallaban en el cielo, hacían de su figura una aparición envidiablemente demoníaca, mientras cuatro mujeres repartían cantos de amor; y juntas bailaban danzas de arrullos infantiles recordando que los límites del tiempo se habían borrado.

-¡Soy Apolinario! -gritaba desde las ramas de los árboles a un auditorio fantasma.

-“Serás Apolinario” -corean las voces.

Apolinario dejaba que sus manos enviaran sus rayos al cielo. Dejaba que su voz desesperada atravesara la espesura de las plantas. Danzaba en una ceremonia enigmática, cayendo luego extenuado en medio de una maleza acolchada, esperando que el amanecer lo llevara nuevamente a su humilde y carenciada vivienda; envolviéndolo en el candado de una civilización custodiada por leyes injustas y perversas. Apolinario juró cambiarlas. No por justicia. Sí, por ese impulso de reacción que lo caracterizaba. Era un ácrata.

II

“La demagogia esencial del demagogo está dentro de su mente, y radica en su irresponsabilidad ante las ideas mismas que maneja. La demagogia es una forma de degeneración intelectual.”

Orte

Apolinario había decidido, de joven, entrar en el mundo de los muertos. Cansado de la injusticia de los vivos buscó a su padrino de ceremonias: Tiburcio. Y le propuso que legara los secretos que guardaba celosamente para hablar con los muertos; para comunicarse con los hombres de las profundidades, con los hombres encerrados en los cajones de la oscuridad.

Pretendía encontrar en ellos las respuestas a sus intrigas del más allá, de esos lugares con resquicios invisibles, desconocidos por los mortales. Llevó y entregó a Tiburcio lo que había escrito esa noche desvelada. Esa misma noche había soñado que esta escena se producía. Estaba excitado, deseoso de encontrar su destino, también de lograr los objetivos propuestos: ser el líder de esa enorme masa de hombres y mujeres que permanecían subyugados por sus mensajes. Entregó sus escritos. Pero primero los leyó:

“Sr. Tiburcio, soñador de alquimias y fantasías, mago de letras y palabras sin unir, deja que cada una caiga para que me encuentren, sin pensar, y formen palabras sin sonidos, sin estilo, palabras de regresos, de llegada a mis preguntas. Tú, que eres sabio, rompe ese manojo de raíces que envuelven el ataúd del intelecto y deja que el agua lave la tierra, al igual que tus ideas. Atrapa la mejor figura del recuerdo en el mismo espacio que te rodea, en la tierra, en el aire que te cubre, y deja luego, tenga vida. No trates de someterla.

Sacúdela suavemente, para que se libere y deshoje esa flor en pétalos que necesito, y que caigan en el mar sin levantar espuma, viajando sin rumbo al fondo, o al final de un abismo que no puedo ver. Acudan, con magia de estrellas que flotan en racimo de millones de luces tiradas al vacío, para buscar la repuesta deseada.”

-Maestro, quiero entrar al terreno de la oscuridad -sostuvo Apolinario-. Aparte de este pedido, Tiburcio, ¿no crees que estoy listo para iniciarme en el camino de la omnipotencia? ¿Cuanto tiempo más, Tiburcio, estaré en una espera sin fecha? ¿Cuántos espacios vacíos vas a dejar de cubrir con tu gente que como yo te admira y te sigue? No, Tiburcio, desde aquella ceremonia que marcó mi vida, me he preparado para dar el paso final. Que no seas tú el que me impida conocer mi destino Tiburcio. Estoy buscando esa suerte, como un pescador en profundidades de aguas invisibles, sin cristales transparentes en las turbulencias de líquidos estancados, fétidos, cubiertos de una capa verdosa de basura licuada -le ruega-. No puedo esperar que mi cuerpo se disuelva, que se vaya desintegrando lentamente, que las carnes caigan, dejando los huesos delgados ante el retozo de los gusanos. No, Tiburcio, estoy listo para este desafío, me he preparado lo suficiente como para saber cuál es el momento adecuado -finalizó.

-¡Lo haces tan fácil, Apolinario! ¿Tú te crees listo ? ¿Sabes cuántos siglos han pasado para consolidar nuestra hermandad ?; ¿o crees que esto es una casualidad? Hemos sido perseguidos en el siglo VIII; Carlomagno ordenaba nuestras muertes pretendiendo que con ello se eliminarían fenómenos inexplicables, evitando que cayeran sus fieles al cielo de Satán; primero culparon al demonio documentado en el Concilio de Ancyra. Esto en el siglo IV, luego nos enviaron los inquisidores para perseguirnos, matarnos y exterminarnos. Como no pudieron, entraron a la caza de brujas con el Papa Inocencio: por ser inmorales, pecaminosos y asesinos. Hay un largo camino, Apolinario, para acusarnos bastaba sólo la sospecha; luego, las confesiones bajo tortura. Nos acusaban de matar niños y hacer pócimas con ellos, comer su carne, beber su sangre y hasta tratos carnales con el diablo, ¿comprendes, Apolinario? -decía Tiburcio-. Sin embargo debo admitir que has sido uno de los fieles seguidores de Lucifer -terminó.

Dejó de hablar; entró en un silencio absoluto. Era su padrino. Tiburcio pensó la propuesta, leyó el papel, le impactó esa agresividad innata; ese desprecio, esa ironía maldita. Pensó que estaba maduro para esa empresa y, luego de darle algunas indicaciones, no de muy buena gana le entregó las palabras mágicas que debería usar para entablar su primera relación con los muertos en busca de su destino.

-Eso sí -afirmó-, ¡destruye el papel, Apolinario, cuando esté concluido el acto! Nadie puede leerlo. Es parte de los secretos del señor. Ve con estos misterios que te entrego -dijo Tiburcio, pensando que mezclaba la desconfianza con el orgullo. Vaya a saber.

Fue Apolinario al cementerio de su pueblo, situado en el oeste, a seis kilómetros de la zona urbana, rodeado de selva. Los cementerios son el reflejo de sus pueblos, su retrato, y, a veces, su futuro. Estaba ubicado en un descampado semiabandonado, acorralado por una pirca de piedras amontonadas, simulando una pared sólida visitada sólo por lagartijas desconfiadas, que entraban y salían de entre las piedras, buscando refugio.

Como un cinturón de protección rodea la pirca el cementerio, que alquila para descanso las tumbas, las lápidas, los nichos y panteones solitarios, desteñidos, fríos, condenados para siempre a estar en ese lugar público, en esa posición, en esas formas, mirando y viviendo la eternidad, que se pierde en un horizonte repetido, calcado, permanente. Los portones de acero y la muralla de rejas retorcidas siguen custodiando su entrada.

Abrió la vieja reja y crujieron las bisagras. Entraba en ese mundo silencioso de los muertos, donde las palabras viajan sin formas, perdidas en los senderos desiertos, en un cuadro de abandono, con escasas flores colocadas para el homenaje a un innominado sobre sus mármoles.

Sintió Apolinario la brisa seca en su rostro mientras examinaba el campo sembrado de lápidas colocadas en hileras caprichosas. Observó que, casi todas, tenían leyendas de una despedida temporal con la seguridad de ofrecer, en el más allá, el encuentro deseado huérfano de futuro.

-Son los lechos de los mortales vencidos, Apolinario, son los hombres que han caído bañados en lágrimas ajenas. Mira sus rostros, Apolinario, mira sus lápidas abandonadas, mira esas flores secas esparcidas en la tierra. Lee sus leyendas y verás qué rápido olvidan sus promesas. Los han dejado cubiertos por un manto de tierra seca -corean las voces.

Pocas sostenían en su cara anterior la imagen del finado, hasta que Apolinario encontró el rostro de un anciano de mirada maligna. El epitafio se reducía a certificar su fecha de nacimiento y su muerte. Nada parecía haber acontecido entre esas fechas. ¿Cien años?. Sí, cien años habían pasado de su desaparición.

-¡Éste será! -dijo en voz alta, parándose al frente de la foto incrustada en el mármol desteñado.

Clavó su rodilla en la mitad de la tumba; volvió sus ojos al oriente y luego, en voz alta, leyó las primeras palabras:

-“Exurgunt mortui et and veniunt.”

Levantó con su mano derecha la tierra de la superficie de la tumba y, en pocos segundos más, continuó rezando la plegaria:

-Potencias infernales: vosotras que traéis alarma a todo el universo, abandonad vuestras sombrías moradas e idos a reunir a otro mundo. Si tenéis bajo vuestro poder a este anciano, en que me intereso, os conjuro en nombre del rey de los reyes, para que lo hagáis aparecer ahora.

Luego, en voz más alta y removiendo la tierra de la superficie de la tumba, Apolinario esparcía el polvo en el espacio y daba la orden final:

-Aquel que no es más que polvo, que se levante de su tumba, que salga de su ceniza y que responda a las advertencias que voy hacer en nombre del padre de todos los hombres – finalizó.

Apolinario se tiró boca abajo abrazando la tumba, empotrando su cuerpo en la tierra, y llamó por su nombre al anciano tres veces; finalmente exclamó hacia la misma la tierra:

-Ego sum, te peto et videre quero.

En ese instante, el anciano aparecía sentado encima de su propia lápida, mirando al muchacho tirado sobre su tumba. Sonrió; tenía tiempo para contemplarlo. El apuro no se justificaba. Si tantos años estuvo bajo tierra, ¿por qué no esperar ahora?

Apolinario calculó que su plegaria había tenido el tiempo suficiente para lograr el efecto esperado. Levantó su cabeza lentamente, mirando la lápida del anciano. Dos piernas colgaban desde el borde superior. Flacas, delgadas, pálidas, inmóviles, cadavéricas, inertes. Levantó más su cabeza hasta ver al anciano nítidamente. No se asustó; lo encontró ridículamente vivo. Le llamó la atención su risa burlona, despectiva, harta de encierro. Lentamente se sentó sacudiendo su ropa llena de polvo.

-¿Exurgunt mortui et and veniunto? -repitió en voz baja mirando los ojos profundos del anciano.

-Sí -contestó mecánicamente el anciano cerrando su boca.

-¿Para qué me llamas, muchacho? -dijo el anciano con voz de ultratumba mientras se sacudía el follaje de todos los árboles del cementerio y las piedras chocaban contra las lápidas-. ¡No te conozco! -y lanzó una carcajada que estremeció los sepulcros-. ¿Como conocerte, estúpido mortal, si tú me llamas desde mi propia tumba? -maldijo el anciano repitiendo su grotesca carcajada.

Apolinario, lejos de asombrarse, contuvo su odio al desprecio del finado, y con palabras firmes y simples procedió a explicarle: que así como lo había llamado y sacado de su tumba lo podría enviar nuevamente a ella; o, peor aún, enviarlo a tumbas colectivas como venganza. Los muertos no aceptan compartir féretros, piensan que es mala suerte. Se estremeció el anciano; vacilaba, la sonrisa se borró y un gesto adusto se incorporó.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó-. ¡Has roto mi secreto! Has traído mi alma al mundo del cual ya me olvidé. Soy un viejo que necesita descanso, no martirio. No tuve un responso. ¿Me comprendes? -dijo temeroso.

Apolinario supo entonces que podía manejarlo, el orgullo perverso del viejo había capitulado. Era el momento para la pregunta.

-Quiero que me digas cómo llegar al poder. ¿Cuáles son los caminos?, sólo eso y te daré el descanso que me pides.

-¿El poder? -repitió el anciano.

-¡El poder! -asintió con una carcajada que invadió la noche.

-En realidad, muchacho, el poder nació contigo. Necesitas alimentarlo, modelarlo a las ambiciones ajenas, reafirmarlo en cada instante sin contemplación alguna, sin límite, sin remordimientos. El poder requiere que el hombre sea despiadado para siempre. Debes encontrar las herramientas en la “política”. ¿Sabes qué es esto? Especular con la necesidad de la gente, sus defectos, sus secretos, su miseria. Debes venerar el desprecio y la omnipotencia. Encontrar el lugar y su forma de ejercerlo. De nada vale un poder sin el dolor ajeno. Debes aprender a gozar las desgracias de la gente que te sigue. Someterlos a la intriga, la duda, la indiferencia y el desprecio. Hacer de ellos los seres más miserables del universo. Lograr que se odien entre sí. Y te odien y respeten a la vez. Sin odios no hay poder, muchacho. El poder es el vicio más adictivo y codiciado. La crueldad debe ser tu hábito, pero una advertencia: debes alejarte de la secta temporalmente -sentenció el anciano, y nuevamente lanzó su carcajada de ultratumba. Temblaron las lápidas. Cayeron las flores mientras continuaba:

-”El Poder” -repetía, entre risa de catacumbas-; el poder lo tienes, imbécil mortal -vociferaba-. ¡Lo tienes, imbécil mortal! -repitió más fuerte-. ¡Has nacido con él!, ¿y no lo sabes?, ja ja ja.

El anciano se burlaba de Apolinario.

Humillado, Apolinario trazó una cruz sobre la tierra con furia. La imagen del anciano fue desapareciendo lentamente en un suave rumor de risas.

-¡Regresa a tu nido maldito! ¡Que los gusanos te quiten la carne que te queda! -sentenciaba Apolinario, encolerizado. Ya no lo necesitaba; sentía un profundo desprecio. Se disponía a marcharse, no sin antes patear la tierra de la tumba y esa lápida que trataría de olvidar.

-La política será mi herramienta -pensaba mientras cerraba la reja vieja y herrumbrada. Sería, entonces, una lucha total.

-¡Ah!, si al menos me iluminara Quirino. A él sí le sobraba solercia -pensó.

Apolinario regresó en la madrugada. Durante su camino notaba que cientos de alevillas homenajaban su tristeza danzando y, muchas veces, asentándose en su cabeza o sus hombros.

-¿Seré el hombre de las mariposas? -pensaba mientras decenas de mariposas lo seguían.

Sentía curiosidad por esta actitud que nunca habían tenido antes; movían sus alas con lentitud. Se preguntaba: ¿cómo es que no caían? Levantó su mano derecha y la extendió al vacío dejándola suspendida. En pocos minutos, decenas de ellas quedaron descansando sin importarles si incomodaban al viajero.

-¡Y bueno!, si quieren venir, que vengan -y las llevó pegadas al cuerpo.

Siguió el camino en la oscuridad, caminando sin ver el sendero, pensando que si ya tenía la herramienta, dedicaría su vida a trazar las estrategias necesarias para lograr el objetivo. Lo tenía claro: política y poder; ahora, dependería únicamente de sus habilidades. Se sentía reconfortado; sus angustias e incertidumbres habían dejado de martirizarlo. El anciano le había legado un mandato: alejarse temporalmente de la Hermandad.

Pero Apolinario ya tenía incorporado en su cuerpo y su alma las ceremonias y sus ritos.

La lectura permanente de la Biblia Satánica de Anton Szavdor La Vey, le había dejado secuelas definitivas; sin embargo, las relaciones con el resto de componentes de la cofradía no atravesaban su mejor momento. Apolinario había incursionado en el vampirismo, fundamentalmente con Bram Stoker y su libro clásico: Drácula; Dom Agustín Calmet con Vampiros de Hungría; Polidori: Vampiro; Carter Scott: Orgasmos de Sangre. Estaba siguiendo el caso más contemporáneo: el vampiro Peter Kuten, de Alemania, llamado el vampiro de Dusseldorf, que violaba a su madre, hermanas y animales domésticos, de los cuales chupaba su sangre tratando de emular a Jack el destripador. O el de John Haig, que desde el coro de la iglesia contemplaba horas enteras al Cristo que murió en la cruz sangrando. Desde ese día lo obsesionó la sangre; lamía los Cristos, tomaba la sangre de animales que sacrificaba en los bosques, estaqueados vivos. Y Jeffrey Dahmer, que dedicaba su vida a descuartizar cadáveres, seleccionar los restos que él apetecía para su canibalismo y luego colocar las cabezas de sus víctimas en su heladera. Eran sus trofeos.

Admiraba Apolinario la inmortalidad del vampiro y su total impunidad. Sabía que él no lo era, porque su imagen estaba siempre reflejada en el espejo. Pero tenía coincidencias importantes con la personalidad del vampiro. Se identificaba absolutamente con ellos.

Siempre tomó muy en serio las leyendas de vampiros e investigaba los cuellos de los hombres y mujeres, esperando encontrar los heridas sangrantes del colmillo incrustado en la noche. Nadie podría clavarle la estaca traicionera; tampoco el filo de la espada en su cuello. Él pertenecía a la carpa del demonio. Un relámpago anunció: “traigo la lluvia”.

Las tormentas alimentaban su paranoia. Las gotas de lluvia ornamentaron su figura, ahora desteñida a la distancia, desdibujada en el camino de regreso a su habitación. Apolinario, sin darse cuenta, comenzó a bailar; moviendo sus brazos, elevando la cabeza al infinito mientras el agua de lluvia caía en su rostro haciendo brillar su imaginación. Era la danza del conejo.

Apolinario danzaba con inocencia; con una alegría que desbordaba su rencor, moviendo sus manos con delicados gestos, que la luz del relámpago fotografiaba siempre en una figura mágica nueva.

-¡Llueve, Apolinario, llueve! -dicen las voces.

-Te mojas con esa agua bendita de nubes que no te pertenecen. Debes cuidarte de no contagiarte de los misterios del cielo. Perteneces, de por vida, al infierno -susurran las voces secretas en coro.

-No puedes esquivar el futuro, menos aún desconocer tu pasado –deletreaban.

-¡Eh, Apolinario! Has podido hablar con los entierros. Has destapado las tumbas; has maldecido a quien te contestó tus dudas, me siento orgulloso de ti -grita Tiburcio sentado en la galería de una casa invisible, flotando, justo a su frente-. ¡Ahora llevas esas mariposas pegadas a tu cuerpo! ¿Sabes qué significan? –preguntaba-. ¡El triunfo, Apolinario!, has esclavizado la belleza, ahora ve por sus almas -ordenaba Tiburcio.

Los pájaros limpiaban cuidadosamente sus plumas mojadas, despulgando su escozor, felices de estar mojados y acompañando al danzarín sobrevolando su cabeza.

Apolinario se detenía mirando atentamente las mariposas multicolores. Qué perfección en sus líneas, pensaba; admiraba los trazos de colores que serpenteaban las alas transparentes. Se daba cuenta de que nunca había admirado ese mágico mundo de la pequeña naturaleza.

-La que nunca vemos. La que siempre ignoramos, Apolinario. La que siempre está -coreaban sus voces.

III

“A veces no hay peor angustia, peor sufrimiento, que la esperanza. Y no hay peor horror que el fin de uno mismo, cuando sobreviene antes que la muerte y hay que arrastrarlo en vida.”

V. Forrester

Apolinario relee en soledad la carta que había escrito a quienes lo habían condenado. Su resentimiento lo torturaba; su posibilidad de venganza alimentaba su vida:

“Sr. Juez:

Sé que vives en los salones de esos palacios llamados de la justicia, con mosaicos encerados, pulcros, atrapados entre ébanos y robles en sus puertas y ventanas, lugares donde sentencian. Sí; en donde una vez sentenciaron y cambiaron mi muerte por prisión. Ustedes, consagrados como las figuras inmaculadas, abrochadas en los escapularios de oro y plata. Me encerraste por diez años. ¿Lo recuerdas?; para después pedirme perdón. ¿Sabes qué son diez años a la sombra? No, no lo sabes. Pero fíjate, Sr. Juez, en ese gran señor: allá, en esa pared inmensamente blanca, que tiene incrustada su cruz, sostiene tu Cristo, como deseando transmitir a quien llega, que el recinto de la justicia es sagrado. Pero te equivocas, hermano, y tendrás que pagar por esto. Tu redención y la mía están en los clavos y coronas de espinas que cuelgan del cuerpo sangrante del Cristo, que, dicen las lenguas, fue injustamente condenado. También por tu justicia. Igual que yo.

Son ustedes que ahora detentan el poder. Con cada palabra y en cada sentencia deciden las vidas de terceros: Nosotros.

Se olvidan que mi libertad recuperará los espacios, y algún día: Yo estaré libre; tú, preso.

¿Justicia terrenal? ¿A quién llevas? ¿A ellos? ¿O a mí? ¿Dónde están tus consejeros majestuosos que cierran los cajones llenos de carpetas de miserias resumidas de los hombres que condenas? ¿Quiénes son ustedes?; el legado de los dioses? Te equivocas, Sr. Juez, y pagarás por esto; yo no les he dado ese derecho. ¿Alguien se los ha conferido? Yo, Apolinario, se los quitaré. Lo juro.

Me acusaste de robar un lechón. ¿Recuerdas? ¿Sabes?, tenía hambre. No sólo yo; toda mi familia. Yo pagué y tú me acusaste igual. Diez años preso, para luego decirme que te equivocaste?

Quiero preguntarte algo: ¿todos los que roban en este país van presos? ¿Conoces al menos uno? ¿Y sus miserias, dónde están, señores de la justicia? Quiero verlas. ¿Dónde están los señores de la sentencia? ¿Escondidos? Quiero verlos para condenarlos también.

¡Oh!, justicia terrenal; ustedes, llenos de tierra y barro, quieren limpiarnos. ¿No tienes acaso vergüenza? En algún momento nos veremos, estaremos cara a cara. Vivirás entre escritorios encerados y pulcros, pero siempre: atrapado.

Por eso te maldigo. Te sentencio a desaparecer; te condeno a ser incorpóreo y regresar a tu origen. Voy a trabajar para que sea así. Entonces, podrás mirarme a los ojos y arrepentirte para siempre. Porque ya será tarde, porque yo: Apolinario Del Manchón, no te daré el perdón. Ya estás condenado. Vivirás la pesadilla que yo tuve sólo por tu capricho.

Tú, con tus patrones; yo, con mi gente.

Hasta muy pronto

Apolinario Del Manchón

Ex Penado/ Injustamente”

Nada fue tan importante para Apolinario Reyes Del Manchón, como ese final. Dejar esa carta en el escritorio de su propio verdugo, después de diez años de sollozos en la soledad de celdas frías, de burla artera, de trato injusto, cuando fue dejado en esa resaca abandonada, sometido al olvido. Estaba libre, podía respirar nuevamente el aire puro, escuchar el canto de los pájaros o el ruido de una cascada de agua de un río, o la sinfonía misteriosa del mar que extrañaba tanto.

Salía del silencio. De un silencio sin tiempo cruelmente adornado con la nada. Saturado de palabras mudas lanzadas por hombres de bocas selladas. Tantos días y noches pasadas mirando por una ventana vacía, crucificada con rejas negras herrumbradas, testigos de tantos odios acumulado por la libertad perdida.

Cierran, abren las celdas, las jaulas que cercenaron su libertad. Clic, Clic. Son los latidos de las cerraduras gigantes de la cárcel que memoriza Apolinario, y que cavan hondo en su corazón maltratado. Pasos anónimos en los pasillos vigilados, voces que ocupan como los panales, las celdas de la humillación. Manos que escapan a los barrotes llevando el espejo para comunicarse con el vecino, cúmulo de soledad; cigarros armados con los restos de tabaco que se juntan en los patios; aire viciado, aire espeso, aire con sabores a venganza. Acumula Apolinario su tristeza y sus broncas; graba cada momento, cada minuto de su encierro interminable.

En las noches podía respirar el aire del mar, que se filtraba sin misterios en las ventanas de la celda. Podía imaginar esas playas que tantos sueños le habían llevado flotando en las mareas caprichosas o en las tormentas de furia de un mar encrespado. Quería venganza; sí, venganza, por eso utilizó su tiempo para confeccionar un listado de hombres protervos que pudiesen acompañarlo en una lucha desigual. Fue difícil seleccionar cada uno de sus futuros aliados. Pero era su alimento. Era el sustento diario: su detestable rencor.

Cuidadosamente, en una prolija carpeta de tapas de cuero, fue anotando cada una de las características de los elegidos: edad, profesión, estudios, núcleo familiar, lugar de nacimiento, antecedentes de su vida personal (antigua y actual), debilidades, ambiciones, ansiedades, compromisos financieros a corto, mediano y largo plazo, deslealtades anteriores, traiciones, codicias, reglas de simulación, todos requisitos que consideraba indispensables para lograr su cometido. Tiempo le sobraba.

Nada debía quedar al azar. Las posibilidades de éxito o fracaso estaban, justamente, condicionadas a estas pequeñas pero importantes notas, que mostraban crudamente las miserias de los futuros integrantes de ese estado imaginario que estaba dispuesto a conformar con un solo objetivo: recomponer un lugar digno para su humanidad agraviada.

Él, Apolinario, el hombre del destino, el hombre transportado a la magia de los oráculos y a la magnificencia de lo espectacular, sería el conductor. Nada sería imposible si cumplía prolijamente el plan elaborado en sus momentos interminables de ocio y desesperación.

En realidad, sus objetivos estaban condicionados más por frustraciones anteriores que por razones lógicas. Pero sabía que si desperdiciaba esa oportunidad, no tendría nunca más otra. Era la última. Había terminado de anotar los datos de sus futuros socios. Estaba cansado y, levantando su vista, encontró su imagen dibujada en el espejo biselado que había heredado de sus antepasados. Estaba demacrado, pero en sus ojos destellaba el brillo de la ambición; esa luz intensa e inquieta del arrebató. Esa necesidad de llegar cueste lo que

cueste a ese lugar tan soñado y esperado: el poder. El Gobierno de ese pequeño pero poderoso estado.

-Llegarás, Apolinario, pisando las cabezas de tus enemigos, aplastando las resistencias de quienes se opongan a tu proyecto. No dejes que el cansancio te venza, no dejes que las debilidades del hombre florezcan en tu piel curtida por el sufrimiento. Tienes el estigma del éxito y la fuerza suficiente para resistir -coreaban las voces entusiasmadas.

Sabía que sus miserias terminarían. Que sus frustraciones acabarían y que su futuro estaba justamente en la habilidad de seguir encontrando la forma de sobornar lentamente todos los escalones necesarios en la política para llegar al poder. Recordó que, en su infancia, había sido testigo de aquellas humillaciones en su casa, en su barrio y en su escuela. Recordaba su apodo (moflete), recordaba las burlas de sus compañeros, los castigos en su casa, la soledad de su vida. Recordaba que en ese rincón oscuro del callejón de su cuadra, custodiado por dos tapiales embadurnados de propaganda y llenos de graffitis, había jurado y prometido llegar al poder.

Adueñarse de ese escritorio invisible y de ese espacio prohibido: el palacio de Gobierno. Desde ese lugar conocerían quién es Apolinario Del Manchón. Y sabrían de sus traiciones, porque presentía que lo esperaban, que lo llamaban, que lo encandilaban, como una luz abierta en medio de la noche que señalaba, en esos largos años de búsqueda, la entrada triunfal a la puerta del poder: Su poder. El grito salvaje del éxito, la lucha y, finalmente, el premio: la inmensa fortuna que podría acumular lo convertirá en un gran ladrón. Pero también, en un gran señor.

-¿Quién podía ser un gran señor sin una gran fortuna? -se preguntaba todos los días de sus largos años en prisión.

-¿Qué es el poder? ¿Quién es el poder? ¿Dónde se consigue el poder? -meditaba.

Sus observaciones lo habían llevado a conclusiones que iba anotando desordenadamente, como por ejemplo: “que es muy difícil que un pobre llegue al poder”. No hay antecedentes; había escuchado sobre revoluciones populares. Pero éste no era su caso. Difícil también es disputar el poder con dinero prestado; estaría condicionado.

Otra conclusión documentada: para ser candidato, debería tener una carrera política en algún partido político; Apolinario no lo tenía. También anotaba detalladamente sobre las promesas que pregonaban los políticos en las campañas. Ninguno cumplía.

Algo le había llamado poderosamente la atención: observó que los opositores estaban siempre juntos en el reclamo y las manifestaciones, pero separados en las urnas. Porque a la hora de repartir cargos prevalecían las ambiciones personales.

Pensó que tampoco sería éste su caso. De manera que anotó algunas síntesis, como definiciones propias:

“El poder es todo lo que deseo; el poder soy yo; el poder se consigue con personas decididas a conquistarlo, pero para su propia satisfacción.”

Sobre el tema del poder eran sus preguntas e interrogantes que encabezaban las notas en borradores, donde escribía sus discursos imaginarios, que alguna vez se atrevería a leer en voz alta para escucharse y ser escuchado. Sí. Ser escuchado, eso deseaba.

-¡Te escucharán, Apolinario! Aplaudirán cada palabra y se emocionarán si logras derramar una lágrima en medio de un discurso de fortaleza. En política, las lágrimas no

son debilidad. Son votos, Apolinario. Aprende a llorar también sin lágrimas, aunque sea colócate agua -coreaban las voces.

Su infancia lo había marcado a fuego: débil, de bajo peso, cachetudo, tímido, malhumorado, envidioso, retorcido, vengativo. Lo habían castigado, se habían burlado, lo habían ridiculizado, lo excluían de los juegos, de los grupos de estudio y de las fiestas. Apolinario odiaba a todos; también a su disentería crónica y su asma, y todavía recordaba cuando fue tirado el pozo ciego, tragando excremento ajeno, ahogándose en la impotencia para regresar a su casa vencido y avergonzado.

-¿Cómo no pensar en el poder? Sí, ésta es mi obsesión -pensaba.

Entendía que la política era el oficio de mentir; el arte de fabricar ilusiones, de acumular fortunas insospechadas e ilegítimas, protegidas, intocables y secretas.

-Roban las sobras, los inútiles -repetía cada vez que leía titulares de los diarios cuando un amigo era capturado robando un almacén, una gomería o un automóvil del playón abandonado.

-Nunca seré yo -aseveraba a sus amigos-. Estoy para designios mayores - afirmaba orgulloso.

-Roba, Apolinario, roba todo lo que tengas a tu alcance, el pueblo se acostumbra a que sus gobernantes roben. Es más, si no lo haces, hasta en eso fracasas -aseguraban las voces.

-Piensa en tu futuro, Apolinario, sólo las rocas son capaces de frenar las aguas de las crecientes; si eres arena, te arrastra. Eso, Apolinario, conviértete en una poderosa roca - afirmaban agitadas las voces, estimulando a su protegido.

Frente al espejo podía verse reflejado medio cuerpo; era suficiente para admirar cada ángulo de su rostro, cada pedazo de su anatomía castigada. Se admiraba a sí mismo. Muchas veces hablaba con su espejo. Nunca había un desencuentro. Tampoco una contradicción. Su admiración iba más allá de la reflexión. Cómo es posible que su figura hubiera sido objeto de burla si estaba ante un hombre casi perfecto.

-Todos me envidian y vos nunca me defendiste -le recriminaba a su imagen, que copiaba sus movimientos pero no sus pensamientos.

-He sido cincelado por un artista para ser el más grande -decía moviendo su bigote finamente trabajado.

Lamentaba, eso sí, la pérdida del cabello; deterioraba su imagen imperial. Pasaba más tiempo entretejiendo sus cabellos desordenados, buscando la forma de disimular la incipiente calvicie, que leyendo sus libros de cabecera. Observó también que su figura estaba entrando en los años críticos del medio siglo.

-Es la hora de la madurez -pensaba mientras planchaba con sus manos los cabellos de las sienes.

-¡Llena mi vaso, Apolinario!, mi sed es superior a la tuya -ordenó a su imagen calcada en el espejo que lo imitaba a la perfección.

-¡Brindemos por el éxito! -balbuceaba Apolinario saludándose a sí mismo.

-Brindo por vos, Apolinario Del Manchón. Brindo por tu futuro. Mírame a los ojos y asegúrate que, de hoy en más, serás mi hermano más querido y también llevarás mi nombre.

Bebe Apolinario un vaso tras otro, frente a su espejo; junto a su exacta figura que copia cada movimiento. Sólo que el líquido no entra en su réplica, y tampoco causa efecto alguno.

-¡Brindemos! –repetía, dejando que la botella esquivara el vaso y derramara el líquido en el suelo, en su ropa, en los sillones.

-¡Brindemos! –repetía en medio de parajismos, dirigiéndose a tres cuadros de santos, pero principalmente al de San Antonio de Padua, que lee impávido un libro con una imagen extraña y piadosa encima de las hojas, mientras agita el lirio de blancos pétalos.

Quién diría, pensaba Apolinario, San Antonio de Padua en la habitación prestada, a condición de que no podría retirar esa imagen.

-¡No la retiro –dijo-, la tapo! –Soltó una carcajada y comenzó a bailar saltando en el pie derecho e izquierdo. Un paso adelante y otro atrás. Brindaba con su imagen, que también acompañaba la burla y el desprecio.

-La tapo, la ignoro, la desprecio –gritaba al vacío, gesticulando y desafiando a su imagen a que lo contrariase.

Al lado del cuadro cubierto estaba la pintura diabólica de Lucifer. A él sí veneraba, admiraba y seguía. Era su modelo y por eso brindaba y se emborrachaba como hoy.

-¡Eh, hombres de los infiernos! –gritaba Apolinario desencajado-. ¡Cubran la tierra con esta capa de alcohol, para que sepan que estoy alcoholizando mis penas, pero también anunciando las glorias! –ordenaba.

Ríe Apolinario. Ríe a carcajadas, babeando saliva y vino con una espuma que cuelga en sus comisuras, mientras chorrea su camisa, que parece haber sido herida cuando el rojo del vino traza un esquivo camino sobre el género. Sus ojos están inyectados, rojos, brillantes, fulgurantes y desafiantes.

-¡Eh, hombre de la flor!, ridículo payaso –gritaba Apolinario amostazado-. ¡A ver, tira esos pétalos a mis pies!, para pisarlos, para quitarles el color –afirmaba.

Y ríe cada vez más fuerte; gesticulando, mofándose de santos que no son de su pertenencia. Son de la dueña de esa pocilga que alquila. Había soñado tantas veces esos brindis, que los disfrutaba diariamente hasta que la borrachera poseía cada centímetro de su cuerpo, para que las figuras sin rostro aplaudieran sus ocurrencias hasta que sus esfínteres se relajaban de tanto reír y burlarse de sí mismo, dejando que sus excretas durmieran a su lado, invadidas de moscas que acudían al festín pudriendo su aliento. Imaginaba los ciervos atentos a la estocada del cazador, que montado al corcel belicoso galopa con sus perros convertidos en sabuesos persiguiendo los rastros de sus presas. Presidía Apolinario la mesa larga del festín de los poderosos, y levantando osadamente su espada provocaba la huida de comensales entregados a la gula salvaje del ocio.

-Bebe, Apolinario, bebe hasta que tu cuerpo estalle. Deja que el alcohol te vuelva torpe, deja que tus palabras escondidas afloren sin retacear maldiciones. Bebe, Apolinario, porque tu sed es tan intensa que necesitas de ese alcohol que te hace soñar –recomiendan las voces.

-Te daremos mujeres, Apolinario, mujeres de tu calaña para saciar tus apetitos salvajes contenidos. Te daremos sexo, placeres que no conoces, te llenaremos de éxtasis, fortuna y poder, Apolinario. Sigue, Apolinario, éste es tu camino –aseguraban las voces.

Delira Apolinario imaginando la huida de una mujer en medio del viento que barre las hojas ocres del suelo, ahora seco y partido, mientras dos árboles se agitan sin abandonar sus tallos entre las piedras lavadas, que esconden sonidos de aves negras que se posan para mirar al borracho pestilente. Son las mismas que esperan en las laderas del fondo rocoso, lamido por el mar espumoso, rugiente y fresco. Es el lecho transparente donde habitan los

músicos de los violines; bajistas y pianistas que no respiran ni se mojan porque son imágenes mágicas de música que flota.

-Tara rara tara tari rara -tararea Apolinario derrumbado boca abajo, abrazando las baldosas humedecidas por sus brebajes y excretas.

-Tarari ta ra rá -seguía, mientras luchaba para atrapar los peces que imagina deambulan en el fondo de las baldosas pero se niegan a abandonar las profundidades. ¿Pescar, Apolinario?, ¿allí? No puede Apolinario porque lo vencen los sueños que lo llevan hasta el mismo infierno donde se refugia su alma. Sentía el placer de convivir con sus pares, con los hombres del mal, con criaturas monstruosas y deformes que asustan y agreden entre las sombras negras del misterio y las llamas incandescentes del fuego. Estaba poseído Apolinario de crueldad, gozaba con ella. Nutre su espíritu.

Su espejo había quedado en una soledad cargado de tristeza. Apenas se veía en su base la decadencia de un hombre.

IV

“La soberbia: es el más prolífico de los pecados capitales; un delta, un devorador de pescados.”

Tomás E. Martínez

Apolinario no puede sentirse bien si no está rodeado de obsecuentes. Necesita un grupo importante de público que lo adule en forma permanente y que también participe del robo organizado. Este proyecto requería algo más que cómplices.

-Adular, robar y aplaudir; pero fundamentalmente: acumular fuerzas -era su doctrina, su objetivo y su meta.

-Si no doy participación estoy condenado a la delación -pensaba Apolinario

-¡Este error no puedo cometer!... ¿Me escuchan?, no lo haré -asentía ante sí mismo.

-Es más; voy a socializar el robo, lo haré participativo, democrático y piramidal. Pero primero tengo que encontrar “mi estado mayor”. Mis hombres de confianza, mis escudos de maldad, mis serviles y obedientes discípulos -desarrollaba el diálogo ante su imagen del espejo.

Tan miserables como él y más miserables que ellos mismos. Pensaba, no sin razón, que de esta forma evitaría entrar en el olvido. Las circunstancias y las acciones son la que hacen

necesariamente los hechos que se viven. De esto, pocos son los que pueden escapar. Pero en el fondo de sus reflexiones, estaba convencido de que sería en poco tiempo más el número uno; el mejor, el único en ser reconocido y temido. Fundamentalmente temido y también odiado. Eso quería Apolinario.

No obstante, jamás dejaba de pensar en su obsesión: hacerse del botín. De esa fortuna lejana por ahora, pero seguramente suya, a corto plazo. Siempre le intrigaba: ¿cómo pueden sufrir los hombres ricos? ¿Sufren?, pensaba.

-¿Cuáles serían sus aflicciones, sus desvelos, sus temores? -anotaba en sus papeles.

Conocía los problemas de los que trabajan y de aquellos que no tenían reconocimiento ni medios para colocar el alimento diario en las mesas vacías. Pero... ¿cuáles serían las privaciones de los ricos? Siempre había algún otro interrogante.

-¿Cómo serían sus miedos? -preguntaba a conocidos.

-¿Como se esconderían de los asaltos, secuestros, asesinatos y robos? -anotaba.

-¿Estarían presos de sí mismos? -se planteaba.

El hombre, pálido, ojeroso y delgado sentado al frente de Apolinario podía responder algunas de sus inquietudes: se llamaba Maclovio. Hombre de fortuna envidiable que lo atendía con asombro.

-Mira, Apolinario, soy de los pocos compañeros que te han seguido; he aplicado todas las maldades posibles para ser quien soy. Un hombre rico, lleno; pero de temores. Vivo más angustiado que tú, que no tienes nada. Mi fortuna se gasta en protección contra quienes envidian mi buen pasar. ¿Sabes, Apolinario?, muchas veces envidio tu libertad, caminas solo, bebes donde quieres, puedes dormirte a la intemperie, te vistes como se te ocurre -dijo Maclovio

-¡Esta mansión que tanto te gusta, está amurallada! Son dos metros y medio de paredones alambrados. Tengo cuatro guardias permanentes en cada esquina las 24 horas del día. Los perros sanguinarios juegan en las noches en mi jardín. Yo salgo por las tardes. Una de las habitaciones es la central de vigilancia. Otra, alberga dos parásitos permanentes: mi escribano y mi abogado. Siempre listos para defenderme -proclamaba en voz alta.

-He comprado más armas que sillones. Mi familia sale de este lugar con guardia privada. Temo los secuestros y venganzas de quienes fueron arrebatados de sus fortunas. Mis testafierros deben estar vigilados las 24 horas, porque en un descuido se quedarían con mis pertenencias -continuaba Maclovio, sollozando.

-¿Sabes qué es un testafierro, Apolinario? -le pregunta Maclovio

-No -responde Apolinario

-Son nombres alquilados, hombres fantasmas que firman como dueños de mis propiedades, pero que no pueden disponer de nada porque hay un boleto de venta, secretamente custodiado por el escribano, en donde me devuelve la propiedad. ¿Me entiendes?

-Buena idea, Maclovio... buena idea -reflexionaba Apolinario.

-Mis amigos; mis amigos, Apolinario, son peores que yo. Nuestro trato es una convivencia entre buitres -suspiraba Maclovio.

-Periódicamente debo eliminar algunos de ellos que traicionaron mi generosidad. Mis cuentas en los paraísos fiscales pueden quedar en cualquier momento congeladas, por la justicia de otros estados. Tengo que tener, en cada comida, un hombre que pruebe mis

alimentos porque temo el veneno -suspiró Maclovio-. ¿Crees que puedo ser feliz ? -preguntó.

-No lo sé; pero ésa será tu vida, o tal vez la mía, en el futuro -respondió Apolinario-. No importa. Ya llegará ese día, y tal vez no esté muy lejano. Pero debes saber, Maclovio, que yo también tengo algo para contarte -sugirió-. ¿Sabes qué es la pobreza? ¿Sabes lo que es el hambre? Mira tu abdomen, mira tu casa. ¿Sabes acaso lo que es la falta de trabajo? ¿Te imaginas si mañana te levantas y te dicen que debes trabajar y no tienes dónde hacerlo? ¿Crees que podrías ser feliz ?, ja ja ja -hacen eco las carcajadas de Apolinario mirando los ojos de Maclovio, enrojecidos y tristes.

-¡No sabes nada, Maclovio! ¡Ni lo imaginas! -sentenció.

-De cualquier manera, tampoco me interesa que lo sepas; yo voy a llegar al poder sea como fuere y no me importará lo que piensen -remató Apolinario, ofuscado.

Dado su deficiente preparación y limitado intelecto, Apolinario no era uno de los mejores ejemplos para mostrar como el camino exitoso de un ser humano. Con su escolaridad incompleta estaba obligado aprender los trucos para sobrevivir en esas cárceles de lujo. Aprender a escribir, hablar y convencer, sí, convencer para comprar voluntades.

-Sí, Apolinario; convencer, eso necesitas -dijo Maclovio-. Si estás en un cargo alto, tienes que preparar discursos hechos y memorizados.

Es cierto. También debería memorizar frases y palabras que pudiera aplicar en cada uno de sus actos como futuro conductor del país, en cada acto o inauguración de sus obras. Y discursos ante multitudes. Palabras que pudieran acompañarse de gestos y posiciones que le dieran contundencia, efectividad y envidia. No importa lo que dijera. Serían todas mentiras.

-Necesitas aprender, Apolinario. El miserable Maclovio te está dando consejos para protegerse a sí mismo; trata de recibir tu ayuda, porque teme perder su fortuna. Es cierto que no sabes hablar o escribir bien, pero lograrás hacerlo -corean las voces.

Para esto acudía dos veces a la semana a un templo protestante, donde un pastor hábilmente envolvía a la gran muchedumbre que acudía, en su mayoría por ayuda espiritual. Aprendía de él cómo aprovechaba las debilidades de esa gente. Los hacía rezar, cantar y llorar. Su cofradía le había enseñado a que le temieran. Ahora estaba dispuesto a convencer para ser venerado. Apolinario era un gran observador.

Siempre lo había impactado ver cómo miles de personas podían transformarse en una sola cosa; una masa amorfa, obediente y dócil en una comunión plena: masa vs. hombre. Utilizando sólo la palabra.

El pastor era un legado de gestos y actitudes teatrales.

Apolinario se obligaba dos veces a la semana a concurrir y observar cada detalle, cada movimiento y la utilización perfecta de una música capaz de acompañar estas ceremonias para llevar las almas al fuego sagrado de la comunión.

Apolinario había escrito estas máximas:

<Los hombres siguen a Dios porque tienen temor>

<Los hombres tienen temor a los poderosos>

<Los hombres tienen más ambiciones que humildad>

<Los hombres quieren participar en la corrupción, aun en la más pequeña>

<Todos tienen un precio, y los pocos que no lo tienen, se van>

<Los hombres temen a Satanás porque no lo conocen>

Fueron algunas de sus conclusiones que, durante largos meses, plasmaba en sus papeles de reflexiones para la toma del poder. Después, tendría que conquistar ese poder. Esencialmente para él. Quería que todos dependieran, de una u otra forma, de su fuerza, de sus arbitrariedades y de su organización. El desafío no era menor, tampoco fácil.

Con idénticos fines, acudía una vez por mes al circo; lugar fascinante donde encontraba repuesta a algunas de sus dudas. Como por ejemplo, cómo construir las pirámides de hombres ¡para tocar el techo de la carpa sin caerse!.

-Unían sus fuerzas y entrelazaban sus brazos. Lo hacen por dinero –observó.

-Si esas fuerzas de sostén se abrieran, caerían todos. Hay que pagarles –pensó.

Eran columnas firmes, pero también móviles, y no cubrían todos los espacios; sólo las áreas donde las fuerzas se hacían necesarias. Se dio cuenta que debía contar con estructuras ágiles que podían utilizarse en un momento dado. Allí aprendió que, sin una organización fuerte, nada podría concretar.

Requería de pilares en su futura estructura. Hombres incondicionales que le garantizaran que cuando él estuviera en la cima de esa pirámide, no caería. También, que nadie atentara contra su persona. Esto sí era importante.

Supo que demasiados hombres, para formar esa pirámide, la convertían en algo estático y fácilmente accesible para cualquiera. El circo le interesaba, y en cada presentación sumaba una nueva lección. Supo que el payaso provocaba risa cuando acentuaba las torpezas de los hombres. Así lo haría él en el futuro. Se burlaría de la gente.

Se le ocurrió que podría aplicarlo en el mundo de la política. Haría de la ironía un arte delicado, pero arte al fin. También había observado cómo las fieras más terribles de la selva eran condenadas al servilismo, mediante un pequeño látigo y una simple silla de madera. Supo entonces que con sólo ser fuerte, inflexible y tenaz, podría someter a cuanto opositor se colocara a su frente.

-Eso es, Apolinario, cada lección que aprendes consolida tu ambición. No pretendas caminar sobre baldosas limpias admirando tus fuerzas almidonadas y armadas. Tendrás una guardia personal, pero debes alimentar los vicios en tu gente para que sean sometidos y silenciados. El juego, la música, el dinero fácil, el alcohol, permite que se mezclen con tu oratoria -coreaban las voces, aconsejando.

-¿Cómo vas a protegerme, Apolinario, cuando seas gobierno? -preguntó Maclovio.

-¡No voy a protegerte; voy a quitarte lo que tienes! -respondió tajante Apolinario-. Ustedes -razonó-, los nuevos ricos, han acumulado fortunas que los han convertido en sus propios esclavos, temen que alguien les quite lo que han sacado a los que menos tienen. A ellos no puedo robarles. Robaré al Estado en donde tú tributas, y también en donde has disfrutado en tus años de bonanza. Por lo tanto, te robaré indirectamente, Maclovio -sentenció.

-¿Que vida llevas, Maclovio? -preguntó Apolinario-. ¡Te condenaste a estar preso!; ¡te condenaste a vivir con temores y también con horrores! ¿Y sabes por qué? ¡Porque no tienes el poder, Maclovio! -le recriminó-. Yo disfrutaré mi fortuna; porque haré del estado

mi propio custodio. Haré que todos estén a mi servicio, ja ja ja -soltaba una carcajada Apolinario-. ¡Yo entro!; ¡tú, Maclovio, sales!, ja ja ja.

Como buen observador, había detectado que, aun ante los más humildes, el hecho de vestir ropa impecable, cara y ostentosa, colocaba un sello de distinción, admirado y envidiado.

-Pensé que sería lo contrario, lo hubiese jurado -le había dicho Maclovio.

-Tú no conoces a la gente, Maclovio, le gusta el rigor -afirmó Apolinario.

Apolinario se asomaba por la ventana de su humilde vivienda; los cristales empañados de tierra y grasa dejaban ver los cabellos renegridos de la noche. Llegaban con nubes ensortijadas buscando el cielo que se pierde. Era la hora del descanso. Sin embargo, contemplaba, absorto, hombres que caminaban por las calles como sonámbulos grises de historias saturadas de rutinas. Mujeres y niños que llevaban de regreso los ramos de flores que no pudieron vender a quienes buscaban, en el perfume, la excusa de una vida mejor. Otras, llevaban las canastas tejidas de mimbre con frutas de colores, deseosas de un descanso para lograr, al día siguiente, tener su nuevo dueño.

En medio de esas calles sedientas con arenales y piedras cortadas por el tiempo, pasaban las mujeres llevando sus cántaros de agua vetustos, pesados y porosos encima de sus cabezas, modelando sus figuras para encontrar el equilibrio deseado.

Las procesiones de los atardeceres escapaban a la oscuridad de la noche. Las calles con veredas de lajas permitían el tránsito ordenado de cientos de hombres y mujeres que se deslizaban como oleadas de mar buscando los laberintos y los pasajes en las ciudades. Se preparaban para dormir buscando su casa, su cama, su sueño. La noche traería sus propios misterios.

-¡Nada de imágenes tiernas, Apolinario!. Piensa en la furia de los Jinetes del Apocalipsis, piensa en esa calavera que montada en el corcel de crines negras empuja los colores rojos de tu venganza, piensa en los corceles blancos que llevan jinetes dibujados con tus odios, galopando hacia tu destino -corean las voces.

Apolinario, de fuerte mirada, rasgos duros, audaces, fríos, atrapaba el paisaje en su retina y cerraba la ventana con la traba del cerrojo. Porque, si bien no tiene fortuna, teme que le roben el futuro. Y con razón pensaba: Es mi destino.

Su habitación estaba orientada mirando al sur; la puerta de rústica madera calada por el tiempo tenía, como llave, una enorme tabla pulida que la cruzaba de marco a marco apoyándose en dos ganchos de acero. Las ventanas permitían iluminar, durante el día, las actividades diarias, y escribir sus apuntes sobre el poder. Una mesa gastada, dos sillas de esterilla desflecada, una palangana con cenizas de los huesos quemados en las ceremonias de su juventud para espantar los fantasmas de sus enemigos. Un colchón viejo, desteñido, hundido en los flecos de acero laminado de su catre. El espejo con quien siempre hablaba, y la pintura que mostraba a los dominicos Kramer y Sprenger, inquisidores en su tiempo encargados de perseguir y ejecutar a las brujas, colgándolas de un árbol con la soga en sus cuellos en un paisaje desnudo de colores naranjas y amarillos.

Apolinario deformaba los cuerpos de los dominicos con pintura y dibujos. Los mutilaba.

Trabada su puerta, cerrado su estómago, Apolinario reiniciaba el diálogo con el tiempo visitando a viajeros invisibles, que rodeaban su mesa en la tenue oscuridad del candel

encendido, mientras advertía cómo se consumía la llama esperando ver las sombras reflejadas en las paredes.

-Hay tantos sueños en las noches como movimientos en el día, sólo que nadie los recuerda cuando despierta -sentencia Apolinario mientras bebe una pócima de color oscuro y sabor amargo preparado por una mujer orientada en la brujería: Alticia.

Ella se había acercado cuando estaba entre las paredes de la prisión. Le había alentado, le había ofrecido su vivienda humilde para consuelo, cuando recuperara su libertad. Era una mujer de mediana edad, blanca de piel, cabello ondulado castaño, piernas delgadas y simétricas, muslos que pueden arrastrar a la fantasía a cualquiera, o a la locura. Ella tenía en sus noches de inspiración la posibilidad de entregar el éxtasis de un sexo cálido y tierno. Apolinario durmió con ella; amó con ella, aprendió los secretos del amor con ella.

Alticia fue quien le había regalado el cuervo blanco: Atos, que rápidamente se identificó con el alma maligna de Apolinario.

-Reconoce las almas negras -le dijo Alticia, cuando se lo regaló.

-¿La mía ? -preguntó Apolinario

-La nuestra -afirmó Alticia.

-Ese pájaro blanco, que come la carroña, Apolinario, será el que guíe tu camino. Tú, que nunca serás alado, estarás entre la carroña, y eso en común unirá de ahora en más sus destinos -corean las voces.

Alticia, bruja, hechizante y seductora mujer, cocinaba todas las noches la pócima en el caldero. Apolinario homenajeara esa delicadeza, llevándole ramos de cardos opacos de espinas.

Esa noche, cuando Alticia confesó que era una bruja, Apolinario deliró de amor y se entregó tantas veces como ella se lo pidió. Siempre con Atos en la cabecera, mirando la escena amorosa y grabando su encuentro. Alticia anudaba su cuerpo en la cintura de Apolinario, mientras él la penetraba hasta las profundidades de sus deseos. Apolinario no la amaba, sólo la usaba. Sabía que ella estaría a su lado para siempre. Su primera carta de amor la recibió luego de su primer encuentro, donde la pasión se mezclaba con las magias de los misterios. Apolinario releía esa carta:

“Mi adorado amante:

Hola, mi amor, hace apenas unos días que nos despedimos. Quisiera ahora besarte y, atrás de ese beso, un abrazo inmenso, con la pasión que has despertado en esta mujer que ya te ama con locura desenfrenada, y que muchas veces debo contenerme para proteger nuestro secreto ante los demás.

Perdóname, mi amor, es que me traiciona este loco sentimiento. He aprendido primero a quererte, luego amarte. Sé que tú aún no me correspondes, pero lograré que respire mi propio aliento, que huelas mi piel ardiente llena del sudor del deseo. Han sido esos días un permanente acto de amor; abrí los ojos para que me ames, para sentirte adentro mío, para que sientas que esta entrega es más fuerte que el olvido. No hemos dormido, hemos cerrado los ojos al descanso del placer, para nuevamente abrirlos en esta furiosa pasión que nos invade. Me haces feliz, no importa el futuro sin tu presencia, yo estaré siempre a tu lado. Te llevo adentro del corazón, para que sea eterno, como eterno será mi amor.

Cuando no estás, mi cuerpo está adormecido, tengo ganas de hacerte el amor en esa playa que nos inspiró con su luna; fue inolvidable la forma apasionada de hacer el amor.

¿Puedo olvidarte?, nunca, mi amor. Deja que comparta tu vida, para que ambos seamos uno solo, y un solo testigo de nuestro amor: Atos.

Te beso, te amo, te adoro
Alticia”

Apolinario había cerrado su corazón cuando era casi un niño. Tan duro fue su camino, que los sentimientos dejaron de existir, su corazón estaba frío; su cuerpo se transformaba en un volcán indomable, pero al quitar los lazos de la pasión, el odio petrificaba el recuerdo. Leía esa carta guardada como un recuerdo más en su escalada al poder. Alticia era la mujer indicada para su protección. Su fidelidad estaba en saber alimentar su amor desatado en su persona. En ella sí podría confiar.

-Cuídate, Apolinario, no dejes que el corazón ordene tu vida -cantaban las voces.

-Para iniciar este camino quema los sentimientos, Apolinario, acrecienta tu crueldad -siguiendo en coro las voces.

-Sólo separando el corazón lograrás ser inmortal, Apolinario; que la carne sea tu debilidad, lo aceptamos, pero no que tu corazón sufra de nostalgias. Allí, serás vencido -siguió el coro.

-Cada lágrima por amor será una herida sin sanar, Apolinario, no olvides que el odio y el rencor son como la savia de los árboles fuertes. Goza, Apolinario, goza el placer que esas mujeres te darán, interesadamente. Aprovecha que su ambición es quien te lo entrega, son mujeres adictas al poder, esclavas de las ambiciones, serviles, pero llenas de placeres. Goza, Apolinario, con tu cuerpo, no con tu corazón -claman las voces.

V

*“Son puertas de sangre, milenios de odios,
lluvia de rencores, mares.”*

Rafael Alberti

-¿Puertas de Sangre, Apolinario? ¿Esperas aún que alguien te enseñe cómo edificar tu casa para tener un techo? Tienes las lluvias de rencores enquistadas en tu alma, tus años de odios te sobran. ¿Entonces, Apolinario, qué esperas? -pregunta el coro de voces.

Entonces conoció cómo se construye el poder. Era, para él, un trabajo artesanal, lento, firme, pleno de convicciones. Supo que no existe la perennidad; que lo rutilante cuesta, que no estaba compitiendo contra selenitas, peleaba contra hombres también decididos a defender el poder conquistado, y que ahora todo dependía de su propia soberbia. No hay

más excusas. Le bastó entrar en esa imponente Catedral de los cristianos. En realidad le fascinaba ese poder sobrenatural; estaba allí presente, pero que nadie pudiera verlo.

-El poder se construye interpretando los temores y las necesidades de la gente y quien se ha hincado en un banquillo de madera para rezar, o para purgar sus propios pecados, está aceptando que hay un poder superior a quien temer o de quien esperar su perdón -dijeron las voces a un Apolinario dubitativo.

El permiso y la iluminación necesarios para seguir adelante, sin culpas, era otra cuestión que no le interesaba; estaba allí para aprender, no para rezar.

-El poder se ejerce; el poder no se ve, ni se delega -corean las voces.

-Haré de esto una rutina -dijo, levantándose del banquillo; y abandonó la iglesia. No era un recinto para él.

Se retiró lentamente de ese sagrado espacio donde, en realidad, todas las enseñanzas estaban a su alcance; pero sólo algunos las descubren, pensaba, mientras caminaba por el boulevard lentamente, recordando cada uno de los ejemplos que diariamente anotaba en su cuaderno.

-Éste será mi manual de gobierno -le dijo a su amigo Cantoor, que lo miraba sin entender, en realidad, absolutamente nada.

Consciente de las limitaciones, se gratificaba con sólo mirarle la cara y sus ojos asombrados. Abría o entreabría coordinadamente la boca dejando ver sus encías vacías, en la medida que su capacidad para entender le permitía la comprensión de lo expuesto por su ídolo: Apolinario.

-Ellos han nacido para obedecer. Yo, para mandar -dictaminó Apolinario mientras guardaba el libro de su autoría.

-¿Cómo puedo sumarme a tu proyecto, Apolinario ? -suplicó Cantoor.

-Alimenta tu ambición, Cantoor, no basta el deseo para seguirme -respondió Apolinario.

Estaba entonces, sin querer, acercándose a los principios más elementales para ingresar a la máxima irresponsabilidad. Sus acertadas observaciones y las anotaciones diarias motivaron no sólo a memorizar, sino también a comparar sus conclusiones con la realidad. Allí su ventaja. Esto sugería dos conclusiones que consignó así:

Uno: “La responsabilidad en el poder, es un factor limitante para generar fortunas propias indebidas”.

Dos: “La Irresponsabilidad medida y controlada permite el crecimiento y el reparto”.

Fue en ese momento cuando experimentó una sensación fresca en su rostro. Estos recuerdos se repetían frente a su espejo, que cotidianamente devolvía la imagen artificialmente montada para aceptar sus propias conclusiones.

Él y su imagen, contra todos. Sabía también que de estas reflexiones vendría la clave del éxito. Se auto calificó como el Renoir de la política, satisfecho de sus conocimientos adquiridos gracias a su propio esfuerzo. En realidad, y a decir verdad, no recibió ayuda de nadie. Soñó nuevamente que esto se acercaba más a una premonición que al azar. Seguramente, en el futuro, su figura lograría borrar de la escena política a su anterior gobernante: cariñosamente llamado el líder, a quien él sucedió. Siempre fue su obsesión;

dejar en segundo plano a ese hombre. En teoría debería desaparecer, si aplicamos los principios de Arquímedes acerca de los cuerpos flotantes, pensaba.

“Todo cuerpo sumergido total o parcialmente en un líquido, experimenta un empuje hacia arriba, igual al peso del fluido que desaloja”, había copiado textualmente la cita.

Sentía que era su caso. Sumergido él en el mundo de la política, necesariamente debería desalojar a su máximo y potencial enemigo: su predecesor. La figura querida y aceptada por la gente, el hombre a quien envidiaba y, a su vez, admiraba, en esa tremenda contradicción; su propia lucha interna. Sin embargo, era una lucha con ferocidad enfermiza, semejaba aquella legendaria pintura etrusca impactada en la misma tumba de los Augures. Lo absurdo.

Muchas veces, las imágenes de máscaras, espectros y calaveras habían dado vuelta en sus sueños despertándolo en gélidas madrugadas. Las órbitas negras de cráneos vacíos mostrando dentaduras filosas e irónicas, contrastaban con los miles de bailarines que, rodeándolo, bailaban al compás de distintos pero rítmicos movimientos, portando máscaras que ocultaban sus verdaderos rostros. Cráneos limpios, no cabezas reconocibles. Bailarines con máscaras. Ése es el mundo que le toca a Apolinario.

-Lo enigmático -decían las voces.

-¿Quién me llama ? -preguntó Apolinario sin saber a quién hablaba.

-No te llamamos, Apolinario, estaremos siempre a tu lado -contestaban las voces.

-Nunca podrás adivinar quiénes son tus amigos; tampoco tus enemigos. En política cada uno lleva máscaras que pasan desapercibidas, ocultas, simuladas -explicaban las voces.

-¿Cómo una máscara puede mantener esa inmutable expresión de gestos, sonrisas, dolor o tristeza, todas separadas o todas juntas? -preguntó Apolinario.

-Según donde estén, está una u otra, Apolinario -decían las voces.

El arte de la pintura, o de la misma subsistencia, es quien puede brindarle esas repuestas. Esta lucha será escrita en la historia como la epopeya crucial de Apolinario. Aun cuando sus triunfos debieran ser obtenidos con el concurso de traidores, delatores, ladrones, asesinos y delincuentes. Aun así, Apolinario imaginaba su entrada triunfal impulsado en música celestial de Johann Sebastián Bach: clavecines, órgano, tocatas, fugas, passacaglias.

Todos juntos. Él y su pueblo, mientras caminaba paseando sus logros en un pasillo rojo que lo eleva infinitamente hacia la cima del poder, acompañado por un teclado de piano, resucitando la magia de Beethoven.

Todas sus ambiciones estaban puestas en esa contienda que le permitiría a corto plazo consolidarse con su equipo de trabajo. Todos ellos incondicionales. Serviles y dispuestos a entregarle las ofrendas que el poder impone. Si se cumple este requisito, podrán permanecer dentro del sistema. Esa noche, los borradores tirados en su mesa yacían en el piso. Comenzaron a tomar cuerpo, forma, y se había animado a colocar nombre y apellido en los cargos.

Había que buscar los más miserables, premiar la deslealtad y la codicia. Se obligaba también a ofrecer progreso económico a quien lo acompañara para el desarrollo de su proyecto personal.

-Porque, si bien puede ser fácil llegar, lo difícil será mantenerse y que la estructura permanezca intacta, fiel, sin grietas, sin fisuras -enfaticaba Apolinario a su imagen reflejada en el espejo.

Exigía que no pusieran en peligro la posibilidad de concretar el robo impune. Nada ni nadie podría interferir en su proyecto. Estaba seguro de ello. La obediencia, la obsecuencia y el rigor garantizaban su estrategia.

Un pueblo encerrado en sus propios reclamos con sus pancartas, literatura contestataria y hasta con armas, no le producía inquietud.

-Teme más la palabra escrita que a las balas de un fusil -cantaban las voces.

-Tu historia, Apolinario, que también es la nuestra, debe ser escrita por tus obsecuentes intelectuales, de otra manera quedaremos registrados como ridículos ignorantes y aventureros -claman las voces.

-Que nadie se atreva a escribir en tu contra, Apolinario -suplican las voces.

-¡Jamás! -replica Apolinario, encolerizado-. Quien lo haga perderá su vida y también su historia -sentenció.

-Destruye, Apolinario, destruye -coreaban alegres las voces.

Apolinario estaba en el camino correcto.

VI

“La felicidad, es la trampa pasajera que nos disfraza las desgracias permanentes y nos hace más vulnerable que nunca a la ciega legalidad de la desgracia.”

Carlos Fuentes

Tenía el perfil deseado de cada uno, pero también había analizado algunos de los hechos claves que resaltaban la inteligencia transgresora y sus potencialidades futuras. Fue clasificando, uno por uno. Comenzó por aquel que desde un pequeño local, casi un humilde negocio de golosinas, había construido un capital notable, aprovechando sus funciones en el Estado. Tenía sus prontuarios y las copias de las causas penales que, prolijamente, Perfecto del Manchón había clasificado. Entre los tres comenzaron la tarea de selección.

Perfecto distribuyó sobre la mesa 27 expedientes de postulantes; por abecedario, por causas penales, también por recomendaciones. Apolinario le había pedido que los 16 postulantes anexos, con causas muy evidentes de homicidios de mucha repercusión, los separara en forma temporal. No era éste el momento de ingresarlos.

-¿Te aborras de Aurelino, Elodia? -preguntó Apolinario.

-¡Sí, el hijo de Palomo, el rengo!; le llamaban el químico, dueño ahora de una gran empresa -aseguró ella.

-La fábrica, una fábrica que trabajaba con derivados de productos químicos -describió Apolinario-, se transformó: de una humilde pieza de depósitos químicos, donde él hacía de intermediario, en una planta industrial gigante. Utilizaba la función pública para su beneficio.

-¿Experto en defraudación? -preguntó Elodia.

-Conocía las trampas administrativas -afirmó Apolinario.

-Yo lo traté de pequeño a este muchacho -recordó Elodia-. Era muy ambicioso y perverso, hasta en las pequeñas cosas -confirmó-. Siendo adolescente, falsificó la firma de su padre; un hombre honesto, que tenía negocios en distintos rubros. Lo llevó a la quiebra. Perdió todo su capital, casa y ahorros. Se terminó suicidando al conocer que el delincuente era su hijo. El día del entierro, Aurelino brindó por su padre luego de inyectarse heroína. ¿lo crees aceptable? -preguntó.

-Ya lo sé, Elodia. Por eso lo tengo en la lista -agregó Apolinario-. Te contaré algunos de sus antecedentes recientes, cuando estuvo en funciones públicas.

Leyó entonces sus apuntes Apolinario, orgulloso de su investigación. Y sus detalles.

“Se había otorgado las exenciones impositivas más escandalosas; compraba tierras fiscales a precios irrisorios y con pagarés sin firma; se había auto-otorgado créditos promocionales con figuras administrativas falsas. Y, a su vez, se había transformado muchas veces en su propio proveedor del ministerio a cargo, a pesar de ser incompatible y conocer los mecanismos que se lo impedían. Ya le habían advertido que no podía realizar esas operaciones.”

-¿Operaciones imposibles? -dijo Aurelino, en ese entonces-. ¡Nunca! -Y avanzó sin importarle nada.

-Tan es así, que pudo materializar eso y mucho más, Elodia -continuó Apolinario-. Amplió una flota de modernos e inmensos camiones de transporte químico y gas de alta presión; almacenajes de productos químicos suficientes para sobresaturar su estado y los estados vecinos. Mantuvo el monopolio en su rubro por años. Todo impecablemente realizado. Diagramado especulativamente mientras adquiría, también, bienes inmobiliarios, negocios, y colocaba dineros públicos en las mesas de la timba financiera clandestina -seguía leyendo.

-¡Sí, eso es público!, ya lo conocemos -dijo Elodia-. Incluso en esa mesa clandestina operaban funcionarios judiciales; sus amigos -aseguró.

-¡Pero no conoces los montos de dinero!, Elodia -aclaró Apolinario.

-¿Son millones de dólares? -preguntó asombrada.

-¡Millones, Elodia!, fortunas insospechadas -ratificó Apolinario-. A ver, Perfecto, la hoja de ruta judicial, ¿cuántas causas penales tiene aún pendientes y cuántas nuevas aparecieron en los últimos cinco años? -indicó.

-Tiene muchas -dijo Perfecto-, doce causas penales hasta la fecha; seis de ellas tienen menos de dos años, todas por defraudación. Dos juicios en donde fue sobreseído luego de arreglar con los jueces y fiscales; una causa desaparecida y tres causas que prescribieron por inacción del Estado -resumió.

-Es un hombre que promete. Mucho más, si se le deja actuar en el marco de su imaginación y la función pública -concluyó Apolinario.

Sería uno de los seleccionados y, a no dudar, le confiaría luego algunos importantes negociados, como por ejemplo: la privatización de las empresas públicas, con la excusa de ser deficitarias e ineficientes, sumado a que aumentaban la burocracia del estado y el gasto público. Por lo tanto, habría que gerenciarlas.

-¡Privatizar!, será el negocio más rentable -aseguró Apolinario-. Nada quedará en manos del Estado. Habrá mucho dinero en juego y también futuro para nuestra gente en la postulación para gerentes -agregó entusiasmado.

-¿Y quienes serán esos gerentes ? -preguntó Elodia.

-Nosotros, Elodia, el negocio cierra perfectamente -aseguró confiado Apolinario-. Con ese argumento montaremos un mecanismo siniestro con capitales privados, para adueñarnos impunemente de las empresas. Esto nos permitirá en un corto plazo suculentas ganancias entre “aportes voluntarios” y sobornos. Luego, tercerizar servicios entre nuestras empresas fantasmas, que hay que crear en forma progresiva -finalizó.

La habilidad de Aurelino, en este sentido, fue tiempo atrás demostrada con creces. Logró vender la tercera empresa aérea a la décima parte de su valor. Como forma de disimular y encubrir defraudaciones previas de millones de dólares, con facturas fraguadas burdamente, repuestos inexistentes y operaciones de mantenimiento de aviones en lugares insólitos; ejemplo de ello es el local de 6 x 4 metros cuadrados (una mercería) que figuraba como una gran empresa de mantenimiento de aviones.

Otra de las empresas se ubicaba estratégicamente en un semáforo de una Capital cercana, justo en el cruce de una avenida. Allí facturaban reparaciones a los aviones.

-¿Se dan cuenta? -preguntaba Apolinario a sus padres-. Inventas empresas ubicadas en espacios públicos, almacenes, y luego confeccionas facturas fraguadas. Es fácil, pero también caro -agregó-. ¿Quién sabe cuanto vale un avión, Elodia?; ¿o un hangar, o una ruta aérea?. Nadie. Sin embargo él lo hizo, con la complicidad de sus amigos, jueces y contadores. ¡Todo es posible!, lo mismo haremos con las rutas, aeropuertos, puentes, teléfonos, comunicación, barcos, ferrocarriles y demás sectores que nos reporten dinero fresco -completó.

-¿Pero, y la gente?... ¿no se opondrá? -preguntó Elodia.

-¡No existen!, Elodia, en esto hay que ser claros. Habrá alguna resistencia, pero será tarde. Escuchen esto : “Aurelino también logró plasmar hábilmente una red dedicada a consolidar un tejido delictivo, donde él tenía participación económica, y también gerenciamientos posteriores. Amplió sus negocios en mesas de dinero clandestina, burdeles y droga”.

Todos estos antecedentes completaban su habilidad delictiva.

Apolinario admiraba esa personalidad. Se especializó más adelante en el lavado de narcodólares, negocio que Apolinario visualizaba como el más rentable.

-Y esto es muy importante, nosotros seremos generosos con los capitales que provengan del lavado de dinero; por otro lado, ellos van a financiar la campaña a cambio de que puedan triangular su capital desde los paraísos fiscales para inversiones inmobiliarias y tierras en las zonas consideradas estratégicamente puras desde el punto de vista ecológico. Sobre cada inversión de este tipo tendremos una participación del veinte por ciento; nuestro sistema de contralor nos permitirá obviar cualquier restricción a sus movimientos -apuntó Apolinario.

-¿Tanto dinero tienen, Apolinario ? -preguntó Perfecto.

-Se calcula entre los 500 a 600 mil millones de dólares anuales, según mi asesor económico Maclovio, que no sólo estudia el tema sino que también participa. Todo este dinero es subterráneo, sin control y sin pagos de impuestos. ¿Se imaginaron el negocio que tendremos? -concretó Apolinario.

Apolinario estaba emocionado. Aurelino, su motivo.

-¿Qué más puedo pedirle? -preguntó Apolinario, mirando a su madre.

Pero algo más tenía este dilecto artífice de la corrupción institucional. Su imagen pétrea, su ilimitada personificación de una estatua marmórea; su imperturbable sangre fría y falta de escrúpulos. Apolinario lloró. Era la perfección.

Ya recuperado, Apolinario se preguntaba si también era capaz de asesinar opositores. Y ordenó que investigaran si pertenecía a la cofradía “La Noche Roja”. Era imposible que este individuo no tuviese conexiones con organizaciones satánicas. Las tenía: Tiburcio logró confirmárselo poco tiempo después.

-Vamos al número dos, Perfecto, seleccióname tres carpetas de jóvenes -pidió Apolinario.

Necesitaba incorporar también una imagen joven, del mundo que supone ser la antítesis de la política. Un hombre joven que estuviese dispuesto a transar con los vicios del poder y a entregar su destino, hoy humilde y escuálido, para cambiarlo por otro de magnificencia, de placeres en vida y opulencia económica. Recordó su infancia. Se estremeció.

Tendría que encontrarlo en el abanico de las miserias humanas. Donde las perspectivas del encuentro fácil y rápido de fortunas tuviera una ilimitada bendición de lo posible. Debía ser un joven que rápidamente se condenara al sello en lo corrupto, sin que esto le afectase, o modificara su pensamiento y sus acciones. Debería entrar en el mundo de la Universidad, ese mundo al cual Apolinario no pudo acceder por limitación física y por problemas de visión, al margen de su bajo coeficiente intelectual que siempre disimulaba. Era el mundo de lo prohibido para Apolinario. Pero no para aquel que puede elegir en el momento adecuado al hombre indicado.

-¿Cómo se llama este joven?

-Se llama Inocencio.

-A ver su carpeta Judicial, Perfecto. Dame un resumen claro; con los jóvenes hay que tener cuidado por la inexperiencia e inmadurez -sugirió Apolinario.

-Bien -dijo Perfecto-, este chico tiene, a pesar de su edad, varias causas policiales. Ocho de las cuales ya están archivadas. Tres causas por defraudación importantes; sobreseído lógicamente por arreglo con Jueces y fiscales; dos causas pendientes pero a punto de prescribir por inacción del Estado. Una de ellas es del Banco, por varios millones de dólares, donde hasta los testigos ahora niegan lo que dijeron en las indagatorias. Corre mucho dinero en esta causa y están metidos muchos políticos de por medio. Esta causa no tiene futuro -suspiró.

No le costó identificar al verborragico, cambiante y mercader de ideología. Debía ponerlo a prueba en el marco de sus nuevas condiciones. A pesar de sus brillos, merecía la investigación, resaltaban sus calificaciones y también sus ambiciones.

Descubrió que había tenido, en su corta carrera de dirigente estudiantil, tres episodios de traición política evidente, sobre todo la última, cuando fue directamente en contra de su

mejor amigo. Allí estaba entonces su presa. Apolinario apuntó este dato. Si entrega a su amigo...

-¿Qué más prueba, Elodia, qué más? -preguntó Apolinario.

-Sirve, Apolinario; pero debes cuidarte. Es un destructor sumamente ambicioso. Debes tenerlo bajo control. Es un fundamentalista, obsesivo y neurótico. Y otros defectos que ya encontrarás con el tiempo -aportó Elodia, tratando de disminuir la excitación de su hijo.

Colocó el nombre de este joven que sería, entonces, el número dos, en sus papeles secretos; sentíase orgulloso de los antecedentes delictivos.

Dos ejemplares similares para entrevistar en forma personal y comprobar que no se había equivocado. Es más, debía cuidarse de ellos, aun en las pequeñas cosas.

-Este joven es un rufián, tienes que cuidarte, Apolinario, en su adolescencia mató un niño jugando a la ruleta rusa, pero no fue por una sola bala. Fueron cinco -aseguró Elodia.

Apolinario calculó que su alma y su mente tenían una enfermiza codicia latente, igual que él, y deseaba aprovechar la verbosidad y el rígido esquema fundamentalista de este chico con deseos de crecer, económica y políticamente de manera vertiginosa.

-Lo apruebo, Elodia, lo anotamos definitivamente -dijo Apolinario.

Tenía tres o cuatro pruebas importantes como antecedentes en el robo organizado desde la misma pirámide del estado, y con la impunidad que el poder corrupto otorga. Cheques sin fondo, estafas, defraudaciones, sustracción de documentación contable, contrataciones a empresas fantasmas, compra de inmuebles sin escrituras. Suficientes para que Apolinario se emocionara. Aseguraban que este joven, por cada lugar que había pasado, había dejado destrucción administrativa y contable, y generado desorden arrasando con cuanto dinero público hubo en esos tiempos disponible. Apolinario estaba excitado, quería más, quería conocerlo.

De algo debía sentirse orgulloso este joven. De su paso por el Banco Regional. Había logrado, en menos de un año, armar un rentable negocio. ¿Cuál? Mágicamente, había incorporado una empresa privada dentro mismo del banco estatal. Algo inédito e insólito. Superaba las osadías y las audacias de los delincuentes económicos más modernos. En muy pocos meses había logrado adueñarse de más de un millón de dólares, montando el fraude más visible y elemental de la memoria delictiva.

-¿Y esta empresa en dónde estaba radicada? -preguntó Elodia.

-¡En las vías del tren! -respondió Perfecto, leyendo el informe judicial y viendo fotos insólitas donde presuntamente estaba la central del grupo financiero.

-¿Y la justicia... qué hizo, Perfecto? -preguntó alarmada Elodia.

-Fue sobreseído apelando a la duda jurídica. El Juez dijo que lo más probable es que en esa dirección, el presidente de la compañía bajaba del tren y actuaba en una improvisada carpa ejecutiva -completó el informe Perfecto.

-¡Fantástico! -dijo Apolinario.

Apolinario aplaudió; se levantó, fue hasta su ventana, una lágrima brotó de sus ojos.

“Robar, frente al mismo Estado. Ante las narices del mismo organismo que él dirigía, con un sistema de tarjetas fraguadas que redituaban beneficios en la sustracción ilegal del dinero público.”

-¡Increíble! -dijo Apolinario secando esa única lágrima.

El único problema detectado, que merecía un cuidado especial, era su inclinación homosexual, conocida en el medio público y político, allí donde el secreto de estado podría tener flancos vulnerables.

-Nadie es perfecto -agregó Elodia, asombrando a sus hombres.

-Si eso es real, es parte de la moda actual -apoyó Apolinario.

Igual lo anotó. Tendría especial cuidado de su vida privada. Era el postulante ideal para ser el número dos. Su nombre completo: Inocencio, Alias Lulú.

-Vamos por el tercero; necesito cuatro hombres incondicionales; recuerda lo que te dije, Perfecto, necesito alguien que al margen de sus antecedentes delictuosos haya transgredido los Derechos Humanos tan de moda en este siglo -pidió Apolinario-. Éste es un aspecto importante, porque lo que haremos estará justamente por fuera del respeto de los Derechos Humanos. Yo no voy a tomar el poder para comportarme como la Madre de Calcuta, así que busquemos bien el perfil -definió Apolinario.

El tercer hombre no podía ser un advenedizo. Había que buscarlo con experiencias en robos anteriores, estafas y entrega de agitadores a regímenes militares. También no tener escrúpulos para: comprar, vender, recibir, entregar dádivas y comisiones. Tener un historial comprobado en delaciones era importante y novedoso para este proceso que iniciaba.

¿Qué mejor elección que este individuo, surgido en zonas grises de la administración, donde estaba invernando, luego de su último proceso fraudulento? ¿Qué mejor que este hombre de dudosa reputación y prontuario reconocido? Él era: Ángel.

-Mira, Apolinario, este hombre ha colaborado con la represión. Durante muchos años, ha logrado infiltrarse en las cúpulas de resistencias y logró señalar a los integrantes de ellas -dijo Perfecto-. Todavía pueden hablar las víctimas de sus traiciones. Son testigos vivos. También está comprobada su corrupción en todos los órdenes y sectores de su vida pública. Creo que puede ser de gran utilidad.

Perfecto sacó una carpeta y se la alcanzó.

-El antecedente de haber quemado documentación le fracasó, un audaz rescató algunos documentos que avalaban sus defraudaciones y los mantuvo guardados en secreto.

-¿Cuántas causas penales, Perfecto? -preguntó Apolinario.

-Once. Cinco de ellas sobreesido por “arreglos” en los pasillos judiciales; dos, por muerte de los testigos claves a la hora de los juicios; tres prescritas por inacción del Estado y una vigente por múltiples defraudaciones en cadena. Hay dos denuncias paralizadas de la Comisión de Derechos Humanos, que me falta completar -dijo Perfecto.

-¡Está en el perfil ideal que buscamos, Perfecto! -acotó Apolinario-. ¿Qué más tiene?

-Veamos -dijo Perfecto desglosando otros documentos-, se los resumo. Este hombre era capaz de fraguar balances, notas de crédito, y transformarlos en papeles inservibles e intrascendentes. Por ejemplo: comprar maquinaria agrícola de alta tecnología y pasar las facturas como tornillos para cajas. Otro ejemplo: en una Empresa, que fabricaba puentes internacionales inexistentes y represas llave en mano, él las vendía sin agua y con maquinarias ausentes. Realmente su audacia supera lo permitido a la fantasía.

-Era enemigo de los derechos humanos, genial -dijo Apolinario.

-Se burlaba de ellos y era reconocido en el ambiente de la represión -comentó Perfecto.

-¡Exactamente lo que necesito! -sostuvo Apolinario-. ¿Pudiste contactar con algún sobreviviente de la tortura, Perfecto?

-Cinco de ellos. Están bastantes deteriorados y con secuelas importantes.

-Bien, trata de filmarlos para que todo quede documentado -sugirió Apolinario-. ¿Así que vendía puentes fantasmas? -repetía ansioso.

-¡Es un mago! -aseguraba, entusiasmado, Perfecto.

-Traicionaba a sus compañeros de ruta, excelente -pensaba Apolinario-. Este hombre es: corrupto, traidor y entregador -suspiró.

Su nombre: Ángel; alias: Foca, por sus tupidos bigotes.

-Vamos al último, Perfecto, creo que tienes siete seleccionados, quiero el número cuatro y allí terminamos, el resto lo seleccionamos durante la marcha -pidió Apolinario.

El número cuatro debía ser un hombre que proviniera del mundo de las finanzas. Atento, rápido y con relaciones comprobadas en los más altos niveles de las mesas financieras clandestinas, donde se juega diariamente la vida y la muerte de las Empresas, el futuro de sus dirigentes y el resultado excelente del espionaje (gerencial), con agentes de doble identidad y doble fondo en sus bolsillos.

Hombres capaces de albergar dos pagas al mismo tiempo, sin que una pestaña delatara su traición.

-¿Cómo imaginar a este hombre ? -pensaba Apolinario.

Lo intentó, lo escribió y lo encontró.

“De presencia y actitudes firmes pero delicadas; buena educación y vastos conocimientos. Insaciable ante la posibilidad de acrecentar su fortuna y de tener un horizonte cercano al manejo de dinero público. Debería tener conocimiento y manejo de tres idiomas, varios viajes al exterior. Debía saber de un buen café en París, conocer los burdeles públicos de Holanda, los teatros de Praga, las Corridas de toros en España y otras características de cada uno de los países que habría que visitar. Debería tener siempre lista una anécdota, una historia y también una estafa. Saber camuflarse, falsificar firmas y documentos. Frecuentar ancianas ricas para comprometer sus herencias. Demostrar que alguna vez fue buscado por la INTERPOL. Haber desafiado con sus retratos a las agencias de investigaciones en países de la Comunidad Europea. Tener fuertes vínculos en Andorra, Islas Caimán o las Canarias; lugares de bonanza para el lavado de narcodólares y el mundo bajo y alto de la prostitución, juego y la comercialización triangulada de venta de armas. Ser un manual de corrupción elegante. Y un fabulador sutil.”

Todos estos antecedentes coincidían en el perfil ideal de lo que había programado, pensado y hasta dibujado Apolinario Del Manchón. Lo tenían en el expediente que Perfecto había entregado en mano a Apolinario. Su nombre: Benigno, alias BB.

-No es de la secta -advirtió Elodia.

-No importa -contestó Apolinario-, él es la secta, creo que es el indicado. ¿Causas penales, Perfecto? -inquirió.

-Poca cosa; cuatro en total, una internacional por defraudación y estafa en Francia, y tres locales, donde no se pudo demostrar gran cosa. Un testigo clave desaparecido justamente en una estafa millonaria; desapareció en una tormenta. Finalmente dos denuncias en la policía por violación de domicilio y otras tantas por borracheras en la vía pública -finalizó Perfecto, alcanzando el expediente a su hijo.

Estaba iniciando el verano, los calores resistían cualquier ventilador que hubiese por allí, en ese local viejo y abandonado de la empresa que fundó su hermano Ausencio Del Manchón, tardío empresario que abandonó el proyecto y el país, dejándole a Apolinario la gerencia en dos oportunidades. Las dos veces la llevó a la quiebra para eludir pagos a proveedores. Ausencio apareció muerto en los suburbios de Marruecos; la empresa quebró y desapareció.

Antes de estar en prisión, Apolinario había trabajado en ese lugar algunos años hasta que se dio cuenta de que trabajando no se hacía el dinero. Tampoco pidiendo o mendigando. Había que robar de alguna forma exclusiva. Fue en ese momento cuando tuvo esta idea feliz y comenzó a pergeñar durante largos meses y hasta años “La toma del poder”.

-Usa tu intuición, Apolinario, busca siempre hombres inteligentes, dóciles, obedientes y corruptos; tu garantía en la función está justamente en que ellos saben que tú, Apolinario, tienes en tus manos la libertad o la cárcel -le dijeron las voces unánimemente.

VII

*“La Historia se complace en exhumar, para consuelo de sus
épocas, períodos, capítulos.”*

lectores, tiempos,

|
Andrés Rivera

Esa noche estaba inspirado, entonces resolvió aportar a su fiesta diaria una dosis mayor de alcohol, mezclado con estimulantes que consumía cada vez que la depresión lo abatía. Decidió que la fiesta sería para él y Alticia. En realidad no estaba de ánimo para mantener diálogos con otros, y menos aún sostener conversaciones que siempre terminaban poniéndolo violento. No era ése su propósito.

-Es un momento para la reflexión y una buena mujer -se dijo.

Lentamente fue en su vehículo a las oficinas de su partido, donde tenía guardadas dos botellas de whisky añejo, esperándolo. La oficina estaba sola, como naturalmente quedaba los sábados en la tarde. Estaba frío; ese invierno había producido un milagro, lo presentía, estaba señalado por su destino. Sabía que sus deseos, más las fuerzas ocultas de sus brujas, a las cuales comenzaba a consultar y creer, abrían su paso electoral a un camino triunfal. Llenó el vaso, tomó ansioso. Un temblor fino lo invadía cuando suspendía por más de seis horas la bebida. Era un adicto. La bebida ardiente, al tomarla, acariciaba su garganta seca. Sintió su cuerpo mejor. Iba recuperando su estabilidad motora, las manos, el rostro, el calor. Sus pensamientos comenzaron nuevamente a tener la claridad necesaria y la energía suficiente. Las visiones habituales reaparecieron. Los demonios, oscilando en un espacio irreal de nubes rojas, amenazaban con sus trinchetes atrapados en sus garras un mar seco de agua, con cientos de peces protestando sus agonías. Homenajeaban al señor de los infiernos, que azotaba dos enormes tiburones atrapados por sus bocas con cordeles dorados como riendas, para iniciar los viajes emancipadores hacia un universo inasequible. Siempre lo mismo. La abstinencia lo consumía.

Bebió uno, dos y hasta cinco vasos, con algunos cubitos de hielo. Sabía que después del cuarto, la saliva escaparía por la comisura derecha de sus labios. Aprontó el pañuelo y secó su frente húmeda.

Era el signo más importante que anticipaba el ingreso al sueño del alcohol. Recordaba que hacia unos años, ese mismo ritual lo realizaba también con sus amigos en un humilde cubículo de la empresa. No le molestaba recordarlo, pero lo hacía sin tener proyecto alguno. Claro, eran momentos duros y brindaban con vinos avinagrados comprados en los almacenes que los sacaban de la venta por estar vencidos. Para ellos era igual. Las borracheras no tenían etiquetas especiales. Un borracho es un borracho, no hay ebrios de marcas especiales con vino fino, champaña, whisky, anís o alcohol de quemar. Valía todo. La sutileza de las fantasías del alcoholizado se deshacían. Todos se comportaban igual, desde las estupideces que decían hasta los vómitos coagulados que terminaban en los lugares más insólitos.

-¡Cómo perdía tiempo! -pensaba en voz alta.

-Me importa un carajo -apuró, gritando contra un cuadro que documentaba un paisaje de la zona. Siempre una campiña, siempre un árbol, siempre lo mismo.

-Esta vida se va a terminar, Atos, ¿te das cuenta? -pensaba incrustado sobre el sillón de cuero viejo fornido y raído en el rincón de la ventana. Atos, inmutable, lo observaba.

Lentamente comenzó a entrar en un letargo profundo; la saliva colgaba de su boca, mojando su camisa de luces y lentejuelas.

-Mañana será el día de citas, de citas, de citas -repetía sin obtener repuesta alguna.

Tomó en sus manos la segunda carta de Alticia reclamando por su silencio. Reconoció su olvido y le permitió la osadía de insistir. Era su derecho. Releyó cada uno de sus párrafos, bebiendo su licor y escupiendo saliva en el piso de mosaico.

“Mi adorado amante Apolinario

Tu silencio y tu indiferencia hacen que me sienta ignorada. No lo merezco, te he sido fiel y lo seré en el futuro, fiel a tus órdenes, caprichos y llamados Por momentos, me hago ilusiones que te comunicarás sin intermediarios; eso me pone feliz y nostálgica, por la

espera. Como hombre que supo despertar el sentimiento más bello de una mujer, que es amar y ser amada, te pido que vengas o que dejes una señal para que esta espera no sea en vano y pueda estar a tu lado; para acariciar tu corazón, herido de tantas desilusiones. Me desespera no saber con quién estás, o si hay una mujer a tu lado. Me intriga y me muero de celos .

Es hermoso recordarte y sentir aún en mi piel tus manos de caricias fuertes. Qué secretos has descubierto en mí, para despertar tanta pasión. Yo tengo el único secreto; mi amor pleno por vos y saberme elegida para recibir tu pasión, tu fuerza, tu fuego. Sólo debes llamarme y estaré a tu lado.

Te amo te amo te amo

Alticia”

Sus bigotes estaban mojados de alcohol, y las pequeñas gotas colgaban como estalactitas. La noche lo encontró allí, tirado sobre ese sillón, borracho, lleno de baba transparente. Pensó que tal vez las palabras de Alticia, plena de esas pasiones que lo excitaban, lograrían animarlo. Apolinario la llamó con su voz entrecortada, por teléfono.

-Ven, Alticia, ven que haremos el amor que deseas, porque estoy festejando ya el encuentro.

Alticia no tardó en estar a su lado, acudía a su gran amor; a su destino plácido, afortunado, consentido, aun sabiendo de los resquemores de Apolinario a mostrar su interior tan retorcido y dolorido. Su cuerpo se estremecía, latía su corazón. Estaba emocionada.

Entró Alticia al recinto en tinieblas, una sola vela encendida hacía dudar de la oscuridad. Dejó su abrigo y buscó a Apolinario, que estaba postrado en el sillón. Quería arrullarlo, mimarlo, con esa pasión que desesperaba su alma y la perturbaba. Admitió su complacencia, no podía resistirse, ni negarse.

Desnudó a Apolinario en una ceremonia lujuriosa; facilitó su obediencia con las palabras, que sabía despertarían su fuerza animal. No sintió la turbación del inicio, sí la desesperación por tenerlo. Dejó Alticia sus ropas prolijamente en una silla y presentó su desnudez, en su esplendor asentido. Su agitación crecía aguijoneada por la cercanía de su amado y dejó su pusilánime tribulación de lado para iniciar el rito amoroso de la entrega. Sus cuerpos amoldaron el deseo, encontraron los espacios del contacto perfecto, unieron sus sexos desbordantes de humedades; se estableció una batalla de pasiones, con voluntades admiradas de excentricidades. Se iluminaron los rostros, se crisparon las manos y los dorsos de sus cuerpos, rompieron el silencio de la noche derribando las luces del amanecer. Repitieron sus amores una y otra vez, hasta que sus cuerpos renunciaron a la profusión. Y se abatieron orgullosos al descanso.

Alticia se sentía plena de su hombre, cautivada por la brutalidad salvaje de ese ser domado, morigerado y exhausto. Acurrucó su cuerpo a su lado, apoyó la cabeza en el pecho de Apolinario que ya dormía, rugiendo, moviéndose sólo para tratar de acomodar su humanidad sobre las irregularidades del sillón vencido. Atos estaba afirmando con sus tenazas, atrapando el borde del respaldo de madera. Sus plumas blancas se habían transformado en los colores mágicos de un faisán.

Apolinario soñaba que era elegido por multitudes; que todos lo aclamaban, que estaba en un estadio inmenso, con las tribunas atestadas de público, y que él levantaba los brazos

al igual que aquel pastor que admirara en su juventud. La Banda que lo acompañaba estaba lista, la música de fondo no tenía compositor porque la daba ese pueblo al que él hipnotizaba. Levantó sus manos al recordar que estaba en el palco central, y comenzó a saludar por sectores de tribunas delirantes, entrando en una satisfacción desconocida. Ese público lo aclamaba, y también coreaba su nombre y su apodo, con el reiterado:

“Aguante, Jefe, aguante y siga robando”. Se sentía en la cima de sus logros. Estaba dormido.

Alticia recogió sus ropas tiradas en el suelo, se duchó; quitó el semen de Apolinario de su cuerpo y de sus cavidades con profunda delicadeza. Acomodó lo que pudo para no despertarlo, ya que prácticamente vomitaba los últimos restos de alimentos, y se fue, no sin antes besar la frente de su amado en un acto de ternura. Estaba contenta, el abandono había terminado. Estaba convencida de que Apolinario la necesitaba.

Atos seguía en el mismo lugar, atento a los movimientos de su amo y de Alticia. Sólo atinaba a abrir sus enormes alas como buscando desperezar su quietud y también su paciencia.

VIII

*“¿Que nos faltó para que la utopía venciera la realidad?...
¿ Qué derrotó a la Utopía?”*

Andrés Rivera

Llegó el día. Apolinario los había citado a las seis de la tarde en su habitación. Se aseguró de que no hubiese micrófonos, revisó los muebles, los enchufes, la entrada del teléfono, el horno, la heladera portátil, los tacos de zapatos y las hombreras de sus sacos donados. Dio vuelta las sillas y con un martillo percutió cada baldosa del baño y cocina, para detectar zonas huecas.

-Nada, todo bajo control -murmuró en una repuesta habitual.

En su casa, Alticia preparaba la bebida, le había agregado el estimulante y, por primera vez, los tallos secos de ketanque, que, según ella, servía para detectar mentiras. Lo había usado en varias oportunidades. La última, en el velorio de su madrina, donde el resultado fue calamitoso, todos los deudos comenzaron a decir la verdad sobre la difunta. Fue tal el escándalo, que ni siquiera hubo tiempo para llorar y el entierro se realizó a puertas cerradas, en forma apresurada y con todo adentro del cajón, coronas, tarjetas y hasta dos sillas. Su madrina daba mucho que hablar.

Eran las cinco de la tarde, Apolinario estaba nervioso pero lúcido, sería ésta la reunión inicial donde se enfrentaría con los personajes elegidos.

El primero en llegar fue Ángel, de aspecto humilde, bonachón, obeso y con unos bigotes espesos, entrecanos y desordenados. Se lo notaba tranquilo, pero intrigado. Tenía la costumbre de rascarse los testículos; probablemente, por esos hongos traicioneros que aparecían siempre entre las humedades de los climas. Traía una carpeta prolijamente encuadrada bajo el brazo derecho, era su currículum Vitae, o, como decía siempre Perfecto, su Prontuario Vitae. Apolinario trató de imaginar a este hombre en su infancia; no pudo. No tenía un solo rasgo de su pasado.

A los pocos minutos, llegaba Alticia, jovial, desconfiada y con sus guirnalda colgadas en las muñecas y cuello. Las botellas preparadas envueltas. Era indudablemente una mujer atractiva, sus rodillas perfectas, la blusa desprendida hasta el tercer botón, lo suficiente como para encontrar, cada vez que se agachaba para servir una copa, dos senos escandalosamente perfectos y sutilmente bellos.

Benigno y Aurelino acudieron juntos. Circunspectos, serios, aburridos de sí mismos. Saludaron en forma protocolar, mientras miraban a su anfitrión con curiosidad. A diferencia de su otro invitado, ninguno traía carpeta en su mano, tampoco portafolios ni documentación. Era una señal clara, no dejaban marcas por donde transitaban. Ambos tomaron asiento y comenzaron a hablar del clima y de sus consecuencias para la salud.

Inocencio llegó solo. Con cara de niño gordo y amanerado. Sonreía por cualquier cosa. Si le ofrecían algo, tomaba delicadamente el objeto y agradecía. Eligió para sentarse una silla, porque no quería arrugar su traje, y comenzó a observar a los integrantes del grupo. Le llamó la atención la figura de Apolinario, a quien imaginaba distinto. De cualquier forma, ninguno de ellos cumplía las expectativas de sus sentimientos. Pero sí criticaba en silencio las vestimentas de todos. Incluida la de Alticia, a quien consideró una mujer distinguida.

Aurelino, rígido, serio, impávido. Benigno no tocó la puerta cuando llegó. La puerta estaba abierta. Apolinario lo vio bajo el marco.

¿Quién diría que esa cara fuese de este hombre?, pensó; parecía un sacerdote dominico, investido de bondad, paz, y pálido como el mármol. Alticia lo hizo pasar, no sin antes colocarle en su mano el brebaje correspondiente, diciéndole que era una especialidad de la casa. La verdad es que tenía buen sabor, así que todos tomaron. Alticia estaba como una flor, no sólo era la amante de Apolinario, sino que hoy era su mano derecha. Estaba realmente orgullosa y plena, y hasta fue generosa en mostrar su anatomía cada vez que tuvo oportunidad.

Tomaron asiento; Apolinario hizo las presentaciones correspondientes. Todos asentían de haberse conocido al menos por referencia. “La caca corre”, bromeaban; conocían también sus acciones delictivas. El ambiente se fue distendiendo. No había esa tensión inicial. Apolinario comenzó a justificar la convocatoria y trazar sus objetivos:

-Ustedes me conocen; tienen referencias de mí, sobre todo en mis épocas de juventud cuando pertenecía a la secta “Noche Roja”, y quizás por mi última condena que me llevó a la sombra varios años. Los he convocado por sus antecedentes delictuosos; por sus hábitos crueles, por sus deslealtades y traiciones. Si no fuesen basura, no estarían aquí. Pero son inteligentes. Tengo un archivo de cada uno, sé de sus debilidades y sus ambiciones. Sé de sus contactos con la droga, prostitución, juego, y vos, Inocencio, de tu homosexualidad declarada.

-¿Es un defecto? -preguntó Inocencio.

-No, un detalle, sólo un detalle a tener en cuenta. No tengo nada con los homosexuales, tampoco es mi interés -respondió Apolinario y continuó:

-Me parecen brillantes, sumamente intuitivos y pragmáticos. Por eso les hablo de esta manera. Mi interés es tomar el poder político y, a partir de allí, instaurar un régimen absolutamente injusto, totalmente corrupto y brutalmente represivo. Ustedes serán mi brazo derecho. Yo los cuido, los beneficio, y ustedes me protegen individualmente o en forma colectiva. Quiero hombres dispuestos a saquear el estado, acumular la fortuna que nunca tuvimos ni tuvieron. Seré generoso, pero muy estricto. Si fallan, la pena será: la muerte. En esto no hay medias tintas. Todo o nada -concluyó.

Los había sorprendido.

“Entonces Helena, hija de Zeus, ordenó otra cosa, echó en el vino que estaban bebiendo una droga contra el llanto y la cólera, que hacía olvidar todos los males” -corean las voces.

Tomó el vaso con bebida deliberadamente preparada; miró distraídamente a Alticia, que asintió haber realizado su tarea, y semblanteó a cada uno de los presentes, que no atinaban aún a responder. Alticia estaba orgullosa de su hombre. Con una bandeja comenzó a repartir bebida fresca, sazónada con raíces molidas de porco, arbusto usado para someter las voluntades. Las raíces eran extraídas de las cavernas escondidas en los bosques en tinieblas y en las noches de luna llena. Esa noche Alticia separaba prolijamente su cosecha.

-Soy hombre de pocas palabras -dijo, sin inmutarse, Aurelino-. Agradezco el reconocimiento a los méritos que ostentamos; pienso que usted no conoce los aspectos más oscuros de nuestras vidas, pero veo que le interesa el área económica. A mí también -confirmó-. Estoy dispuesto a incorporarme, siempre y cuando los porcentajes sean el cincuenta por ciento de lo que logremos sustraer del tesoro nacional. Los riesgos son grandes, pero yo adhiero a la propuesta.

Luego, sacó un pedazo de madera de abedul y comenzó a tallarla con una sevillana tan filosa como peligrosa. Esculpía su propia esfinge. Un detalle muy especial.

Todos esperaron la reacción de Apolinario. No se atrevían a definirse.

“Circe: ¿Por qué, Odiseo, permaneces así como un mudo y consumes tu ánimo? ¿Sospechas que haya algún engaño?” -susurran las voces.

Ángelo tomó la palabra luego de beber el segundo vaso del preparado.

-Entiendo que esto será definitivamente un pacto secreto. Mis antecedentes logran superar lo delictivo. Mi satisfacción, aparte de lo económico, linda con lo macabro. Me gusta ver sufrir a mis enemigos. Me entenece entregar estúpidos utópicos a las cámaras de tortura. Y no soy un ladrón; soy un profesional en el robo, y especialista en lavar dinero, que es otra cosa. Puedo aportar experiencia y contactos.

Se sintió orgulloso y contundente. Prendió un cigarrillo y comenzó la ceremonia del rascado de sus testículos sin disimulo.

-De tanto ser vegetariano y alcohólico me salieron hongos -decía disculpándose.

“Odiseo a Penélope: Hazme otras preguntas y no te empeñes en averiguar mi linaje, la memoria acrecienta los pesares de mi corazón” -aconsejan las voces.

Inocencio rompió su timidez y dejó que aflorara el verborragico adamado:

-He hablado con Benigno y tengo su autorización para explicitar esta postura. Entiendo que el planteo no es sólo económico, sino que también apunta al poder. Nos encanta el poder y digo “nos” porque vivo en pareja. Queremos formar parte de esta asociación. Vemos en ti, Apolinario, nuestro guía. Con respecto a mis inclinaciones, debo manifestarles que son ciertas, pero que esto no puede ni debe ser un factor de exclusión. Es más, creo que aportaré lo que ninguno de ustedes se atrevería a dar. Es mi ventaja. La utilización de mis inclinaciones serán a veces decisivas. Nos sumamos a la propuesta -miró a todos menos a Ángelo, al que tildó de grosero. Luego continuó pintando sus uñas de bermellón.

“Circe: ¡Ea!, envaina la espada y vámonos a la cama para que unidos por el lecho y el amor, crezca en nosotros la confianza” -anuncian las voces.

Apolinario apresuró las explicaciones de su proyecto. Después de largas horas y litros de bebida (preparada por Alticia), decidieron que estaba sellada esta alianza. Encontró en ellos exactamente lo que esperaba. Miró a Alticia; le prometió la cama, que forjaría, de ahora en más, una pareja indestructible. ¿Serán los amantes de Tervel? Quién sabe.

Alticia esperó que el último invitado se fuese. Como ama de casa, se comportó en forma adecuada y correcta. Apagó las luces, prendió las velas negras y rojas. Dejó que los sahumerios de ababol invadieran el espacio, y tendió sobre la cama pétalos de rosas blancas y rojas, esparcidas caprichosamente como una lluvia mansa que presagiara la proeza del amor.

Alticia se quitó la ropa delicadamente. Apolinario estaba exultante.

Su cuerpo emergió emulando a Afrodita: la música de Strauss transfiguró su cuerpo, desparramado solemnemente sobre el lecho de rosas; Apolinario apuró su brebaje y dejó por primera vez que el hombre pugnaz se evaporara, para dejar entrar al salaz, desenfrenado animal fibroso. Alticia desafiaba, provocaba, excitaba a un Apolinario refulgente. Llevó el recipiente colmado de acíbar que generosamente colocó sobre la piel de Apolinario, quien la recibió con el deseo de la entrega. Esa noche, Apolinario descargó su energía en el cuerpo delicado de una mujer dispuesta a sellar el pacto de Circe.

IX

“Tengo los dientes rotos de morder imposibles.”

L. Marechal

Dejó que todos los barcos y lanchones que estaban en el puerto de madera se pudriesen por el tiempo. El objetivo era evitar que alguien de ese país pudiese salir. Gozaba pensando que su autoridad estaba más allá de la voluntad de cada habitante. Es más, sabía que logrando esa incomunicación definitiva y permanente, sus dominios no podrían ser cuestionados por nadie y por nada. No estaba dispuesto a dar señales de debilidad; le había costado un gran esfuerzo llegar a ese cargo y conducir esa nación; resistió agresiones y humillaciones de los más poderosos enemigos, hasta que supo que estaba en condiciones de enfrentarlos y tomarse su revancha.

Apolinario Reyes Del Manchón, siguiendo su rutina y su historia, estaba sentado frente al mar, en medio de una playa de arena fina y cálida que aceptaba las caricias de la espuma blanca dejada por el agua de las olas mansas. Allí solía meditar, o acudía cuando estaba confuso o entristecido. Mar intenso, imponente a su frente; selva espesa, exuberante a sus espaldas. Era el contraste de la naturaleza y también de su vida. Apolinario repasó cuidadosamente su estilo de gobierno, mirando un horizonte que se incrustaba en la línea lejana del mar; sentíase satisfecho. Nada fue tan importante en su vida como el objetivo que él se había trazado y alcanzado: “El poder”. Era su obsesión.

Lo había logrado. Las elecciones habían sido dos meses atrás. Supo capitalizar los desencuentros, las necesidades y las aspiraciones de los ciudadanos. También interpretar qué banderas debía sostener en cada discurso frente a multitudes o ante pequeños grupos que se nucleaban a su alrededor, curiosos tal vez por su atuendo, o su figura, más que por su palabra. Apolinario no se desprendía de su mascota, el cuervo blanco, que llevaba en sus giras, atado de una sogá vieja y sucia: Atos. Obsequio de Alticia, su bruja preferida.

Apolinario era un hombre de mediana estatura, robusto, con cabello lacio, negro y recortado a la altura de sus hombros. Nunca tuvo más educación que unos años en la escuela primaria; su disentería lo aislaba. Sin embargo, era un profundo observador, anotaba diariamente los hechos más impactantes del día; los imaginaba suyos.

En la noche, bajo el candil tiznado de tanto humo, leía y corregía prolijamente cada palabra, cada frase. Anotaba al pie de página un pequeño comentario y daba por finalizada su tarea cuando el sueño lo atormentaba. Vivía en ese entonces en un pequeño caserío periférico del pueblo, donde las carencias hacían presencia sin importar la hora, ni el clima. Un rincón oscuro al fondo del callejón custodiado por paredones pintados de graffitis, que guiaban a caminantes, pobladores y curiosos.

Sus botines despuntaban montículos de arena en los médanos preparados para el tránsito liviano de bicicletas y peatones olvidados, que lo utilizaban para regresar a sus viviendas pobres, oscuras, carentes y viejas.

Se había jurado a sí mismo ser el gobernante de ese territorio perdido en el mapa de la vida, ubicado a doscientos kilómetros del caudaloso río “Luma”, que baja trayendo el legado de las montañas a la selva, volcando sus aguas, finalmente, en la mezcla fascinante de las aguas en una costa de enormes playas de arena blanca, exponente de un clima tropical; humedad, calor y tormentas mágicas aparecían de la nada, lavando las enormes hojas verdes de la selva virgen, en una vegetación exuberante de frutas y vegetales, que alimentaban a cientos de pescadores que permanecían en las orillas de la costa. Ellos se negaban a ingresar al poblado, mantenían sus costumbres y deseaban no ser molestados. Nunca pidieron nada para vivir en ese estado, tampoco ofrecían servicios.

Soñaba con el día en que, por un triunfo democrático, su nombre y su partido fuesen proclamados: ganadores. El sueño era ahora una realidad. Había sido elegido, votado, consagrado. Sus deseos estaban siempre presentes en esa fantasía. Como una luz de brillo extraordinario, su ambición crecía.

No era suficiente tener las plazas colmadas de seguidores voluntarios y pagados, las baldosas deberían estar cubiertas de gente entusiasmada; gente que llevara sus pancartas con un estilo rayano en lo religioso. Apolinario deseaba que su fotos gigantes encandilaran las multitudes; que se pasearan por las calles, las acequias, los estadios, deseaba estar presente en cada pared de las viviendas, deseaba ser venerado, admirado y respetado. Pensaba que su séquito debería vestir túnicas púrpuras y llevar sus bronces labrados con su nombre y su rostro. No le bastaba saber por informes de terceros cómo lo seguía la población. Quería escucharlos, sentirlos, palparlos. Para esto se disfrazaba de comerciante, campesino, vendedor, jinete, taxista, juez, médico, proxeneta, travestido, sacerdote y hasta de monja. ¡Sí, de monja!; para entrar en los conventos de clausura y conocer los pensamientos de las reclusas se disfrazaba de monja. Necesitaba sentir las voces de sus adhesiones. Lo alimentaban.

Apolinario usaba sandalias, un pantalón de hilo gastado y una camisa manga corta zurcida. No había más atuendos. Un saco prestado para la campaña y los papeles blancos que siempre le daban como parte de su trabajo: repartir impresos de propaganda comercial.

En esos mismos papeles escribía sus resentimientos, sus propuestas y sus objetivos. Apolinario supo siempre que sin dinero no hay campaña posible, por lo tanto no podría ser elegido. También supo que haciendo culto de la mentira y las promesas falsas, podía ganar y alcanzar sus anheladas metas.

-¿Qué medidas de gobierno has bosquejado, Apolinario? -le preguntó Alticia.

-Es fácil -respondió-. Prometeré lo contrario a lo que existe. ¡Es lo que la gente querría escuchar! -concluyó.

-Mira, Alticia, te voy a resumir las mentiras para que lo comprendas: si hay hambre, prometeré alimentos. Si hay sed, agua; mucha. Si hay desocupados, trabajo; miles. Si quieren un sueño, les daré dos. Si hay pobreza, prometeré riquezas -sonrió.

“Miente, Apolinario, con las verdades no puedes llegar al podio ni al triunfo. Habrá tiempo para justificarlas, ya se te ocurrirán palabras que borren el pasado. Miente sin temor, los imperios se construyen sobre las cenizas de los pueblos” -cantan las voces.

Apolinario entendía la política como el arte de la mentira, de la rapiña y de los grandes negocios. Nunca estuvo más cerca de las voces.

-¿Entonces, si no cambias nada, todo seguirá igual? -preguntó Alticia.

-¡No, seguirá peor, Alticia, eso es lo bueno! Para lograr que te voten, no sólo hay que decir lo que la gente quiere escuchar, sino también venderles ilusiones, ¿me entiendes? ¡Ilusiones, fantasías, sueños! De nada vale hacer discursos de sacrificio. Nadie quiere esto, Alticia -aseguró Apolinario-. ¡Yo no puedo decir que voy a robar! Tengo que hacerlo, diciendo que combatiré la corrupción. Para lograrlo, primero hay que estar convencido de la mentira, luego montar una estructura capaz de consolidarla. ¡Cuando se den cuenta, será tarde!, porque no tendrán más alternativa que sumarse. Así funciona esto, Alticia -finalizó.

Alticia comprendió el planteo. Apolinario era sólido, no improvisaba. Pero algo no cerraba.

-Bueno -dijo Alticia-, pero las ilusiones tienen un tiempo; ¿qué pasará cuando éstos se cumplan y la realidad sea otra, Apolinario? -preguntó.

-¡Una ilusión reemplaza a otra ilusión, Alticia! Mira tu vida; ¿cuántas ilusiones has tenido? ¿Cuántas se han cumplido? Sin embargo, sigues haciendo todos los días nuevas ilusiones. Yo soy capaz de generar miles; millones de ilusiones. No me cuesta nada, ¿sabes por qué? ¡Porque en mi vida, todas las ilusiones, menos ésta, no se cumplieron! Me tienen que ver como el hombre de los sueños. El hombre que les puede describir lo que ellos quieren, o mejor aún, lo que desean. ¡Es lo que necesitan, Alticia! ¡Soñar, aunque luego se mueran de hambre y aburrimiento! ¿No es lo mismo que hacen los jóvenes con la droga? ¡Sueñan, Alticia! La vida es un sueño, como sostenía Calderón, el de la barca. Y me acuerdo de este nombre por la barca de pescadores del Sr. Calderón, que nos llevaba a pescar en el mar. ¿Y sabes qué? ¡Cuando no pescaba nada, me comía los sueños, Alticia! Así de fácil, ¿entiendes? -preguntó.

Era su camino. El camino elegido, decidido en largas noches y largos años de pobreza. Por otro parte, él se sentía predestinado al triunfo y al poder. Había trabajado para ello. Dedicó su juventud a compartir su tiempo con los más grandes defraudadores que visitaban la ciudad. Aprendió de sus trampas, mentiras y ambiciones. Había registrado todos los engaños. Se mofó de cuantos pudo y abandonó sus amigos.

Atos lo acompañaba en esa soledad inmensa; siempre fue obediente y silencioso. Cuando estaba inquieto, era porque se acercaban tempestades. Atos estaba nervioso.

-Tú, sí que me comprendes, Atos -y le colocó su alimento en el plato.

Apolinario Reyes Del Manchón, Apolinario, como le decían sus íntimos, movió sus manos en la arena; jugueteó con las conchas de mariscos abandonadas y hasta se permitió lanzar un grito en medio de esa soledad, viviendo su propio nombre.

Era él. Había sido elegido. Su grito se desparramó por el aire y una brisa lo llevó al infinito. Se sentía poderoso, sería el nuevo presidente, pero fundamentalmente: el futuro Jefe de ese país. Para ello, la Asamblea Constituyente se reuniría en la mañana, con una sola finalidad: “Proclamarlo Dictador” en la primera sesión.

Y, pocas horas más tarde, proclamaban la disolución de la Asamblea y todo poder que pudiese mellar su autoridad. Pensó también quiénes iban a ser sus colaboradores. Tres meses le llevó considerar a los futuros ministros. Faltaba aún considerar la organización de los cuadros intermedios. Las fichas de cada uno estaban, tenía toda la información de sus miserias, ambiciones y su pasado. Perfecto, su padre, había hecho un trabajo prolijo. Fue

clasificando del uno al diez, a cada uno de ellos; priorizando no sólo la capacidad, sino la obsecuencia, la vulnerabilidad, sus miserias y sus antecedentes de corrupción previa. Igual que cuando eligió sus cuatro cómplices. Perfecto era un eficaz colaborador.

-¡Verás, Alticia, para gobernar debes elegir los hombres más vulnerables! Debes tenerlos sometidos a los secretos que tú tienes sobre ellos, y comprometerlos lo más rápido posible. Nadie resiste una valija llena de dólares. Tampoco quieren quedar fuera del negocio, sobre todo cuando ven que sus socios crecen económicamente. Allí está el secreto, las ambiciones se potencian si los resultados aparecen. Mi tarea es justamente ésa, que los resultados estén en los bolsillos de mis colaboradores, con esto aseguro los míos -dijo Apolinario.

No podía tener una sola grieta en su pirámide de mando. Había que robar todas las instituciones; pero también mantener el orden y el silencio.

-¿Qué medidas inmediatas tomarás, Apolinario? -preguntó Alticia, sentada a su lado.

-Te leeré lo que tengo escrito a modo de borrador, que es lo real, pero también escucharás el mensaje “oficial” que ya tengo grabado para el acto de asunción -sugirió Apolinario.

“Daré alimentos, pero sólo lo necesario; erradicaré la miseria por decreto. Daré viviendas sin paredes. Techo y punto. Todos serán dependientes de mi poder, pero también mis esclavos. Nadie entrará en mi territorio; pero tampoco nadie saldrá. No habrá más información que la que yo genere y no habrá otras voces para propalarlas que las que yo designe”, y agregó:

-¡Al ladrón que no sea del Gobierno, pena de muerte! -proclamó-. ¡Al ladrón institucional, el perdón! -aseveró exultante.

-Escucha ahora el mensaje sobre este mismo tema -y enciende el grabador Apolinario:

“Voy a comprometerme con ustedes a trabajar fuertemente para eliminar la miseria, les daré los alimentos que ustedes deseen, los que el pueblo pida. Haré viviendas dignas donde la familia tenga su felicidad que por derecho les corresponde. No quiero ver a nadie de mis ciudadanos que se sientan sometidos al poder de este gobierno abierto y popular. Es mi deseo que todos los hombres y mujeres de mi país tengan el derecho a la información y la cultura. Combatiré la corrupción en todos los estamentos del Estado, no voy a permitir un solo acto de corrupción en mis funcionarios. Quiero que por primera vez mi pueblo sea libre.”

-¿Crees que te será fácil este doble discurso? -preguntó Alticia, preparando el brebaje.

-¡Todo es fácil desde el poder, Alticia! No hay nada imposible, ya verás -contestaba Apolinario, sonriendo ante la ingenuidad de esa mujer. Y continuó:

“La justicia será oral. Habrá un Ministro de la Injusticia. Nada quedará escrito; se prohíben los archivos. Los jueces serán nombrados por afinidad y obsecuencia. No tendrán obligación de ser letrados. Ninguno debe tener más educación que el dictador.”

Grabación: “Juro por Dios y mi Patria que desde ahora en más la Justicia será jerarquizada, privilegiando la capacitación y los antecedentes curriculares de los hombres que implanten justicia para el pueblo, vamos a informatizar la justicia para recuperar y preservar los archivos y documentos.”

-Allí exageras, Apolinario -rió Alticia.

-Bueno, un poco, pero al menos así me gustaría -sonreía Apolinario, y continuó:

“El orden será resguardado celosamente por una banda armada y educada en la crueldad por él mismo. Habrá un Ministerio de la Represión: será el encargado de reprimir, secuestrar y matar.”

-¡Debes crear una imagen fuerte, totalitaria, polémica y fundamentalmente poderosa! -explicó-. ¿Me comprendes, Alticia? No sé si me entiendes, ¿o te aburre, Alticia?

-No, Apolinario, sigue explicándome, yo lo entiendo -aclaró Alticia, convencida.

Grabación: “Crearé un cuerpo de seguridad que privilegie al ser humano en su conjunto, para que se respeten de una vez por todas las garantías constitucionales. Asumo el compromiso de desarmar las estructuras mafiosas enquistadas en los sectores de Seguridad.”

-Bien, a todo esto debo agregar algunos detalles como... -y continuó leyendo.

-Nadie puede ser más alto que el dictador y tampoco más pesado -rió Alticia.

“Deberán responder automáticamente a mis órdenes, o a quien yo designe en el mando, en forma transitoria. No habrá funcionarios permanentes; habrá cargos de permanencia autorizados por decreto oral. Según como distribuyera la recaudación de los impuestos, los recursos naturales serán de su patrimonio y estarían habilitados para venderlos, regalarlos, negociarlos y conservarlos para sí, o su familia.”

Grabación: “Todas las designaciones serán en base a concursos de antecedentes, voy a garantizar la estabilidad laboral, los impuestos serán para los que más tienen y seré un celoso defensor de los Recursos Naturales, que no son, ni más ni menos, que el patrimonio de ustedes: mi amado pueblo.”

-¡Yo presidiré el Consejo de la Entrega del Patrimonio Nacional! -aseguró convencido-. Esto es clave, Alticia, los recursos naturales, el agua, la energía, el gas, el petróleo. Esto es muy importante porque, a mi arbitrio, me haría sentir el dueño de la Nación. Para eso hay que liquidar los organismos de control o corromperlos, no hay dudas -razonó Apolinario.

- Pondré castigos ejemplares, naturalmente esto ya lo tengo decidido - aseguró Apolinario

Estaba orgulloso de su proyecto y continuó leyendo:

“Quien cuestione su destino, sufrirá la pena de vivir en una balsa de cartón, hasta que en medio del mar ésta se hunda. Si sobrevive, deberá rectificarse en audiencia pública prometiendo un jamás. Y dará las explicaciones de arrepentimiento, haciendo votos de obediencia.”

-¿Qué opinas, Alticia? -preguntó.

-Me encanta, Apolinario, sigue -replicó.

“No habrá legisladores, habrá una red de hombres y mujeres dependientes del nuevo sistema, que tendrán por misión anotar las necesidades de la población, por barrio, por manzana, por calle, por cuadra, por casa, por aldea y por ciudad.”

Grabación: “Voy a jerarquizar también al Poder Legislativo, a quien garantizo mi total y absoluta imparcialidad y la garantía de su poder independiente. Juro por los Santos Evangelios la libertad de los tres poderes del Estado como única forma de gobierno democrático, participativo y pluralista”.

-¿Y los senadores o Diputados, Apolinario? -preguntó Alticia.

-¡No existen más, Alticia!, son vagos, ignorantes, corruptos y gastan el dinero que bien nos vendría a nosotros para engrosar las fortunas personales. Te sale más barato un soborno que un senador. Por otra parte, sólo saben hablar en los medios de comunicación para

criticarte, ellos no resuelven nada. ¿O no recuerdas la caída del imperio Romano, donde el senado se desmoronó por la corrupción?... Esto me lo dijo Tiburcio, Alticia, y te lo repito así, porque yo ni siquiera sé en dónde está Roma, pero él no miente; sigamos con el proyecto.

“Las necesidades serán evaluadas en el Consejo de la Inequidad y no se aceptará más que una solicitud por grupo familiar, por año. Los integrantes de esta Red tienen la obligación de espiar, delatar y denunciar a los opositores o a quienes cuestionen el sistema. Serán todos ellos serviles y entusiastas concurrentes a los actos y reuniones del gobernante. Tendrán sus palmas listas para aplaudir cualquier ocurrencia o gesto que el gobernante genere consciente o inconscientemente.”

Grabación: “Voy a trabajar sin descanso para que todos los habitantes de mi patria tengan cobertura social integral. Mi compromiso es con los más humildes, los más carenciados y a ellos orientaré mi esfuerzo y mi pasión de gobernante. No admitiré manifestaciones de apoyo ni aplausos, he asumido para servir a mi pueblo. Ése es mi compromiso”.

-¿Recuerdas cuando te quejabas de tu formación? -dijo Alticia.

-Sí, para esto también he pensado algo: no hay peor enemigo que un pueblo culto. Educar es darle posibilidad a la gente de conocer sus derechos. Eso va en contra de mi proyecto. ¿O no lo crees, Alticia? -preguntó Apolinario.

-Absolutamente de acuerdo -respondió Alticia, resplandeciente-. Sigue -lo incitó.

“Las escuelas serán al aire libre, con maestros diestros en tránsito. Enseñarán el abecedario básico, suma y resta, no mayor de cien, y no se mencionarán países o personajes de la historia. Sólo la vida y la obra del gobernante... Yo, y la forma de venerarme.”

Grabación: “He de consagrar mi vida para que todos los niños y jóvenes tengan una educación de excelencia. Un pueblo inculto es un pueblo sin futuro. Haré escuelas dignas para una educación casi perfecta”.

-Para evitar problemas en las calles, tengo esto -dijo, razonando, Apolinario.

“Se prohíben las reuniones y las sospechas. Se prohíbe: discutir, cuestionar, o señalar actos corruptos o sus ejecutores. La pena será cárcel por iguales años que tenga el infractor. Todos trabajarán la tierra, pero el setenta por ciento de lo producido pasará al mercado del Desabastecimiento, que estará administrado por familiares del dictador.”

-O sea, yo -acotó triunfante-. Mira, Alticia, mientras más libertad les das, más cuestionamientos tienes.

Grabación: “He de promover la participación directa de la gente, en asambleas, concentraciones y partidos. Creo fervientemente en la crítica, porque ella me hará modificar mis errores y desaciertos”.

-Necesitas una poderosa herramienta para aplicar este plan, Alticia, una organización en serio. Sin ella no lo puedes lograr y no te reconocen en la historia -comentó Apolinario-. Por otra parte, si no robas apostando fuerte, serás tildado de ladrón tonto e ingenuo. Pero si lo haces a lo grande sin importarte montos ni formas, podrás contratar los mejores estudios jurídicos para que te defiendan. ¡Entonces serás un gran señor! Hasta puedes convertirte en un mártir -afirmó-. Eso se llama impunidad, Alticia. El dinero compra las sentencias. ¿Impunidad, me entiendes?, o sea: hacer lo que quieres y lo que quieras; sin temor alguno a la justicia, a la opinión pública o a las elecciones, que por otra parte no habrá más.

“El Ministerio de la Corrupción será encargado de supervisar e informar, trimestralmente, los cobros y las deudas de cada habitante. Los morosos perderán un dedo por cada 12 meses de incumplimiento. Una mano, cada diez años. Y su vida, si reiteran.”

Grabación: “Voy a combatir la impunidad, flagelo éste que ha desestructurado las bases de la República. Convocaré a elecciones tantas veces sea necesario, ya que es la forma de expresarse de todo un pueblo. Privilegiaré las moratorias como forma de regularizar las deudas de los que menos tienen. Premiaré al humilde”.

-Fantástico, Apolinario; ¿cómo se te ocurren estas cosas? -preguntó Alticia.

-¡La experiencia, Alticia, la experiencia! -respondía reconfortado Apolinario.

-¿Que harás con los medios de comunicación? -consultó Alticia-. ¡Recuerda que ellos siempre nos atacaron! -apuntó.

-Todo tiene un precio, Alticia; no seas tonta, serás testigo de esto. Los periodistas que más me ataquen recibirán más dinero. Los moderados, lo justo, y los tibios, lo que yo quiera. ¿Qué quiere decir esto?, que hay que pagar el silencio y también la crítica, sobre todo ahora, que los medios están en muy pocas manos. ¡Esto facilita el “ablande”! -razonó Apolinario-. No existe la libertad de prensa, Alticia. Existe “libertad de tarifas”, ja ja. Es indudable que siempre habrá algunos que no van a ceder a mis presiones, pero bueno, yo sabré manejarlos; hay métodos violentos que los harán cambiar de postura. Los periodistas independientes cada vez son más escasos. Todos trabajan para empresas. Y las Empresas trabajan para mí... ¿comprendes cómo es esto? -amenazó.

“El Ministro de la Incomunicación será designado por el dictador, con atribuciones de interpretar todas las palabras o frases del gobernante que sirvan para: enaltecer, prestigiar y engrandecer su figura, voz e imagen. Queda prohibida la comunicación independiente, el razonamiento público o el análisis político en todos los medios de comunicación. Los medios que se opongan a su compra, soborno o sometimiento, serán cerrados y silenciados, igual para quienes se determinen como responsables. Cuya eliminación queda aprobada por decreto.”

Grabación: “Un pueblo sin información es un pueblo ignorante y marginado. Los medios de comunicación son considerados por mi persona como la expresión más cabal de la libertad de los ciudadanos. Quiero una prensa libre y sana, y facilitaré la creación de medios de comunicación a lo largo y a lo ancho del País”.

-¿Y los recursos Naturales?, ¿y los recursos patrimoniales del país? -se animó a preguntarle Alticia.

-¡No existen!... Son míos. Me pertenecen porque son la llave del poder político y económico. Si yo no tengo su manejo, no vale la pena el esfuerzo. Haré de ellos lo que mejor convenga para mi desarrollo patrimonial -respondió un Apolinario resuelto, continuando su lectura.

“El Ministerio de Turismo será únicamente para promocionar los futuros o actuales viajes del dictador o su familia. Determinará sus viáticos, acompañantes, hoteles de seis estrellas, aviones y medios de difusión.”

-¡Quiero que mi familia pueda viajar, Alticia!, al igual que mis amigos, pero sin privarse de nada. Los viajes al exterior deben ser así sin control de gastos -Apolinario se mostraba agitado.

Grabación: “Los recursos naturales han sido expoliados por los intereses espurios antinacionales y por negociados vergonzosos. He de velar para que cada peso que entre

por el Petróleo, el Gas y el Agua sean utilizados para el pueblo, porque considero que esos recursos son únicamente propiedad de los ciudadanos que han confiado en mi proyecto. Erradicaré el uso de dineros públicos para beneficios de familiares y funcionarios que andan dando vuelta por el mundo gastando el dinero de la gente”.

“Por decreto, se eliminarán las zonas de pobreza que opaca al turismo nacional o internacional. Las viviendas del líder se declaran de interés nacional y patrimonio de la humanidad, para evitar ser embargadas. Las tierras, ríos, campos y lagos, pasarán a registrarse como: patrimonio del Gobernante.”

-Totalmente de acuerdo, Apolinario -intervino por primera vez Perfecto-. Cuando uno sale del gobierno lo primero que hacen es justamente investigarlo, tratar de quitarle lo que humildemente ha podido robar. Creo que sobre este aspecto habría que tomar algunas previsiones. ¡No hay derecho a que te persigan, Apolinario. ¡Piensa cuánto hemos sufrido para llegar a donde estamos! -Apolinario se sorprendió.

-Es cierto, para estas situaciones tengo contempladas algunas cosas, veamos.

“Todos sus bienes no declarados, quedarán para siempre libres de impuesto e investigación. Ningún acto de gobierno podrá ser investigado ni cuestionado.”

Grabación: “Que mis ciudadanos sepan que no habrá un solo funcionario que pueda librarse de las investigaciones por el mal uso de los dineros públicos. Asumo esta responsabilidad con total claridad de las consecuencias que ello implica. Investigaré a todos quienes estén sospechados de haber delinquido. Mis bienes serán conocidos en forma pública antes de asumir y al dejar el poder; el pueblo podrá investigar cada peso de mi patrimonio. Quiero un gobierno transparente”.

-Vas a tener oposición de la Iglesia, Apolinario -dijo Alticia.

-Ninguna de ellas se opondrá. Tal vez tengan algunos curas díscolos, pero la Institución estará de mi lado, todo tiene arreglo. Por otra parte, recuerda que haré profundos cambios.

“La Iglesia, hasta la fecha dependiente del Estado, quedará liberada. Sus templos, patrimonio y servicios serán donados al Gobernante. Los sacerdotes actuales pasarán a retiro permanente, los novicios serán sastres. Las monjas serán clasificadas y, según el puntaje obtenido, tendrán su destino. Adorarán sólo a la familia Del Manchón; para ello, todas las estatuas y retratos de la iglesia tendrán su rostro.”

Grabación: “En mi gobierno habrá libertad de cultos como forma de ratificar mi compromiso con los credos. Los bienes de la Iglesia serán respetados y acrecentados. Los sacerdotes y las monjas han sido siempre mi ejemplo de vida, y el privilegio que me han concedido ustedes de ser el conductor de este país, no modificaré mi postura hacia la Iglesia”.

-Quiero cenizas, Alticia, el mundo es ceniza, nosotros también -reflexionó Apolinario.

“No habrá cárceles o cementerios. Todos serán cremados por decreto. A los deudos se les entregará el número del finado, y la fecha de ingreso. Nunca figurará la causa de muerte y se anulan los certificados de defunción.”

-¿Para qué quieres saber de qué mueres, Elodia? Lo importante es saber para qué vives -agregó.

“El Dictador programará sus salidas a la localidad que él desee, y todas las viviendas que tengan ventanas deberán cerrarlas a su paso, las puertas selladas, y nadie puede ver de frente al Gobernante, tampoco de reojo.”

-Ya me cansé de tantas lecturas y explicaciones -concluyó Apolinario.

-Te admiro, Apolinario, siempre admiré tu fuerza y tus odios, yo también los tengo pero prométeme que me tendrás a tu lado siempre, y que escucharás mis consejos y palabras, recuerda que yo, Apolinario, estuve en todos tus momentos más difíciles, ahora es cuando más quiero ayudarte -dijo Alticia, compungida.

-Alticia, no puedo reconocerte nada, tampoco me interesa; si estuviste es porque así lo decidiste. No te obligué. Pero aun así estarás a mi lado, porque me conviene. Deberás estar muy atenta con mis enemigos, ésa será tu función. Puedes estar al lado y también en mi lecho, pero eso no te dará derecho a más. Así lo he decidido. Lo tomas o lo dejas -resolló Apolinario.

-Lo tomo, Apolinario -respondió Alticia, sin pensarlo dos veces.

-Bebamos un buen licor y salgamos a caminar -propuso Apolinario.

Caminaron durante dos horas; Apolinario hablaba de sus proyectos, Alticia escuchaba extasiada. En su camino encontraron algunas personas que no lo reconocían. Su imagen aún no estaba entronizada, sabía Apolinario que había que hacer muchas cosas para lograr lo que él se proponía. Estaba seguro de su capacidad y fuerza. Una tormenta cortó la placidez del paseo y decidieron regresar. Apolinario llamó a Atos, que volaba muy cerca de ellos, y los tres regresaron apresuradamente. Apolinario pensaba que era mejor, así terminaba de una vez su proyecto de gobierno.

-Ahora déjame completar algunas ideas para mi gobierno. Toma nota de lo que digo, ya sabes que no sé escribir bien.

-Díctame, Apolinario.

-Anota detalladamente lo que se me está ocurriendo, luego será Ley -sentenció Apolinario.

“El Dictador será inmortal, perfecto, totalmente injusto. Su personalidad, caníbal, retorcido, egoísta, engreído, audaz y maquiavélico; será venerado, aplaudido y reconocido por todos los habitantes.”

En pocas horas más, Apolinario sería proclamado como el nuevo gobernante. Sentíase el gran triunfador. Por supuesto, el mejor; el único, ¿quién mejor que él?

-¿Como una Isla del mundo, aislada y solitaria, seremos eso Apolinario? -preguntó Elodia.

-Te sigo dictando -continuó Apolinario, ignorando las palabras de Elodia-. Algo que considero indispensable.

“Queda prohibido en toda la república, dudar de la honestidad de los funcionarios e investigar su patrimonio o investigar testafierros.”

-Todas las prohibiciones son ad eternum. Y es considerado como de alta traición a la patria su violación -terminaba agotado Apolinario, no sin decir gritando:

-¡Viva Apolinario Reyes Del Manchón! He dicho. ¿Anotaste, Alticia?

-Sí, anoté. ¿Puedo hacerte una pregunta, Apolinario?

-Sea.

-¿Te casarías conmigo? -preguntó, tímida, Alticia.

-¿Casarme, Alticia?; el matrimonio mata el amor, deja las cosas así -contestó Apolinario.

Alticia calló, en un silencio de complicidad. En algún momento había soñado con esto; sin embargo, especulaba que esta negativa no sería definitiva.

-¿Y el amor, Apolinario, qué significa para vos? -pregunta Alticia.

-El amor se hace, Alticia, no nace -respondía Apolinario-. El amor es parte de la locura del alma, Alticia, cierra la razón -sentenció.

-¿Y vivir contigo? -insistió.

-Ya vives conmigo, Alticia. ¿Qué es lo que pasa ahora, mujer? Estamos en los momentos más importantes de mi carrera política y sales con estas chiquilinas del amor. Piensa, Alticia, lo que nos espera. Tenemos que ocuparnos de las cosas trascendentes -sugirió Apolinario-. Vamos, hay que prepararse para la ceremonia -ordenó.

-Comienza tu historia, Apolinario. Tu gloria, y, si te equivocas, tus desgracias -anunciaron las voces en coro.

-Somos tu compañía, tu consejeras, tus custodias -afirmaron las voces.

X

“Me nutro de dolor, río llorando; muerte y vida de igual modo desdeño: en este estado me tenéis, señora.”

Petrarca

Alticia estalló de alegría. Pensó que habían valido la pena tantos años acompañando a este hombre y apostar todo por él. No la había defraudado. Pero en todo este proyecto, no mencionaba qué lugar tendría ella.

-¿Me has tenido en cuenta, Apolinario? -preguntó.

-Sí, Alticia, serás mi mano derecha -respondió Apolinario cruzando sus dedos.

Apolinario Del Manchón se sentía agotado, pero también satisfecho por haber engendrado el proyecto final. Tomó las patas de Atos, las colocó en su mano derecha y le ordenó:

-¡Vuela, Atos!, sube hasta esas nubes para que mi vista sea cósmica, universal, espléndida y avísale al rey de los infiernos que Apolinario ha iniciado su camino.

Atos abrió sus alas y se fue perdiendo lentamente en un cielo saturado de atardecer. Se hizo invisible, transparente, volaba hacia un destino que sólo él conocía, entre las nubes que borraban su sendero. Atos era sus ojos al futuro, su ineludible compañero, testigo siempre de sus miserias, sus amores y sus desgracias.

Apolinario estaba envuelto en una nube de sueños. Su imagen con Atos, encima de esa gigantesca piedra lisa, aparentaba una sombría figura demoníaca.

Aletea, sí, aletea como si sus alas fuesen brazos, tratando de desplazar al guardia de sotana que impedía poseer a Alticia. Cae este hombre marrón a los pies de esa delicada mujer, que descubre su cuerpo desnudo a las miradas lascivas de los hombres de la selva, atrapados entre el follaje verde, impenetrable, donde se mueven sombras misteriosas que llevan lanzas y calaveras en sus manos. Estaba el fuego ardiendo, en medio del deseo. Flotaba Apolinario por encima de su propia imagen, mientras Atos esperaba la orden de ataque cerrando sus filosas garras, que se empotraban en las hombreras de la túnica negra de Apolinario.

Está preparado para descender de ese valle imaginario, donde los animales de la prehistoria deambulan sin rumbo, esperando la orden para cruzar las fronteras de la voluntad. Espera Atos la voz de su amo. Espera también Apolinario liberarse de sus obligaciones impuestas, para entregarse una vez más a los brazos de Alticia. Ve Apolinario ese mundo terrenal, donde se sumergen los cuerpos de miles de hombres y mujeres en los fangos; en las ciénagas, en los campos arenosos dejando entrever sus cabezas hacia la superficie, e iniciar el diálogo de los cadalsos. Pasa en su carruaje desdoblado su cuerpo y alma, levantando su esqueleto para reclamar el respeto del poderoso y la esclavitud de los débiles.

Alticia abría majestuosamente su cuerpo sobre las sábanas, dejando que sus piernas se cruzaran a lo largo de la cama. Cubría Alticia su sexo con su mano, dejando su brazo en la almohada. Luego, miraba a su amante, que luchaba para incorporarla a su sueño. No podía alejarse de esa furia pasional; besaba el cuerpo de su amado recorriendo una geografía memorizada en su deseo. Atrapa al salvaje, que despierta, y lo hace suyo, sin importarle el permiso sumiso y humillante que siempre le exigía Apolinario.

Alticia ama.

Estaban las canastas llenas de frutas prohibidas a su lado, destilando colores y fragancias, ella las comía abriendo la boca que desparramaba gemidos y tomaba la botella de bebida oscura que esperaba ser vaciada, sin derramar una gota del afrodisíaco líquido. Sin embargo, no sería esta vez Apolinario quien se llevara los placeres de su amante. Sería Atos, convertido en hombre sin rostro, quien lograría atrapar su cuerpo y atravesar sus temores. Regresaba Apolinario de esa fiesta múltiple, donde los cuerpos se mezclaban armónicamente al compás de una música de cuerdas. Están envueltos todos ellos en el sexo colectivo, en el alcohol y esa bebida negra que carcomía las fantasías de la vigilia. Se pegoteaban los brazos y las piernas, sin que nadie pudiera identificar a quién pertenecían, sólo había movimientos rítmicos, espasmódicos, acompañados de gemidos, risas y voluntades quebradas, suspendidas en la hoguera del encuentro.

De allí salió excitado, buscando a su preferida, deseoso de entregarle su furia y su deseo en medio de esa noche de oscuro cielo, que presagiaba rutinariamente tragedias.

¡Ah!, si pudiese al menos impedir que Alticia se entregara a ese animal alado convertido en hombre. Si pudiese él ofrecer a Atos alguna de sus amantes que jugaban en

las orillas de esa laguna mansa, cualquiera, menos Alticia. Pero no sabía Apolinario que su Ave estaba ya con ella, envolviendo ese cuerpo, haciendo que sus alas transformadas en brazos fuertes la contuvieran y estremecieran, acariciando sus senos hirvientes y su sexo húmedo. Deja Alticia que sea ese hombre, antes Atos, quien lleve los vientos lujuriosos de ella, dejándose contorsionar en espasmos que sólo él sabía como respuesta.

Está vencido Apolinario, en medio de esos árboles y piedras caprichosas. Su vista va perdiendo la nitidez de las formas, como si una nube cubriese sus pupilas, o tal vez porque no tolera que sea su ave mágica quien se lleve el orgasmo que Alticia siempre acostumbraba a entregar.

Hubo un momento de paz. La paz de quien ya no deseaba luchar. La paz de la contemplación, donde los deseos, rencores, odios y envidias se desploman y dan lugar al espectacular horizonte de la nada. Apolinario se tira en la laguna. Deja que su cuerpo abra el camino de las aguas, tiene sus ojos para mirar la belleza del mundo submarino silencioso de las profundidades, y es allí cuando despierta aterrado, acompañado de su fiel Atos, de blancas plumas, que permanece mirándolo sin entender razones del silencio o la mirada despectiva de su amo. Se dio cuenta que había soñado.

Apolinario se mostraba disgustado. Enojado con sus sueños. No permitía verse frágil, vulnerable, atrapado por sentimientos que él había enterrado para siempre. Y también luchaba para apartarlos de su vida. Debía mostrar su lado oscuro y cruel.

Recuperado, pensando en las venganzas, envió a Atos, esta vez, a matar el gato que contemplaba la escena sin segundas intenciones. Prefirió que fuese ese animal quien trajera su equilibrio de crueldad. Dejó que Atos destrozara al gato, mientras contemplaba gustoso cómo abría el cuerpo del felino, con la maestría de un cirujano. Se sentía reconfortado y hasta tuvo una excitación placentera. Observó cómo la herida abierta dejaba que los intestinos y vísceras se desparramaran caprichosamente en medio de un charco de sangre. Recordaba cuando estaba en la secta. Felicitó a Atos. Más por su ferocidad que por su obediencia. Sin duda alguna, era digno siervo de su implacable amo. Su lado oscuro y siniestro afloraba junto a su perversidad.

-¡Mutila, Atos! -ordenaba en su soledad enfermiza-. Mutila sin matar -repetía a su blanco y ensangrentado pájaro, gustoso de satisfacer a su amo.

Reía Apolinario de su crueldad, superaba las fantasías macabras y grotescas de Glilles de Rais, aquel héroe o soldado francés envuelto en riquezas, que terminó descubriendo su lado oscuro asesinando jóvenes entremezclados con alquimistas. Héroe o bandido, nadie lo sabe. O de Vincenzo Verzeni, el gato destripador que esparcía las vísceras en ceremonias inconclusas. Pensó en Alticia. Esa mujer a la que prefería, sin desmerecer las bellezas que mantenía en su harén secreto. Como ellos, Apolinario frecuentaba los burdeles buscando siempre encontrar el placer que de joven había descubierto en esas mujeres que tarifican el amor.

El prostíbulo estaba en la periferia de la ciudad. Mantenía un grupo de mujeres alegres, bellas y dispuestas a consentir a su clientela en sus fantasías. Sobresalían, por su belleza y osadía, dos de ellas: Yiung y Ester. Esta última, reconocida como la mujer ardiente de la máscara negra; deseada por su esplendorosa belleza, respetada por su enigmática identidad. Ester hacía del amor una primavera, y sus amantes abandonaban el lecho con la incertidumbre de un rápido y cercano encuentro. Ester había nacido en un hogar de fortuna, de refinadísima educación y extravagantes gustos y caprichos. Siendo adolescente, solía

huir en las siestas para jugar con sus amigas de infancia. Ellas se ofrecían, mutuamente mezcladas en la maleza de la selva, a juegos eróticos, descubriendo sus cuerpos, contemplándolos, tocando suavemente su piel, haciendo de esto el inicio de sus placeres.

Exploran los rincones intactos de sus cuerpos; acarician sus pieles tersas; besan sus labios encontrando el calor de la excitación y el misterio. Encuentran en sus formas los dibujos de sus manos, que aún recuerdan esos cuerpos vírgenes, deseosos de placeres ausentes. Están felices de su secreto. Tiempo después, cuando se despierta la primavera en sus deseos, permitieron la incorporación de adolescentes temblorosos y rubicundos de vergüenzas a sus juegos; cada vez más cercanos, cada vez más desafiantes y audaces. Sin embargo, en la rutina de sus actos, permitían que fuesen ellos los que, en adelante, dejaran salir sus demonios para satisfacer sus ardientes secretos húmedos de tanta espera, hasta que atrapan el sexo del joven, que, sin saber, logra la síntesis esperada.

Ester carecía de límites. Deseaba a todas y a todos, que encimados encadenaban sus placeres. Los fluidos volcados empapaban la piel. Las bocas cruzaban palabras saturadas de erotismo contagiado. De sus tres amigas, sólo dos de ellas permanecieron atrapadas por la fantasía del tiempo. Ya adolescentes, eligieron su camino. Ester, en su mansión abandonada, rutinaria, etérea, trepada en la nube de una aristocracia decadente. Sus amigas, en el trabajo permanente del sexo alquilado explotado en burdeles de categoría, donde señores acartonados buscaban desatar sus fantasías reprimidas para encontrar los placeres de la vida. Ester se escapaba en las noches de luna llena, cubriendo su rostro con un antifaz negro, y se ofrecía también en ese salón secular en tinieblas, resguardada con rojas cortinas aterciopeladas, que controlaban la privacidad de las mujeres desnudas que ofrecían sus cuerpos por hora, por día, por año, por vida.

Ester conoció allí a Apolinario, cuando esa noche llegó borracho y en pena a desahogar sus frustraciones. Había cobrado por trabajos de venganzas ajenas y sus bolsillos estaban saturados de billetes ensangrentados.

-Matar no es difícil, es caro -repetía siempre.

-Cuidado, Apolinario, estás entrando en cavernas oscuras de futuro. Has perdido tu razón, estás sin tus corazas, entregado a un placer sin el dominio de tu mente hoy atormentada por tus crímenes, que ya son pasado. No permitas que tu alma te transforme en el hombre débil que siempre has combatido. Quítate el alcohol de tu cerebro. Estás en el momento de definir tu vida para siempre -reclaman las voces.

Ester había decidido conquistar a ese hombre. Desplegó sus habilidades y fantasías. Esa mujer de lunas llenas acumuladas vestía su impudicia con un antifaz. Preparaba su cuerpo y también su alma para la entrega, cubría su cuerpo de colonias de jazmines, mientras colocaba su antifaz delicadamente frente al espejo biselado. Admiraba sus delicadas formas, asombrada en realidad de su belleza, sintiendo en su interior un calor desconocido. Una excitación, una mezcla de libertad y gozo que fue cubriendo su exquisita piel. Sus manos acomodaron la cabellera ondulada; los pómulos rozados contrastaban con sus grandes ojos, y sus labios carnosos se movían suavemente en el lenguaje silencioso de la espera. Luego, dejó que su cabello modelara su cuello y bajara suavemente, acariciando sus senos, cubriendo un deseo creciente y contagioso. Logró entonces que sus caderas acompañaran compases de una música imaginaria.

El espejo mostraba la imagen perfecta de una mujer en la plenitud de la juventud. Un cuerpo orgulloso, desafiante, joven, tierno y sensual. El antifaz cubría la mitad de su rostro;

aun así, reconocería sus enormes ojos negros que eran buscados conscientemente para entregarse a un lenguaje silencioso de ella y su imagen.

Cubría su pulcra humanidad un delicado género transparente verde, que llegaba hasta la mitad exacta de sus muslos rellenos de perfección; dejaba que las transparencias cubrieran sus sombras. Se ofrecía a sí misma, inclinando el rostro, sobre el espejo, hasta encontrar su boca atrapada en un furioso color rojo, como si fuese un pequeño pimpollo de rosas. Lo besó tiernamente.

Fue al encuentro de Apolinario; tendido en ese enorme lecho de plumas suaves, esperaba, mirándola con la pasión salvaje de un hombre empapado de alcohol y encandilado por la magia de la mujer de la máscara negra. Lentamente le fue quitando la ropa, tirándola a los costados de la cama. Una pequeña resistencia de él la obligó a subirse a horcadas sobre Apolinario, que aceptaba asombrado la ferocidad domada. En ese momento, el pie derecho de Ester, empotrado aún en el zapato de filoso taco, se clavó en la entrepierna de Apolinario penetrando su carne, dejando que la sangre saturada de alcohol se derramara desde esa pequeña herida que ella rápidamente lamía, con el reflejo del vampiro. Apolinario lanzó un grito de dolor placentero en medio de una nebulosa escena, que aún no comprende. La vive.

-Es tu sangre, Apolinario, la que escapa de tu cuerpo, es tu sangre la que bebe esa mujer que ha provocado esa herida para alimentarse. No te abandones, Apolinario, estás en la cornisa de tus actos. En los límites de las tolerancias -corean las voces.

Ester, abriendo sus piernas, cabalga sobre él, dejando florecer sus mariposas que acariciaban sin manos el sexo de Apolinario. Ester golpeó con sus palmas el rostro sudoroso de Apolinario, quien respondió con movimientos salvajes de su pelvis, colocando su encantado miembro en las profundidades de una Ester desconocida en el gozo incontrolado, dadivoso, copioso, impetuoso de un acto de amor. Son ellos ahora quienes, juntos, galopaban la sensación placentera del encuentro. Son ellos quienes estaban sellando la ternura; son ellos que vibraban en el entusiasmo sagrado del amor incontenible, cada vez más cercano. Son esos dos cuerpos los que habían logrado fundirse en esa imagen inseparable y perpetua de la entrega, donde el umbral del éxtasis los ha purificado desde los orígenes y hasta el final de un arco iris.

Caía Apolinario, dejando que sus fuerzas abatidas recuperaran su heroísmo. Quedaba Ester relajada en su antifaz, que ha cubierto su saciado sexo. Estaba quieta envuelta en la marea del descanso merecido.

Apolinario había realizado el trabajo encomendado. Ya lo olvidó. Esta mujer había hecho el milagro de hacerlo escapar del pozo negro de su vida, aunque fuera por un instante. Ester sabía de este hombre y sus proyectos políticos. Había decidido atraparlo, dominarlo y también cautivarlo, a pesar de no tener los dotes del amante deseado. Le serviría a ella; entendía que su ambición de poder, sumada a la que naturalmente tenía Apolinario, podrían vigorizar sus caminos. Sumaba ambiciones, sin importar los costos o las formas. Apolinario está hechizado, perturbado, alterado, ante esta mujer que había borrado de su mente el cuerpo de Alticia. El despertar de sus libidinosos deseos lo había capturado, apresándolo en un placer desconocido, íntimo, esencial.

-Tempestades, Apolinario, se acercan tempestades. Los cielos estarán plomizos y rojos por meses, el sol será tan débil que la naturaleza no resistirá vivir sin luz -corean las voces.

A pesar de sus odios incrustados en el alma, este hombre podría ser modelado, meditaba Ester antes de convertirse en su amante. Ella pretendía permanecer oculta detrás de ese antifaz enigmático, que multiplicaba la complacencia del gozo y la aquiescencia del sexo.

Ester, con una peluca pelirroja adherida a su cabeza y su antifaz soportado por un delicado cordel, crea, a su vez, una identidad nueva y doble: una mujer de la noche, envuelta en el enigma que despertaba admiración y temor en los hombres. Una mujer bella, envuelta en misterios de insospechados encantos. Y otra, ingenua y tierna en el día, que de tímida muta a la erótica, fogosa y sensual en las noches elegidas.

Ambas no renuncian, y permanecen apuntando su ambición con una diligente estrategia de conquista a ese animal que ha retozado en su cuerpo. El hechizo categórico se le había manifestado.

Alticia había descubierto ese día una reina de corazón, cuando al tirar las cartas de la sabiduría que diariamente ejercitaba en su habitación, había salido expuesta. Supo entonces que su amante estaba siendo seducido por una “dama”.

-Son las cartas que hablan -pensó Alticia-. Temo que Apolinario encuentre, en la Venus, el olvido -afirmó desconcertada.

XI

*“El propósito que lo guiaba no era imposible,
aunque sí sobrenatural.”*

Borges

Formarían una sociedad secreta, entre el inexpresivo y permanente antifaz que ocultaba una mujer insaciable y la ambición de un hombre salvaje; género y alma serían, más adelante, uno de los logros más perfectos; una alianza fortalecida en los oscuros designios de una codicia enfermiza, inmoral y tortuosa.

-Que se arrodillen, Apolinario, que se retuerzan en las desgracias, que sus espaldas sean traicionadas y heridas por crueles metales afilados en la envidia. Encuentra en esta miserable mujer la sombra de tu custodia, se avecinan tiempos difíciles, Apolinario, solo

no puedes enfrentar el destino; Alticia, ha caído en el veneno del amor, se ha convertido en una mujer débil y vulnerable, Apolinario, ya no te sirve, te consume -corean las voces en la noche.

Ester tenía, a su vez, como mandato, organizar un grupo de mujeres permisivas a las directivas y caprichos de ambos para reptar entre sus amistades, buscando información. Serían la carnada perfecta para lograr entrar en la intimidad de sus amigos y enemigos. Su obediencia y obsecuencia tendrían que estar garantizadas, en base a su obligada prostitución corporal y mental. Tal como Apolinario deseaba.

Había que retorcer sus mentes, denigrar sus voluntades y colmarlas en fortunas que satisficieran sus expectativas. Tres hermosas mujeres se integraron voluntariamente al grupo selecto y amoroso del poder corrupto. Fueron sus acciones, meses después, las que facilitaron muchas cosas, como destrozarse conspiraciones, enemigos, y también someter a sus amigos.

Ester y Apolinario formaron una pareja entregada a la búsqueda de placeres, y también a las estrategias del poder. Ambos andaban tras sus rastros y fueron construyendo las redes de las intrigas.

Inclinaciones masoquistas de Apolinario y el lesbianismo de Ester, complementaban el círculo perfecto, que gozaban en las fiestas rutinariamente armadas y entregadas con sus cercanos socios. Apolinario necesitaba de Ester; deseaba a esa mujer voluptuosa y depravada, refugiada en ese antifaz encantado, que lo excitaba, porque mantenía el secreto de un anonimato inmanejable.

-Olvida, Apolinario tus dolores, deja que el viento se lleve tus recuerdos, deja que las tempestades te obliguen a tomarte la cabeza para no perderla, permite la huida de corceles desarmados, las tormentas están rugiendo, Apolinario, están arrastrando los cuerpos de tus enemigos abandonados en la desgracia de las derrotas. Deja que Ester te envenene de odios y disfruta de su cuerpo envuelto en los vahos del infierno -corean las voces alertando.

Lo subyugaba el misterio, y encontraba en ese refugio el placer de ser amado y castigado; golpeado y acariciado; odiado y amado, sumergiéndolo en ese pantano oscuro de su miserable y obscena vida. Seguiría a sus voces.

Logra que Ester, vestida con atuendos egipcios, permita que su vientre dibuje figuras y dancen con movimientos candentes y dadivosos, provocando el despertar de una lujuria impetuosa, entregando su cuerpo al placer de juegos amorosos. Arrobandando una pasión nueva y desconocida..

Apolinario, junto a Ester y sus meretrices incondicionales, pasaban horas enteras consumiendo alcohol, dátiles, higos, nueces, mieles y bebidas; vertidas en sus cuerpos para extraer los gustos del néctar directamente de sus pieles ardientes, pastosas, pegajosas.

El poder corría peligro por el abandono. Fuerzas subterráneas comenzaban a surgir contra la autoridad de Apolinario. Las intrigas palaciegas comenzaban a carcomer los pilares mismo de su gobierno. Las voces alertaban, pero Apolinario estaba poseído.

Sedientos, tomaban el brebaje oscuro que nadie conocía de su origen o preparación, que los llevaba a delirios y sueños alucinantes de color, forma y sonido; trasladándolos a horizontes desconocidos e incontrolables. Sus adicciones hacían que su dependencia fuera más intensa. También, sus consecuencias. Ester sabía cómo someterlo, conocía de sus

debilidades oscuras. Comprendía cada uno de los actos omnipotentes, porque allí escondía sus deficiencias.

-Veo una mujer sin rostro que ha robado el amor de mi hombre -anunciaba Alticia, cuando terminaba de quemar las raíces del zumú, dejando que el humo tomara las formas de una máscara, de un antifaz que anunciaba un final.

-Me ha traicionado y no sabe que es llevado, por su propio verdugo -sentenció Alticia.

Ester, más cruel que el dictador, podía transformarse en la dueña absoluta del poder, y se escondía en las sombras. Estaba siempre atenta; controlaba los detalles, los errores y los aciertos. Ester, sin antifaz, estaba permanentemente en las habitaciones del poder mismo mostrando su rostro angelical, sumiso e inocente.

Nadie sospechaba de la mujer del antifaz. Hacía que su presencia fuera muchas veces ignorada, pero registraba cuantos defectos se presentaban. Llevaba detalladamente los casos de claudicaciones y traiciones. Luego, acudía con su antifaz, llevando las novedades al dictador, siempre presto a escuchar sus consejos, sugerencias y amores.

Ester orientaba a sus prostitutas a objetivos claros. Demostrar infidelidades; conocer secretos preservados de sus dudosos aliados; almacenar información sobre todos los secretos tapados que son recursos válidos para el manejo del poder, y, a su vez, evitaba la fuga de lealtades. Ester manejaba, en cierta medida, el poder mismo, independientemente del alma de Apolinario.

Ester cree descubrir que el antifaz oculta su identidad. Se entusiasma al saber que ahora son dos mujeres en una quienes custodian su futuro. Se siente protegida, madura y lista.

Se abrían sus pensamientos con la misma imagen de una centaura, rojo púrpura sostenida en su tallo; convertida en millones que se incrustaban en el paisaje imponente de esos riscos que ponían fin al mar embravecido, furioso, que golpeaba las rocas desafiantes de su avance. Sabía Ester de su fuerza. Su intuición adelanta el futuro y vive un presente en una danza con los recuerdos más recientes. Sentada en el columpio del tiempo, desgrana su felicidad, tomada de las sogas que se anudan en las nubes.

XII

“Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto.”

F. Kafka

Por alguna razón, Apolinario había recibido las primeras advertencias de sus brujas Alticia y su compañera. Ellas sugerían la separación de Ester de los círculos más íntimos

del poder. Entregaron a su señor un cofre de plata labrada, pequeña, del tamaño de un melón, brillante, radiante de luz suave y fría en la superficie. Lo entregaron cubriendo sus manos con dos trapos negros, para no tocar el metal, mientras coreaban palabras ininteligibles, con un final claro y contundente:

“Spectrum divinus trancium”

Terminado el acto, quemaron los trapos y aspiraron el humo negro, en señal de protesta o, tal vez, como pedido ahogado en el temor de sus visiones y comiendo los restos de cenizas.

Apolinario terminaba de llegar de una audiencia pública preparada para recibir una organización que repartía fondos para los países pobres. Quedó paralizado. Dudaba Apolinario y, por primera vez, un frío recorrió su espalda como un filo sable que corta la piel a lo largo de la columna. Sus amantes, sus esclavas del amor, las brujas, le pedían el alejamiento de Ester de los ámbitos del poder.

-Debes sacarla cuanto antes, Apolinario, esa mujer será la que te lleve por los caminos de las desgracias. No dudes, mi señor, te lo decimos con el corazón abierto a tu futuro, que hemos cuidado siempre -corearon sus brujas preocupadas, Alticia llorando.

Apolinario la recuerda en ese momento. El último encuentro, en las orillas de aquella laguna impactada en una selva exótica, verde, acompañada de música suave de pájaros multicolores que los rodeaban cuando entremezclaban sus cuerpos, en la gramilla regalada al trébol y las pequeñas flores silvestres.

Miró extasiado Apolinario la expresión sensual de una Ester que, estirada en la gramilla con su piel descubierta, elevaba el cuello llevando su rostro al encuentro sus labios. En ese majestuoso lugar le había pedido, luego de amarla con fuego, que se casara con él. Que le entregara su vida al destino compartido del tiempo. Que dejara el antifaz negro del burdel para estar a su lado y se colocara el antifaz que su artesano le había confeccionado de piel de víbora, resguardado en una caja de flores de azalea.

Por primera vez recordaba que, cansado de esa soledad vacía de vida, le ofrecía compartir los castillos del poder, sin prometer el abandono de sus vicios y, menos aún, sus odios. Renunciaba a su génesis, buscando la conjura y complicidad de Ester. Las sombras que atormentaban sus sueños se presentaban en plena luz del día. Figuras sin límites, sombras desteñidas, cruzaban los espacios negros del recuerdo; mezclando colores opacos que cobran movimiento cuando se juntan sobre los cuerpos, que pretendían escapar a su voluntad perversa. Quería revertir los presagios de las tumbas.

La tormenta de sus actos aplastaba cualquier ilusión. Quedó solo, sentado en el viejo sillón de madera hecha de abedules. A sus espaldas, una hormaza gris; a su lado, dos figuras talladas en alabastro, dañadas por el tiempo. Al frente, una nube de incertidumbre llena con dudas. Era la primera vez que Apolinario medía sus actos. Era un hombre que había perdido su aguijón venenoso. Estaba ganado por la desolación.

Entonces vino a la memoria el anciano del cementerio, que le aseguró entre burlonas carcajadas que el poder había nacido con él, y que debería aprender a modelarlo con el rigor de su perversidad, que aparentemente estaba perdiendo.

Confundido, temeroso, angustiado, se encontró solo. Fue entonces cuando comenzó a alimentarse nuevamente de sus rencores; se reencontró a sí mismo con sus odios amortiguados por esa mujer. Recuperó sus fuerzas ocultas por maldiciones y, ofuscadamente, llenando de sangre su rostro, extrajo el fuego de sus ojos, elevó su mano

derecha y, apuntando a su propio retrato con el dedo índice, decidió lo que nadie pudo comprender.

Tampoco hubo quien se atreviera a pedir explicación.

XIII

“Qué maldito poder guiará las manos de los soldados de este infame tirano, pues que ni la fortuna les deniega la victoria nunca, ni a sus enemigos ofrece salvación.”

Marlowe

-¡Maten a las brujas! -sentenció.

-¡Maten a las brujas! -repetía Apolinario, ante un gabinete de obsecuentes funcionales.

No renunciaría a Ester. El veneno del amor, esos lazos invisibles que mezclan risa con lágrimas, lo habían poseído trágicamente para siempre. Por primera vez el corazón nubló su mente. Su demoníaca entereza quedó expuesta, quebrada. Las brujas, confiadas en su acertada lumbre, estaban realizando los actos rituales habituales. Preparaban los brebajes de Apolinario, también sus lociones y perfumes. Estaban satisfechas.

Sin Ester en el camino, quedarían nuevamente libres de influencias adversas; ambas, en las últimas noches del otoño, habían tenido visiones similares.

-¡Esa mujer terminará con Apolinario! -dijeron, y por supuesto con todo su entorno a su alrededor.

Saber que el peligro tiene formas y nombres, les había permitido depositar sus sueños en esa caja con sus presagios y temores. Estaban seguras ambas que Apolinario, viendo la posibilidad de una traición tan cercana, podía cambiar su destino y evitar su caída. Grande fue su sorpresa cuando Lulú, acompañado de los operadores devotos de la crueldad: Piojo y Metralleta, abrieron la puerta de su habitación e interrumpieron el silencio de los sahumeros de amapolas, que flotaban en sus nubes blancas en el espacio vacío del recinto mágico.

Ellos llevaban a la rastra a las dos mujeres condenadas a una muerte premonitoria. Tampoco podrían liberarse de las torturas. Alticia y Amanda, víctimas hoy de su propio veneno, recorrían los mismos caminos de toda condenada en los subsuelos de la casa de Gobierno. Allí, ambas fueron maltratadas y vejadas, hasta que el pedido de clemencia destruyó los tímpanos de sus verdugos, que decidieron acabar con sus vidas. Cremadas, sus cenizas fueron esparcidas en los olivos que marchitaban en su base la gramilla.

Asumido el gobierno, liberado de las brujas, Apolinario logró consolidar progresivamente su proyecto de conducción, trazado durante la última década. Sus ministros, y también los subsecretarios, respondían sin inconveniente a sus directivas. Establecieron de común acuerdo, celebrar una reunión de gabinete quincenalmente, para evaluar los actos de gobierno y los aportes económicos que cada funcionario obligadamente tendría que realizar al soberano como tributo personal a su causa. La caja negra. Un fondo común para los gastos de mantenimiento, de coimas y sobornos, que no se podía disfrazar naturalmente en el presupuesto y utilizarlo para el trabajo sucio: eliminar, desaparecer y extorsionar enemigos.

Otro aporte, no menos importante, era para la cuenta personal del dictador. El resto se depositaba en los bancos de paraísos fiscales, países especializados en captar los dineros mal habidos en el mundo, donde esperaban habilitación cuentas especiales numeradas y codificadas. Cualquier movimiento contable debería tener la firma de Apolinario. Sumaba, sólo para casos especiales, la de sus colaboradores directos: Aurelino, Inocencio, Ángel y Benigno; este último estaba desafectado temporalmente de esta posibilidad, por desconfianza. Si bien era considerado un hombre viciado y depravante, le tenían temor, por considerarlo más inteligente que ellos. En una de las últimas reuniones se había planteado: ¿hasta qué nivel deberían ellos permitir la corrupción libremente? Fue en ese encuentro donde Apolinario, furioso, bajó las líneas definitivamente claras y contundentes:

-Todos los niveles -afirmó.

Por supuesto, siempre y cuando aportaran el 50% a su cuenta bancaria personal. Para ello, el dinero recaudado tenía necesariamente que pasar por las manos de Lulú, o sea de Inocencio. Él sabía cómo sacar dinero del país y ponerlo a buen resguardo. Lulú, en ese sentido, era de su absoluta confianza. No así en lo que se refería a sus relaciones personales, donde siempre tendrían que cuidarlo. Porque los hombres que se acercaban terminaban en sus redes, como amantes, poniendo en peligro los secretos de Estado. Su Estado.

Para esas contingencias, Apolinario contaba con dos incondicionales: Osvaldo, alias Piojo negro, y Ángel, alias Chanco. Sus operadores más inmediatos en los trabajos sucios de espionaje y delaciones. Eran los únicos contactos directamente autorizados para definir situaciones especiales. Ellos dos mantenían comunicación muy fluida en forma personal y por teléfono con la jefatura de la represión a cargo de: Oscar, alias Metralleta.

-Adrián no responde a tu autoridad, Apolinario -explicó Benigno en la reunión.

-¿Cómo que no responde? -preguntó Apolinario.

-Así de simple, todas tus órdenes están cuestionadas, e incluso pensamos que tiene fondos propios que no desea compartir y está construyendo un poder paralelo -sugirió Benigno.

-¡Eso es traición!, Benigno... y grave para nuestra organización -respondió Apolinario.

-¿Lo limpiamos, jefe? -sugirió Metralleta.

Apolinario quedó pensativo; Adrián era un aliado de segunda hora, pero había establecido un pacto de reciprocidad, siempre sujeto a un no cuestionamiento de la jefatura de la conducción. Si bien tenía algunos resquemores con su personalidad, nunca imaginó que pudiese estar construyendo una estructura paralela. No dudó.

-Límpialo -ordenó Apolinario a Metralleta.

-Sobre Adrián ya te lo anticipé, Apolinario, pero también tengo en la mira a Jorge, que ha estado investigando las cuentas codificadas que tienes. Pregúntale a Benigno si no me crees -sugirió Metralleta.

-¡Es cierto! -dijo Benigno-, Ángelo lo ha seguido en estos meses y está tomando algunos apuntes sobre nuestros giros al exterior y algunas inversiones que hemos realizado en los últimos meses. Personalmente lo he descubierto revisando los papeles en tu escritorio más de una vez -comentó mirando el piso.

-¿Pero esto es un nido de víboras? -estalló Apolinario.

-Te lo venimos advirtiendo, pero no nos crees, mira esta documentación -dijo Ángelo entregando un folio con fotos, documentos y apuntes.

-Bien -dijo Apolinario-, por el momento se hacen cargo de Adrián; luego, si esto sigue así, lo borran a Jorge. Todo debe estar perfectamente organizado, no quiero sospechas de crímenes políticos -ordenó mirando a sus colaboradores.

-De acuerdo, Jefe, órdenes son órdenes, déjemelo a mí. Cualquier cosa se enterará por los diarios -aportó Metralleta, feliz por la autorización.

Metralleta, hombre ignorante y cruel, lindaba mucho con las perversidades de Apolinario. Era absolutamente de confianza, sobre todo para las tareas más importantes y riesgosas que tenía su gobierno: “eliminar opositores y sacrificar propios” en caso de ser necesario. Metralleta dio cumplimiento a la orden de Apolinario en plazos diferentes. Había ejecutado a dos funcionarios como prueba de lealtad en los siete últimos meses.

Adrián, un hombre que se perfilaba con ideas propias no bien asumió su cargo, pagó tamaña irreverencia con su vida. Era inaceptable desafiar el poder.

Terminó asesinado en su domicilio. Dos disparos en la cabeza, ejecutado por un familiar directo, pagado por Metralleta. Arrojaron su osadía. Pocas horas después del hecho, este joven familiar del difunto, enredado en los negociados del poder, sería perseguido por fuerzas de seguridad y, en medio de un descampado y absurdo desierto, fue perforado a balazos, aduciendo que esas fuerzas “encontraron resistencia armada” a su detención.

En realidad, el joven no había disparado un solo tiro, a pesar de tener un arsenal de armas prolijamente ordenadas en su presunta trinchera, fotografiada como muestra de la certeza. Metralleta terminó, en casi 48 horas, con dos problemas, demostrando eficiencia, responsabilidad y eficacia. La víctima y el funcionario ya no molestarían.

El otro caso en que tuvo que actuar eficientemente fue con un colaborador inmediato: Jorge, a quien eliminó colocando un par de somníferos en su cotidiana bebida, en una fiesta, a ochenta kilómetros de la capital. Por supuesto, estos medicamentos quitaron reflejos y destreza necesarias para esquivar tres animales, colocados intencionalmente en fila, cruzando la ruta que tomaría de regreso.

Las luces que abrían la oscuridad en la ruta no alcanzaron a fotografiar el peligro, cuando en forma inesperada enfrentó los animales dispuestos estratégicamente sobre el asfalto. Un destello; un estruendoso choque contra los cuerpos calientes de los vacunos incrustados por el bólido que, a más de ciento cuarenta kilómetros por hora, los enfrentó sorprendiendo la somnolencia de los cuadrúpedos.

Quedó Jorge impactado en su volante, teñido en sangre, inmóvil al segundo mismo de la colisión, abandonado su cuerpo y volando su alma al destierro, asegurando el silencio

que había prometido romper. Estrellado y luego abandonado en la banquina derecha de una cinta asfáltica solitaria. Así fue su final. Ambos casos fueron apresuradamente “cerrados”.

Nada de investigaciones.

Lulú viajó con Foca a los países especializados en resguardo y depósitos de dinero proveniente del narcodólar. Dejaron abiertas cuentas codificadas, deseosas de acrecentar mensualmente sus fondos protegidos por el secreto bancario. Apolinario no podía quejarse de sus colaboradores. Menos aún de la oposición debilitada en sus bases y operatividad. Si bien el gobierno funcionaba con celeridad en los casos locales, ya sentían que estaban en condiciones de operar en el exterior. Llegó la hora de los grandes negociados. Lo presentían.

Como su país tenía fuertes reservas de gas y petróleo, que por ley pertenecían a Apolinario, encomendaron a su fantasioso ministro Benigno para establecer contactos con empresas petroleras.

Este hombre, rápidamente planificó viajes al exterior con la finalidad de hacer negocios. Ubicó cuatro empresas petroleras dirigidas por empresarios comprometidos con la corrupción internacional. Demostradas y comprobadas para los negocios sucios.

-No hay corrupción del estado sin empresarios condescendientes -decía Apolinario.

-Esto de la corrupción nunca me sacó el sueño; los empresarios quieren ganar dinero, si le ofreces duplicar o triplicar su ganancia, los tienes en tus manos, o mejor dicho te besan la mano, y yo quiero también ganar. No hace falta ni siquiera mencionar la palabra soborno, ésta llega espontáneamente, en sobres o portafolios adecuados -afirmó orgulloso-. Eso sí, elijan siempre empresarios o empresas que tengan antecedentes y estén dispuestos al trato -sentenció.

Eligieron, como caso testigo, una de ellas. Apuntó a la más vulnerable para estas operaciones financieras. Viajó Apolinario con un séquito de muchos amigos, familiares y pocos especialistas, para negociar la explotación de los recursos naturales.

Hoteles cinco estrellas, viáticos y fiesta para todos. Tuvo pocos inconvenientes para concretar. En las primeras reuniones, ambas partes tenían desconfianza, con cámaras ocultas funcionando y un micrófono con terminal central de acumulación de datos digitalizada. Toda una tecnología sofisticada. Las pruebas actualizadas son más que suficientes y muy cotizadas, lógicamente, para los organismos anticorrupción creados a nivel internacional y siempre dispuestos a recibirlas.

Sin embargo, los contactos filmados como garantía cruzada fortalecieron el proyecto y comprobaron que estaban tratando con especímenes que tenían igual objetivo:

“El dinero encubierto en operaciones clandestinas”, así clasificaba INTERPOL.

Concretado el negocio, comenzaron los beneficios. Apolinario firmó la eliminación de impuestos, de cláusulas de daño ambiental y de cualquier forma de traba judicial para extracción de los recursos naturales. La empresa agradecía con premio para Apolinario: una millonada de dólares y, como prueba de afecto y consideración, una casa de mil cien metros cuadrados en las costas privilegiadas de un balneario internacional, más el compromiso de realizar depósitos mensuales de acuerdo a las ganancias extras de la empresa incorporada desde ahora a: “los amigos del poder”.

-¿A quiénes les llaman amigos del Poder, Apolinario? -había preguntado Ester.

-¡A mis amigos, mis socios y mis cómplices, Ester! Son aquellos que diariamente beneficio y me benefician. Financian nuestra banda, ¿comprendes? Todos están ansiosos por participar, no tengas la menor duda -respondió Apolinario.

Contrataron de común acuerdo un especialista en tecnología en mediciones de flujo, en gasoductos y oleoductos. Este hombre, Sr. Huntaamal, ex funcionario, había operado para empresas petroleras privadas y fue quien ideó, casualmente, el equipo de control automático de extracción de petróleo y gas, cuyas fibras ópticas registraban menos de la décima parte de lo que realmente extraían. Huntaamal fue gratificado por su esfuerzo con abundantes maletines de dólares.

Esta operación, tomada como testigo por Benigno, fue trasladada posteriormente a otras empresas internacionales que siempre piden seguridad jurídica, y que vieron en esta dictadura la oportunidad exacta para realizar grandes inversiones y negociados.

Las petroleras desangraban el subsuelo, le quitaban su líquido negro y entubaban el gas que recorría kilómetros en busca de bocas de negocios, mientras las fibras ópticas de control registraban sólo la muestra de salida, la cabeza de la extracción, para después permitir que millones de metros cúbicos se robaran por esos túneles secretos que perforan las fronteras.

-Qué mejor inversión que un puñado de dólares a esos miserables maniáticos del poder, si sus ganancias quedaban ocultas de por vida para sus millonarios negocios futuros -razonó Apolinario.

Apolinario, Benigno, Aurelino, Inocencio y Ángelo se sintieron realmente reconfortados con la firma de otras empresas dispuestas a entrar en el círculo de “los Amigos”. Traerían nuevos ingresos y beneficios, ahora extendidos también a funcionarios de segundo y tercer nivel. Todos contentos e incrementando sus patrimonios en forma envidiable. El proyecto de Apolinario estaba en su apogeo.

Comenzaron así las ostentaciones; los vehículos 4 x 4, las residencias imponentes y los viajes. Siguieron con tarjetas de créditos doradas sin límite, fiestas, orgías que certificaban días de gloria. Las botellas de bebidas importadas flotaban en un canasto de madera en la pileta de natación de Apolinario Del Manchón. No tardó en incorporarse a estas fiestas la droga, y, tal vez allí, comenzó su desgracia y desencuentro. Pareciera que el poder tuviese que medicarse con el tiempo.

-¡Más poder, más droga! -exclamó Ester.

-¡Es un círculo, Ester!, necesitamos estímulos -insistía Apolinario-. Por otra parte, ¿quién va a controlar? No olvides que la justicia y las fuerzas de seguridad están bajo mi mando, ja ja -decía haciendo piruetas burlonas sobre la alfombra del despacho.

Apolinario, el más poderoso de la región, y dispuesto a fortalecer su dominio en todas las áreas, lejos de conformarse con estos millonarios y fáciles ingresos, dedicó parte de su tiempo a enmudecer a la oposición.

Para ello creó dos cuentas bancarias disfrazadas por decreto Ley, orientadas al fomento y promoción industrial. Fijó presupuestariamente una partida millonaria y abrió créditos otorgados sin garantía, ni firma de terceros, para todos los funcionarios, pero especialmente para opositores renuentes a promesas. Era la hora de concretar.

Una gran mayoría fue aceptando los beneficios en forma silenciosa. Hicieron estragos en las filas de opositores más duros. Inocencio y Ángelo se dedicaron a contactar y quebrar

las resistencias. Oscar, alias el Piojo, estaba dedicado fundamentalmente a filmar con una cámara oculta a todos aquellos que se mantenían reacios de ingresar en la corrupción. Con el tiempo había filmado escenas íntimas, en casas de citas, burdeles, intervino los teléfonos, registraba voces, imágenes, para iniciar más tarde extorsiones que mantuvieron efectividad durante el período más nefasto de su gobierno. Apolinario había destruido, para ese entonces, todo tipo de control judicial.

Los jueces fueron evaluados y sometidos al poder. Habían creado un sistema perverso en el manejo de las denuncias. Había decretos que anulaban definitivamente investigaciones y causas penales contra funcionarios del poder. También de aquellos que violaban leyes o la misma constitución, a pesar de estar anulada por decreto.

Los funcionarios judiciales pasaron a ser el brazo jurídico del sistema montado cuidadosamente por Apolinario: los monos del circo y los bufones del rey.

Ángel, alias el Cerdo, se había convertido en el máximo controlador del estado, asumiendo las funciones de todos los organismos internos en vigencia. Lógicamente, quemó los expedientes que demostraban sus defraudaciones por más de dos millones de dólares cuando estuvo a cargo de una repartición pública, antes de asumir el poder. Ángel era el brazo derecho de Lulú, también su amante y proveedor de droga.

Omar, alias Metralleta, actuaba con gran imprudencia (como era su característica) en la función. Se dedicó a encarcelar a todo opositor que pudiese generar problemas internos y externos. Políticos, gremialistas, curas, estudiantes y, fundamentalmente, pobres, saturaron las cárceles con cualquier excusa avalada por la justicia.

Llevó esas reclusiones a los límites de la tolerancia humana. Definiendo a sus ocupantes como traidores a la patria, los sometió durante su hacinamiento a los apremios y castigos implacables. Implantó la tortura como la herramienta de contención de díscolos y cuestionadores sociales. Implementó el régimen de eliminación física de personas bajo sospecha. Y generó una zona libre de controles, para asesinatos y desapariciones en cadena, incorporando los fondos y lechos de los lagos como cementerios invisibles.

Implantó el terror y la persecución a familiares, amigos, parientes. Generó, en definitiva, el perfecto estado del “in derecho”.

-Vas bien, Apolinario, has logrado que los cultos del misterio se arraiguen en tu pueblo, el temor ha paralizado los espíritus rebeldes, has distribuido las riquezas de las prebendas, has silenciado a quienes te traicionaban en tu descuido, has creado el mundo del horror y el silencio, pero aún te queda pendiente tu deuda con tu secta -razonaron las voces.

Aplaudido, admirado por sus pares y obsecuentes de turno, sentíase realizado. Pero los conflictos sociales lo acosaban, a pesar de haber decretado la eliminación de la pobreza. Instrumentó entonces, por intermedio de su ministro Ángelo, la estructura más formidable de corrupción en el área social; se podía considerar un privilegiado. A la hora de los honores, recibía todos los premios.

Ángelo tenía experiencias similares en otros lugares y no le resultó difícil instrumentar algo similar. Pero ahora desde el poder mismo. Él había sido tan cruel como Metralleta cuando, valiéndose de contactos en otras dictaduras, había delatado y entregado a conocidos y amigos a la cámara de tortura y muerte por causas políticas. De manera que fue partícipe de instrumentar algo similar, o tal vez mejor modelo, pero en el área social. Lugar clave

para establecer un enclave de entrega, delación y castigo a quienes consideraba como potenciales dirigentes de conflictos sociales.

Para ese entonces, Ángelo y Lulú habían estrechado filas. Había cierta atracción entre ellos. Las fiestas, los intensos viajes al exterior, el alcohol y la droga, se apoderaron de ellos. No fue casualidad que esa relación se convirtiera, meses después, en uniones carnales que aumentaron la complicidad y su amistad.

Si bien Lulú estaba definido en su homosexualidad, Ángelo era un ida y vuelta, ya visualizaba sus inclinaciones y también su perversidad. Como para acompañar la moda gay, ambos se fueron integrando felices, con proyectos a largo plazo. A Lulú lo asustaba el pasado cruel de Ángelo, pero no tardaría en olvidarlo.

Ángelo montó un sistema cerrado de control. Manejó directamente y en forma personal la población más humilde, donde realizó un prolijo relevamiento con infiltrados sociales. Sus operadores trabajaron como un órgano de inteligencia.

Los informes tenían todos los datos de los habitantes controlados: sus problemas, sus relaciones, sus defectos, sus contactos y todo lo que pudiera interesar al gobierno para lograr asestar golpes rápidos a la oposición decadente. Sabrían también cuál sería el castigo para los rebeldes. No así los premios para los disciplinados y obsecuentes. Esto dependía del humor del superior inmediato.

-El poder se mantiene si logramos sujetar sus actores, opositores y líderes sociales - repetía una y otra vez Apolinario a sus cuadros de conducción-. ¡A mayor miseria, tendremos mayor obediencia!, mayor dependencia y mayor obsecuencia, bocas cerradas, oídos sordos y manos encadenadas, ésa es nuestra meta.

Controlada la franja humilde de una población cada vez más pobre y dependiente, Apolinario aseguraba el manejo de la violencia en las calles y un alto al reclamo.

Controlada la clase media con créditos sin garantías y subsidios, silenciaba a la burguesía local. Controlada la prensa, condenada al silencio permanente, no existirían voces críticas. Controladas las empresas privadas, por haberlas infiltrado y sometidas al capricho de las compras directas, sumado a las obras entregadas directamente por funcionarios siguiendo órdenes del gobernante, se podía afirmar que manejaba el mercado interno.

Controlados los rebeldes, utilizando el aparato represivo bien aceitado, neutralizaba los ejemplos de lucha. Controlados los organismos del estado y anuladas las denuncias o presentaciones judiciales, aseguraba la impunidad.

Apolinario tenía una deuda pendiente con la Cofradía Noche Roja. Lo habían contactado varias veces, para llamarle la atención. Si bien no participaba habitualmente en los ritos, sí lo hacía el resto de su familia; es más, su actitud había costado ya tres vidas humanas ofrendadas para que el discípulo Apolinario regresara a la comunión satánica. Tres de sus hermanos dieron su vida y, aun así, Apolinario no apareció. Sin embargo, el día aniversario de su ingreso, envió al gran sacerdote Tiburcio una misiva:

“Maestro Tiburcio:

Reúna usted a los hermanos el viernes en la noche. Allí estaré y llevaré un sacrificio para nuestro señor.

Apolinario Reyes Del Manchón”

-Vemos la traición, Apolinario, tenemos las manos apretadas, los dedos han cerrado nuestra protesta, vemos una nube roja en el horizonte que descuelga maldiciones de traición, vemos cuerpos doblados por el dolor, por las dagas, por las balas frías que deshacen los tejidos, vemos los ojos cerrados de tus hermanos dormidos para no ver más el sol, vemos que las heridas brotan y derraman su sangre generosa hasta languidecer los cuerpos, vemos traición, Apolinario -advierten las voces al unísono.

Ese viernes, en el galpón de Avena, más de 260 integrantes de la secta fueron asesinados, entre ellos los sacerdotes que le reclamaban obediencia a Apolinario. Estaban reunidos, esperando la llegada prometida, esperando una redención y una promesa de no marginalarlos más de los sectores de poder que habían conquistado justamente.

Pero recibieron la visita de fuerzas especiales, armadas y distribuidas, rodeando el galpón a modo de un cinturón, que se fue cerrando lentamente, escupiendo las balas de metralas, abriendo caminos en medio de los huecos que florecían en las chapas de zinc del galpón sentenciado. No pudieron escapar por las puertas entreabiertas, tampoco por las escaleras que llevaban al entepiso donde guardaban aún los fardos de alfalfa seca. El desorden de esa masa de hombres y mujeres dispuestos a escapar, cerraron los caminos a la racionalidad y compartieron los plomos que perforaban sus cuerpos una y otra vez como si fuesen condecoraciones por la resistencia a la muerte.

A medida que cerraban el cerco de asesinos armados sobre el galpón, disminuían las voces lastimosas de los heridos, que se pisoteaban y arrastraban buscando una luz en medio de esa oscuridad cómplice. El remate con las hordas asesinas encima de sus víctimas fue realizada a boca de jarro, una por una, asegurándose que las voces del reclamo nunca más existirían, nunca más reclamarían sus derechos y menos aún sus compromisos.

Apolinario fue sentenciado, por otras organizaciones satánicas, a la muerte. Seguramente, alguien cumpliría la sentencia. Mientras tanto, como advertencia y venganza, toda su familia fue eliminada y entregada al señor de las tinieblas en sacrificios de una crueldad insólita.

Abolidos los partidos políticos y organizaciones sindicales, potenciaba su aparato represivo y dominante; anulada por decreto la pobreza, terminaba con las críticas de la oposición. ¿Qué podía faltarle a Apolinario Del Manchón, para ser el hombre más poderoso?

Si es que algo le faltaba.

XIV

“¿He de decir lo que aún falta, Oh dioses inmortales, o será mejor callar?”

Erasmus de Róterdam

Una lucha contra el tiempo. Para esto le quedaban, aún, aliados demoníacos a quienes tenía en permanente contacto y consulta. Ellos, dos en total, estaban encargados de hacer cuantos ritos o magias existían, para protegerlo de sus enemigos y frenar el paso del tiempo en su cuerpo. No podía Apolinario aceptar que su piel comenzara a mostrar años de vida, tampoco que sus músculos se descolgaran como trapos de sus huesos, y menos aún que sus amantes lo miraran con el desdén del desprecio. Había quedado solo en el poder, sus aliados satánicos ya estaban ausentes para siempre. La inmortalidad de los vampiros comenzaba a taladrar su mente, buscando respuestas en nuevos y recientes aliados.

Preparaban las cápsulas de eternidad, usando cenizas de los últimos diez muertos cremados, mezclado con orines de jóvenes púberes y esencias de raíces de pantanos. Dos cápsulas por día, tres veces a la semana, y se juntaban para realizarle las “limpias”, previo a dar sus consejos sobre los temas que Apolinario les planteara. Una limpieza total al mes, rutinariamente realizada en su domicilio para tranquilizarlo, era lo indicado.

En su casa, Apolinario tenía una bañera hecha especialmente a su medida, mezclada con metales preciosos: oro, plata y cobre, que le daban consistencia y belleza; sus siervas se bañaban con él, asegurando la efectividad del tratamiento. Rodeaban la bañera con velas de colores, un plato de bronce donde quemaban fotos de opositores y le clavaban alfileres especialmente fabricados para estas ceremonias.

También, según la gravedad del caso, desangraban ratas tomadas de las cloacas cercanas a los locales partidarios o domicilios de sus enemigos políticos. Si habían convivido con los fluidos y excretas de sus enemigos, eran susceptibles a las magias de la venganza.

Antes del baño, como un rito mágico, embadurnaban el cuerpo desnudo, obeso y deforme de Apolinario con pinturas naturales y lociones inventadas por ellos; aduciendo ser adecuadas para la protección y vida, Apolinario se dejaba llevar, y naturalmente aplicaba rigurosamente los consejos dados por ellos, al pie de la letra. Apolinario era supersticioso, fetichista y maníaco. Evitaba caminar pisando sombras. Cuidaba que los chorros de agua de la canilla mantuviesen un caudal uniforme. Le desconcertaba lo imprevisto; contaba cinco antes de pasar debajo de cualquier marco de una puerta y, cuando masticaba su alimento diario, tragaba el bolo alimenticio con un sorbo de agua tibia salada. En la mañana, al despertarse, respiraba profundamente dos veces boca abajo. Se levantaba saltando la cabecera de su cama y, en puntas de pie, buscaba el baño, lavando sus manos y cara con orina de los brujos que lentamente enjuagaba con jabones de coco, perbonio y glicerina.

Su ex colaborador, a quien había enviado a la muerte, le había entregado poco antes de su desgraciado “accidente”, un libro de tapas duras, antiguo, robado de la biblioteca. Se llamaba “La Nación en armas”, escrito por un militar alemán: Colmar Barón Von Der Goltz. Publicado en 1900, con páginas desteñidas y amarillentas por el uso y la vejez. Era su libro de cabecera, junto a Maquiavelo. Ambos señalaban los consejos para ganar batallas y aplicar estos criterios para mantenerse en el poder. Sabía que la humanidad viviría en

permanente guerra y con dificultades sociales. No toleraba discutir con quienes embrutecían sus criterios, menos aún con aquellos que los contrariaban.

Apolinario sabía que las consecuencias de los enfrentamientos se evaluaban por la época en que se producían los resultados que obtuvieran y por la forma en que se presentaban. Coincidió con Von Der Goltz, en que los movimientos de masas, como los que hoy tenía, parecían seguir el camino lento de un par de bueyes, pero si cometía un error, éste lo llevaría a la prisa del viento. Debería anticiparse siempre a los acontecimientos, manejando las informaciones que diariamente reportaban sus infiltrados.

Si algo tenía claro Apolinario, era que su déficit intelectual debía suplirse con colaboradores brillantes y perversos, y una red de inteligencia organizada en todos los sectores, incluidos sus propios colaboradores.

Sabía quiénes eran sus enemigos; qué fuerza tenían socialmente; que número de adherentes tenían, y con que reservas contaban. Su contacto con sus informantes era por intermedio de cartas, mensajes enrollados en los cuellos de palomas o en las alforjas de perros amaestrados o directamente de mujeres infiltradas en las familias e instituciones. Usaba también botellas vacías de líquidos, pero con información, abandonadas en los basurales predeterminados para su entrega disimulada.

Sabía que los desertores eran, al igual que los mutantes, los más confiables en la información secreta. Encontraba coincidencias con la estrategia de Napoleón, cuando sostenía que los ataques deberían ser “contundentes, rápidos y cortos”. Entendía que el rechazo a las agresiones en la calle no admitía dilaciones, y acertaba cuando ordenaba avanzar, aun con los máximos costos políticos, y perseguir a quienes generasen tumultos hasta sus mismos domicilios; y sostenía siempre que las acciones tímidas eran producto de la falta de imaginación de los gobernantes. Sentíase pleno de valor, tenacidad, astucia, previsión, inteligencia, inflexibilidad y arrojo. Todas éstas consideradas como condiciones necesarias y únicas para un buen conductor político.

-Sí, Apolinario, has recuperado las fuerzas del poder, sobre todo cuando dejaste al corazón que perturbaba tu razón. Hemos acompañado al estratega, queremos acompañar al poderoso hombre que hemos pergeñado. No puedes, Apolinario, dejar que el tiempo de la historia se cruce por tus narices sin que te des cuenta que es tu momento político. No habrá otro, Apolinario, porque las oportunidades que pasan se pierden para siempre -corean las voces.

Tenía atributos de mando innatos, pero fundamentalmente, y a pesar de sus delirios, era un hombre con memoria; la memoria, curiosamente, es la condición primaria de los líderes. Por algo Napoleón sostenía que “un hombre, con buen juicio, pero sin memoria, es como una casa sin muebles”. Estaba en sus apuntes sobre el poder.

Apolinario tenía grabada su vida y sus carencias a fuego. El poder construido no lo entregaría a nadie, menos aún le sería arrebatado por sus enemigos. Llamó a Piojo Negro y le impartió las órdenes contundentes, mientras sus mujeres expertas masajearon su cuerpo con emulsiones, acíbares y aceites milagrosos. Piojo Negro mantenía su cámara filmadora colgada al cuello, lista para detectar los misterios de la traición. Su pequeña figura se encendía de luces cuando el dictador le indicaba una misión tenebrosa o fatal. Deseaba servir a su patrón aun con su vida.

-Dile a Metralleta que actúe con la máxima velocidad y crueldad -sentenció Apolinario. Había llegado la hora de las definiciones, al igual que con la secta meses antes.

Los problemas que le planteaban, Apolinario los terminaba de raíz. La desesperación de ver grietas en su gobierno lo preocupaba. Había que restaurar la autoridad. Últimamente, hasta las voces que habían acompañado su vida, estaban cuestionando sus poderes y, más aún, lo estaban llevando a una condena progresiva que no toleraba.

Apolinario había decidido asumir nuevamente la conducción del gobierno y la represión. Piojo no cabía de felicidad; partió raudamente a transmitir el mensaje. Apolinario no permitiría en el futuro movilizaciones sociales y, menos aún, políticas en su contra.

-Bien, Apolinario, tus decisiones han vuelto a reavivar nuestra confianza. Deja que la gente siga envuelta en la piedad de las formas, en la espera del Mesías, en la ternura de un nacimiento que nunca llegará. Deja que piensen que los ángeles están sobrevolando sus cabezas o al retablo donde ese hijo de Dios ha sentado sus huellas. Deja que se iluminen en las noches con las lánguidas luces de los candiles, tú, Apolinario, entras con las luces de las llamas, con el calor que te da nuestro señor desde esos oscuros rincones que ocupamos por seguir a Satanás. Lucha con los ojos abiertos, que nunca la piedad se apodere de ti -corean las voces, contentas por las nuevas acciones y la reacción de Apolinario.

XV

“Rendidos, pues, la goleta y el fuerte; los turcos dieron orden de dismantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo, con más brevedad, y menos trabajo, la minaron.”

(El Quijote)

La movilización fue pulverizada. Todas las fuerzas de seguridad y las especiales atropellaron cuantas vallas materiales y humanas tuvieron a su frente. Fue como un juego de niños. La guardia personal, caracterizada por su crueldad, aprovechó las mujeres y niños

para desparramar garrotazos y machetazos. Los gases, las balas de plomo y de goma se confundían en ese espacio enrarecido. La supremacía de fuerzas lo diferenciaba.

Humo, cenizas, gritos y llantos. Heridos y muertos. Los carros hidrantes rociaban los cuerpos con combustible, como en un carnaval. Luego, con lanzallamas los convertían en antorchas humanas desesperadas que corrían sin destino, gritando su dolor, esperando que alguien les apagara el fuego adherido a sus cuerpos y ropas. Las viviendas vomitaban gases tóxicos.

Los pobladores, refugiados bajo los elásticos de sus camas, para evitar las balas, respiraban inconscientemente los productos químicos, que los convertirían en vegetales sin reacción durante seis horas; paralizados, sometidos a la violencia y la muerte. La movilización quedó sepultada en un mar de lamentos y desencuentros. Apolinario recibía minuto a minuto la información que lo llenaba de júbilo y orgullo.

-El ataque estratégico debía preceder siempre al ataque político -repetía Apolinario dejando que su carcajada burlona retumbase en el salón de acuerdos, colmado de una concurrencia temblorosa y asustada de esta tempestad de violencia.

Los integrantes del máximo tribunal de justicia festejaban las ocurrencias de Metralleta y Ángel, mientras Lulú departía cariñosamente el momento con el jefe de la guardia personal de Apolinario. Había encontrado su complemento perverso.

Piojo Negro filmaba entusiasmado; Aurelino sacaba cálculos de lo que debería pagar a los extras contratados para generar violencia en esas batallas sociales. El jefe de comunicación y prensa, Sanchito, preparaba el comunicado oficial rutinario del caso:

“Violentos enfrentamientos, entre las fuerzas de seguridad de la República y los inadaptados subversivos de siempre, dejaron como saldo 30 muertos de la violencia civil, y tres hombres de la policía. La subversión utilizó armas de fuego, no así la policía, que sólo tenía gases y balas de algodón compacto. Los muertos, muertos están por ellos mismos, que cruzaron balas de plomo, al igual que, palabras injuriantes, contra el popular y querido gobernante.

El excelentísimo: Apolinario Reyes Del Manchón, desde ya, acompañará a los familiares de los inocentes, en este día de luto y dolor.”

Metralleta había destinado los presuntos tres hombres de la policía muertos al exterior, con nuevas identidades, dinero y viviendas propias. Los cajones sin cuerpos fueron velados con piedras en su interior, en un acto oficial solemne, envueltos en la bandera y abundantes pósters y leyendas de Apolinario. Era “su homenaje”.

Apolinario y su banda sabían que esa batalla inicial debería considerarse un triunfo. Sin embargo, algo estaba fallando. No era casual que el pobrero osara levantarse contra la autoridad tan protegida como hábilmente armada. Apolinario reflexionó sobre las hipótesis presentadas por sus colaboradores. No obstante, nada de lo planteado lograba regresar la tranquilidad perdida. Había decidido profundizar su propaganda e idolatría.

Contrató dos pintores para eternizar su imagen, al mejor estilo del famoso pintor Velázquez. Poco entendía Apolinario de pintura, pero lo habían impresionado las reproducciones del Dios Marte, parte de los héroes de la mitología griega, que había encontrado en la invasión salvaje al palacio de gobierno.

-Si Marte fue un Dios y tuvo su pintura, ¿por qué no yo? -pensaba.

-Eres un Dios, pero de los infiernos, Apolinario, Marte será una hormiguita a tu lado. Tu destino lleva la velocidad de los ciclones, la fuerza de los volcanes y la libertad de las aves. Mereces eso y mucho más, tu ambición es el combustible de tu vida -corean las voces.

Convocó al responsable de la Incultura y le encomendó buscar al mejor pintor de la zona, para que lo pintase como al dios Marte. Hasta se probó un casco viejo y deslucido abandonado en los museos cerrados (por orden suya), y desnudo ante el espejo imitó a Marte. Trajo un taburete y comenzó a ensayar posiciones donde favorecía su anatomía deformada por el tiempo. Sin lograrlo, y para conformarse, pensó que, tal vez, tomando el cuerpo del Dios había que “cambiarle solamente el rostro” por el suyo, reemplazando al bigotudo dios Marte. Algo tenía en común con la pintura: el bigote. Algo lo separaba: el cuerpo atlético del Dios.

El responsable de la Incultura trajo finalmente dos pintores que aceptaron de mala gana hacer el trabajo: plagiar un Velázquez para entronizar el rostro repulsivo de Apolinario. Los indignaba. Pero no había opciones. Dos caballetes, dos bastidores finamente preparados, dos artistas que iniciaron la pintura absurda, competían entre sí. Un cuadro será el modelo nacional. El otro destruido y, por lo tanto, sin paga.

Como no tenía armadura para dejar a sus pies, como originalmente muestra el cuadro, no tardó en reemplazarla. Entonces les dijo:

-En lugar de estas latas que dicen ser armaduras; dibujen mis botellas preferidas.

Y así lo hicieron. Apolinario, luego de meses posando, tuvo sus dos cuadros. El casco restaurado, lustrado y brillante, dejaba ver claramente su rostro y su bigote renegrido. Se impactó de encontrarse tan semejante y, más aún, incorporado al cuerpo escultural del Dios.

-Soy un Dios -repetía, una y otra vez, tomando ambos cuadros en sus manos.

-Los dos tienen su lugar -dijo a su secretario-. Uno para la casa de Gobierno. Otro para el altar de la Iglesia. -No admitía que las obras de arte se perdieran. Más aún cuando él era la obra.

Los dos pintores recibieron su paga y la promesa que serían llamados nuevamente para pintar la familia Del Manchón entera, o lo que quedaba de ella.

Apolinario flotaba en una alegría insólita. Parecía estar soñando verse tan majestuoso, tan solemne, tan inmortal. Estaba como en una nube flotando en algo irreal. Rodeado de columnas en medio de un patio de baldosas de colores. Sentía Apolinario una música lejana, una música similar a una marcha triunfal.

-¡Y ahora, voces!... ¿qué dicen? -preguntaba Apolinario.

-Eres el rey, el dios, el supremo, el mejor, Apolinario, pero eres nuestro. Nos perteneces en esa magnitud perfecta de tu pintura, pero también en el alma misma que no puede ser retratada. Rendimos el homenaje al triunfador y coincidimos que tu cuadro debe ser colocado en la Catedral de los católicos. Si hay un Santo para ellos, que seas tú, Apolinario -corean las voces regocijadas.

-¡¡Soy un Dios!! -repetía por los pasillos, ventanas y jardines.

Imaginó entonces su país, tapizado de pósters gigantes para que lo admirasen en toda su dimensión, los vivos y también los muertos.

-La dimensión de un Dios -gritó.

-Ése soy yo: Apolinario Reyes Del Manchón -gesticulaba señalando su cuadro.

-¡Diablo y Dios a la vez! -repetía a su auditorio perplejo.

Así lo hizo saber. A toda su población golpeada y humillada. Apolinario sospechaba que era el descendiente de una nueva generación divina; en medio de esa ciénaga de incautos, sumisos, serviles, insulsos y abyectos ciudadanos engañados.

XVI

“Si tú sigues tu estrella, has de llegar hasta el glorioso puerto, si es que recuerdo aún la vida bella, y si tan pronto yo no hubiera muerto”

Canto XV
Dante Alighieri

Pobre Apolinario. Vive en una fantasía que lo impulsa a rincones de la desesperación cotidiana. Está sentado en el sillón de los sueños. El respaldo puede más que su cabeza. Lo supera en más de diez centímetros, dejando un vacío extraño a su lado. Es una imagen ridículamente pequeña perdida entre el tapiz y la madera lustrada. Sus pies no llegan al suelo, asientan en una banqueta especialmente preparada. En esa banqueta guarda Apolinario, en un pequeño cajón, las cenizas de sus más férreos enemigos, y un cristal pulido de siete caras rodeado de ágatas multicolores, remedando un anillo galáctico. Completan siete estalactitas intactas de ópalo, que sus brujas entregaron alguna vez al inicio del mandato con seis piedras de ónix azules, que servirían para generar energía desde las plantas de ambos pies y, subiendo por las piernas en descanso obligado, hasta sus manos, apoyadas en las rodillas. Desde ese lugar llegarían hasta su alma.

Todos los días durante media hora, antes de que el sol cayera sobre el horizonte, debía reproducir la escena.

Apolinario tiene la mirada triste. Curtida en la soledad que se agudiza y lo envuelve.

Su voluntad está relajada, vencida por desprenderse de sus brujas que tanto lo acompañaron. Dolido porque no olvidaba que, en el momento de necesitarlas, pidieron la cabeza de su amada Ester. Habían ofendido su dignidad, estaba furioso, pero ansioso de que ambas cabezas fueran colocadas en el congelador de enemigos, ubicado en la habitación de los suplicios.

Escucha su música preferida: óperas; es la voz de Beniamino Gigli, quien interpreta obras de Verdi, como Un Baile de Máscaras o Rigoletto, o uno de Puccini con Madame Butterfly, que estremecía su cuerpo hasta el paroxismo.

Recuerda que en los ritos satánicos de su niñez, el fondo musical estaba lleno de voces con tenores y sopranos. Piensa, mirando por su ventana, en su gobierno; en su poder

absoluto, en sus sueños, en sus odios. Piensa en su soledad, en su terrible temor a la pérdida de ese castillo edificado en base a cadáveres y robos.

Tiembla Apolinario mientras ve caminar a un anciano encorvado (por los años) por esa amplia calle de adoquines lustrados. Lleva un bolso tapado de miseria. Las suelas de sus zapatos perforados de tanto caminar en búsqueda de su destino. ¿Es una ilusión?, se pregunta. No alcanza a ver sus ojos, pero presume que tienen los cristales opacos, nublados, inquietos por recuperar lo perdido. Observa el saco zurcido, raído, sucio; manchado de grasas perdidas en alguna borrachera. Los codos están transparentes. Su cabeza, blanca de edad, tiene la sombra de un sombrero aludo negro, con hilachas sueltas, desprendidas por el viento.

-¡Ése soy yo! -dijo Apolinario, asustado.

Balbuceó desesperado mientras sus ojos se cubrían de transparentes lágrimas.

-¡Ése soy yo! -repetía, mientras se levanta para contemplar el final del caminante que, trabajosamente, se perdía en la curva de la calle adoquinada. Llamaba a los gritos a sus colaboradores, llamaba a Lulú, quien acudió en forma inmediata.

-¡Ve y trae ese hombre que seré! -ordenó-. ¡Ve y trae mi futuro, para verlo ya! -gritaba Apolinario y estallaba en cólera. Se desesperaba de pensar que ese hombre curvado fuera él.

-¡Ve, imbécil reptil! -gritaba desenchajado, mientras Lulú corría por el pasillo.

-¡Imbéciles, inútiles, quiero las cabezas de mis brujas! Necesito nutrirme de venganzas -afirmó Apolinario.

Apolinario explotaba, y las energías de sus piedras escondidas estaban dando resultado. Era él, nuevamente, quien recuperaba el poder y sus fuerzas.

-¡Gloria a Belcebú! -gritaba por la ventana para que lo escuchase nadie, porque la calle estaba vacía. Ha desaparecido también su futuro.

Mira sus brazos desnudos y cree ver aletas espinadas que llegan hasta su espalda, donde nacen alas que se expanden, que crecen, que llenan esa habitación fría, que se mueven, reptando en las paredes, con sombras demoníacas. Se ve a sí mismo con la mutación en su cabeza, donde brotan hojas carnosas, deformes, gigantes; mientras sus labios se estiran, dejando caer espumas verdosas y pastosas. Imagina Apolinario que en su cuerpo crecen nuevas piernas, delgadas, ágiles y filosas, que lo convierten en un nuevo tetrápodo repulsivo. Entonces es feliz.

Es Apolinario Del Manchón. Aun sin sus brujas, que ya descansan como trofeos, logrando alimentar su sadismo.

XVII

“Ayer, cuando vi salir la luna, me pareció que iba a salir un sol: tan abultada y preñada yacía en el horizonte. Pero mentía.”

Nietzsche

De aquel pueblo alegre, exultante de armonía, liberados de los estigmas trágicos de la historia, como ha representado Brueghel en su pintura (la danza de los campesinos), donde podía apreciarse la aparición del triunfo de la muerte, cuando galopaba el esqueleto disoluto del fantasma en un corcel sin rumbo, trotando entre víctimas sin voces.

Cuando los hombres dejan que los buitres despedacen sus cuerpos, han sido vencidos. Han caído sus almas en el precipicio del tiempo, y no se han dado cuenta que la inmortalidad sólo existe en el perfume de las azaleas. No supieron encontrar los límites equinocciales, menos aún sus propias fronteras.

Observaba cómo los brazos que vivieron flagelando las espaldas de los esclavos, se levantan sosteniendo los trofeos de una libertad postergada. Esos puños cerrados son los que muestran la fragilidad del mármol. También, los que luego se abren para dejar que las hábiles manos anuden las sogas de las horcas, que esperan silenciosas la llegada de sus víctimas atadas a una eternidad desconocida.

Se escucha un réquiem, entonces, desde un coro de voces, se aproxima una sinfonía lejana. Un lamento angustiado, lacerante, sin rostro, sin nombre. Flota en el espacio que los rodea y los circunda en medio de un silencio contagioso, que vence esa enorme fuerza represiva encima de miserias andrajosas de los pueblos sometidos. Todo les fue quitado, están vacíos. Una predicción se viene cumpliendo; ahora les quieren retener también los sueños, como si se tratase de una disección prolija de un bisturí, que busca los secretos bajo la piel, bajo la sospecha que pudieran quedar libres.

Apolinario ríe; pero también teme. Había sometido a su pueblo a un verdadero acoso que comenzaba a manifestar sus primeras reacciones de resistencia. Cadenas invisibles de humillantes vejaciones han llegado al fondo de una tolerancia aletargada, por costumbre sin poder manifestarse aún, en el hartazgo de la rutina.

Lo supo el día que decidió visitar a Ester en su propia casa, disfrazado de poblador anónimo. Lejos estaba del Espartaco y del imponente guerrero.

-No debes temer, Apolinario. Un día que no puedes recordar, cruzaste tus juramentos con tus hermanos. Estabas contra esa columna griega que te sustentaba tu espalda, elevabas tus brazos llevando el cáliz de sangre, recibías las manos de tus seguidores que apretaban la tuya para que no se te escapara el futuro. Hubo ese día una sola voz, un solo juramento, un solo hombre a quien le entregamos el poder de realizar sus sueños. Eras Tú, Apolinario -corean las voces enérgicamente.

Esperó la noche que derrumba sombras; colocó almohadas en su cintura, vistió su cuerpo con una túnica blanca, sucia y arrugada. Ajustó un par de anteojos negros en sus orejas, ladeó su sombrero y, así, transitó las calles habitadas de harapientos mendigos. Nadie lo reconocía. Él tampoco. Hacía mucho tiempo que no salía; no por temor, sí por desprecio.

Llegó hasta la entrada misma del viejo callejón, custodiado de paredones saturados de graffitis. Esta vez todos estaban dedicados contra su persona. Se sintió agraviado, pero feliz de saber que sólo dejaba esos espacios para el reclamo. De cualquier manera, tampoco debía permitirlo.

Estaba decidido a dar la orden “Demoler los paredones donde figurara su nombre”. Y en ese lugar vacío de insultos, entronizar su escultura. Debería ser más cuidadoso en adelante. Nadie le había informado de esta nueva forma de repudio, menos aún de poderosos agravios. Mandaría a confeccionar cientos de carteles con su foto. Y otros cientos de panfletos donde sus palabras escritas, dirigidas al pueblo, quedarían claramente grabadas como una sentencia a quien se atreviera a violar sus reglas.

Sus dos brujas le habían advertido y predijeron: “Vemos en los cerebros del pueblo nubes negras que tapan la luz del día. Se escuchan voces enardecidas, agresivas contra el poder. No podemos distinguir los rostros de quienes deambulan en las calles, pero sí, su impulso”. Pero ese día, Apolinario las había castigado. Sin embargo, hoy les da la razón. Recordaba su orden: “maten a las brujas”. Ahora, Apolinario se estremecía por el error.

-¡Ay, Apolinario!, estás envuelto en la incertidumbre, esa túnica impermeable está rodeando tu cuerpo y ocultando tu rostro. ¿No ves a tus enemigos rondando tus espacios?, ¿los ves, Apolinario? Son ellos los que tapan la luz, ellos también los que traen la sombra a tus pensamientos y mueven tu tierra para que sientas cómo tiembla el suelo que pisas. Cuidate de aquel que tiene esa túnica roja que cubre su rostro. No entregues tu futuro, hasta que los infiernos liberen sus cautivos que concurrirán a ayudarte en tu lucha -corean las voces.

Es ese momento reapareció Ester, con el saludo habitual cargado de ironía y hasta de burla, que nunca supo Apolinario hasta dónde era verdadero o falso.

-Hola, mi amor despreciable, aquí está la mujer de los sueños -dijo alegremente, riéndose de su presentación.

Ester lo esperaba con su vestido holgado de seda transparente, mientras apantallaba el sudor con sus abanicos floreados. Tenía una magia especial su mirada, estaba distinta, exultante, dispersa en el tiempo. Sus ojos emitían un brillo con mayor intensidad que de costumbre. Dibujaba una sonrisa tímida. Su cuerpo se perfilaba con toda su intensidad en las formas. La raíz de sus senos amenazaban con buscar el choque del deseo, y patinar sobre el torso de su amante. Era realmente bella, audaz, y misteriosa. Ella lo sabía y con eso especulaba, para que Apolinario permitiera que sus consejos se concretaran.

Ester dominaba cruelmente a su amante; también se burlaba de él. Había logrado que muchos de los colaboradores de Apolinario terminaran sus vidas, por haber insinuado dudas sobre su fidelidad en el marco de las intrigas palaciegas. Todos ellos quedaron atrapados en enormes sacos de redes que cautivaron los cuerpos en el fondo del lago. Ester sabía que su influencia se acrecentaba, en igual medida que las dudas y temores se iban apoderando de Apolinario.

-Más débil él, más fuerte ella -razonaba Ester.

Ese día, ella encontró a su pobre amante asustado, poseído de temblores; en ese encuentro hicieron el amor y consumieron drogas mezcladas con Bromptio y Escualeno, que solamente ella conseguía y administraba a voluntad, entre una espuria neblina con olores a gardenias.

Apolinario, meses antes de este encuentro, había estado con Amanda. Ella también le había anticipado, al igual que Alticia, sobre sus visiones, mientras encendía las velas para proteger al gobernante y lo rociaba con suero de larvas de gusanos de las raíces del guayabo, para que disolviera los sortilegios adheridos en su piel. Sin embargo, no las había escuchado.

-¿Qué pasa, Apolinario, que estás flotando sin reacciones?, con tu cuerpo inmóvil, convertido en una tabla sin astillas en esa ciénaga de verdes algas. Tienes la mirada ausente, fija en una zona gris de tu vida y has buscado ese reducto aislado del silencio para evitar enfrentar los desafíos que no tardarán en llegar -corean las voces.

Ester llamó a su noble criada negra. Le ordenó que preparara la pócima de drogas para relajar a su señor. También ordenó que dejara su ropa y regresara desnuda para participar de la ceremonia que ella había prometido a su amante. Le daría el placer que otorga una geisha. Estaba decidida a que Apolinario reaccionara nuevamente.

-Estás confuso, Apolinario, temeroso porque has perdido los pilares del poder -dijo Ester-. Y sé también que te arrepientes de haber matado a tus brujas, especialmente Alticia; yo te daré lo que ellas nunca te dieron, verás, Apolinario, con mi sierva negra haremos para ti un altar de amor. Déjate hacer, Apolinario, abandona esas nostalgias, entrégate al placer que te daremos ambas tal como siempre lo has deseado -imploró.

Apolinario dejó sus ridículas almohadas y fue tirando lentamente sus atuendos a los costados de la enorme cama. El temblor crecía; el alcohol ya no producía el efecto deseado. Temblaba sin razón. No podía controlarlo, necesitaba el brebaje que Ester ofrecía. También necesitaba de ella y de su cierva negra de alma y piel. Bebió de un trago el vaso lleno de líquido preparado por la sierva. Se recostó en la cama sin ropas y cerró los ojos mientras se invadía de una placentera pantalla de visiones y sensaciones. Miró a las dos mujeres, negra y blanca, esperando el permiso obligado para entrar en su mundo. Con sus manos tomó a una y otra, notando que volvían a tener la serenidad y poder de antes.

-Vengan mis mujeres; y tú, Ester, te colocas el antifaz de piel de víbora, eres eso. Tú, mi sierva negra, lame mis heridas de mi cuerpo con tu lengua caliente -ordenó.

Apolinario sacó de su bolso un delicado pincel y dos frascos de pintura roja y violeta. Esperó que ambas mujeres estuviesen acostadas, serenas y relajadas, y comenzó a pintarlas con trazos finos primero; rodeó de rojo los pezones, luego rellenó sus puntas erectas. Pasó delicadamente entre los senos dos rayas paralelas de ambos colores, unió su ombligo con una hermosa rosa roja, cuyo tallo llegaba echando raíces en los pubis inquietos de ambas amantes; sacó con cuidado dos tiras de pintura muy delgadas por sus ingles hasta la cintura, donde terminó su obra con un pequeño moño justo a los lados de sus caderas. Dejó que se secaran, y luego les ordenó colocarse boca abajo para desenfrenar su arte en los glúteos amelonados, firmes y sensuales.

Estaba excitado, Apolinario. Más lo estaban ellas en aquel rito improvisado. Luego dejó que comenzaran sus bailes encima de su cuerpo, mezclando los colores de la piel; mezclando las bocas, las lenguas y las manos. Los deseos crecieron en cascadas. Apolinario estaba cautivo en ese mundo del placer que lo enloquecía, y dejó también que sus temores y miedos abandonaran su pensamiento torturado.

Bebió Apolinario otra poción preparada por Ester; bebió con sus labios pálidos y dejó su cuerpo magnánimo suspendido en un estado hipnótico. Podía jurar que ese recipiente era

una gigante geoda cuyo contenido lo llevaba a los altares de Eros. Hasta podía verse incrustado, dibujado, coloreado, personificado inmortal: en el centro del Guernica.

Soñaba que Ester, que ha bebido la pócima de la boca de su amante hasta cortar la respiración, está inundada de licores de deseos. Tiene en sus manos la espada que cortó la cabeza de la negra, imitando a Judith que mantiene la cabeza de Holofernes. Mira Apolinario los altares, esculca los detalles de los bronce y encuentra los faisanes que despliegan sus enormes plumas multicolores pletóricos de formas, compitiendo con la belleza misma. Reposa el guerrero sin armadura; desnudo y pródigo, que no puede negar su propio esperpento.

-He logrado fundirlas en una sola mujer, las he poseído. Me pertenecen -pensó Apolinario.

Estaba exhausto, pero no vencido. Cruzó los brazos sobre el pecho, dejando su cabeza inmóvil en la almohada mientras miraba el techo liso, que se transformaba en una pantalla gigante. Aparecieron cientos de escritorios con luces mortecinas, dejando ver las cabezas de miles de hombres y mujeres, que tomaban apuntes de su exordio y discurso. De los árboles se descolgaban letras que producían cientos de máquinas de escribir apoyándose en cada rama, en cada tronco, en cada descanso de los árboles, y tableteaban mensajes que sólo Apolinario interpretaba. Todos aplaudían; y pedían que les explicara los misterios de la vida y la naturaleza. Él habla sin parar, farfullando sin equívocos, sobre política, historia, arte, geografía, con infinita sabiduría.

-¡Aplauden, todos aplauden, Apolinario!, aplauden tu sabiduría -cree escuchar a sus voces.

Gritan su agradecimiento en ese marco de esplendor, y se da cuenta que de sus ojos brotan lágrimas transparentes, tibias, que se deslizan por idénticos caminos repasando su piel. Sabe que no son lágrimas de dolor. Tampoco de alegría. Son cristales líquidos de reconocimiento a su saber. Reconocimiento a su propia emoción. Es su epopeya, su triunfo, su encuentro deseado. Es también el rechazo a la mentira de su muerte, de su debilidad, de su caída, es la protección de sus brujas que, desde el más allá, no permiten que lo entreguen a los sepulcros de los Médicis, porque no hay aún hombre o mujer que puedan recostarse en su entrada para burlarse de su historia.

-Ya buscará Apolinario el esbirro que ejecute sentencias, también sus venganzas -se dijo.

Mientras llega ese día, Apolinario goza de sus visiones. Nadie exhumará sus temores, menos aún sus complejos.

Al día siguiente, la noticia se desparramó entre los miembros del gabinete. Metrallera había conseguido el dato justo. En pocas horas más, el mensaje subterráneo de los pobres será: manifestar ante el palacio de gobierno pidiendo reflotar derechos perdidos y reclamar soluciones por hambre y desempleo. A las seis de la tarde, la concentración, desde distintos puntos de la ciudad, llegará al centro para terminar en un gran acto de masas que está dispuesta a pedir justicia.

Llevarán pancartas y banderas, protestando contra todo el gobierno. Seguramente, destrozarán todo lo que encuentren a su paso; hay datos ciertos de que incendiarán edificios públicos y producirán escape de agua y gas de todas las cañerías de la ciudad.

-Dicen -termina el informante-, que buscarán a los funcionarios para ahorcarlos.

-¿Cómo para ahorcarlos? -se inquietaron todos.

-Así como lo escuchan; no habrá más denuncias, tampoco presentaciones judiciales. Desde mañana, habrán pasado a esta nueva etapa: ahorcar los corruptos en todo el país; colgarán a todos en las madrugadas. Las plazas públicas tendrán como adornos las horcas de los corruptos -terminó el informante, sudoroso.

-¡Pero eso está contra la Ley! -dijo Inocencio, temblando.

-También es contrario a la ley los negociados, los crímenes y el robo organizado nuestro; sin embargo, debemos reconocer que eso no impidió nada. Es más, nos motivó -afirmó Benigno.

-¡Esperen! -intervino Apolinario-. ¿Este método está relacionado con organizaciones o partidos? -preguntó mirando a Metralleta, que temblaba e insinuaba orina en su pantalón.

-No hemos detectado organización alguna, creo que si se da como él dice, estamos ante la presencia de una forma nueva, donde será difícil detectar a los responsables -afirma Metralleta.

Lulú, el esteta vestido de fucsia, y Metralleta, el que le falta respeto a la vida, esperaban en el salón de ceremonias, rodeados de cuadros ovalados con marcos de algarrobo encerado, que sostenían en su interior fotos de gobernantes pasados. Todos serios, todos muertos, silenciosos testigos de la barbarie. La mayoría de ellos pertenece a la historia.

Estaban citados en el salón todos sus colaboradores que, presurosos, acudieron para escuchar el informe de los encargados en mantener el orden ciudadano.

-Tenían miedo, mucho miedo -comentaba, Ester.

Los informantes llevaron toda la documentación que detalladamente desnudaban los movimientos de la protesta. Nombres de sus líderes, tenor de los carteles, armas caseras de protesta, palos, hondas, pinturas para dejar la impronta de la marcha en las paredes, y letra de cánticos contrarios al gobierno.

-Presagian las exequias del régimen -pensaron algunos visionarios.

Apolinario escuchó atentamente. El diálogo entre ellos estaba siempre supeditado al primer razonamiento del gobernante. A partir de allí, recién podían sugerir estrategias a seguir. No antes. Y tomó una definición clara :

-Desbaraten el intento, desármenlo -ordenó Apolinario.

Fue su primer pensamiento en voz alta, remedando las estrategias de Escipión, sugerido como orden, y fue más osado al sostener que deberían actuar con suma violencia, sin contemplación alguna y sin tener en cuenta que los escudos de la protesta estarían formados con mujeres y niños.

-Quien detenga el avance de mis fuerzas, recibirá el castigo de muerte -sentenció.

Piojo Negro trató de explicar que estas manifestaciones no tenían dirigentes, todo había surgido en forma espontánea. Sus filmaciones de espionaje social, algo en lo cual estaba ya especializado, habían demostrado que a pesar de mantener los dirigentes de la oposición sometidos a la disciplina gubernamental, las acciones de los nuevos dirigentes sociales estaban rompiendo el cerco impuesto luego de cinco años de poder.

-Balas de plomo -sugirió Apolinario, golpeando la mesa furiosamente.

-Balas, Plomos, Balas. Lo que he construido no puede ser sometido a la voluntad de una población inepta -terminó Apolinario, lleno de furia.

Llamó a su asistente para ordenarle la urgente convocatoria de sus tropas. Dispuso que sus funcionarios diagramaran la represión utilizando todos los organismos de seguridad que

el estado tenía, y ordenó la infiltración de sus informantes, igual que los parásitos habitan al cadáver del hombre, y también incorporar a la marcha grupos entrenados para generar violencia.

-Debe ser asumido como una lección contundente y definitiva, coloquen unas cincuenta personas contratadas para destruir vidrieras, saquear e incendiar negocios o bancos. Hay que producir el efecto social del rechazo -afirmó Apolinario.

Definió que, de ahora en más, los funcionarios judiciales estarían presentes para ordenar en forma inmediata los castigos correspondientes, sin juicio previo.

-¡Tortura, cárcel y muerte! Todo legitimado -sentenció Apolinario, rojo de cólera.

Ordenó que su palabra fuera transmitida por cadena radial y televisiva durante todo el día y que en los intervalos saturasen con su imagen o la de sus familiares directos, para dejar claro su total voluntad de mantenerse en el poder en forma perpetua.

Dispuso preparar un mega encuentro con partidarios y ciudadanos pagados para el aplauso y la obsecuencia. Ordenó pagar a nivel internacional todos los spot, denunciando las acciones de terroristas que pretendían derrocarlo. Llamó a sus dirigentes de la estructura partidaria, para lanzar a la calle su propaganda. Casa por casa, entregando a cada uno dinero para comprar voluntades y adhesiones.

-Utilicen el fondo reservado para estas emergencias, no reparen en tomar medidas drásticas. Utilicen gases y balas de plomo. Los heridos y muertos deben ser eliminados. Nada debe quedar registrado. Los responsables de la represión identificados en tales actos deben ser enviados temporalmente a otros lugares donde no sean reconocidos. Una vez finalizado el operativo, hay que darles cobertura a nuestros valientes -finalizó Apolinario.

En pocas horas, el aparato represivo estaba montado. Apolinario se retiró a su despacho para establecer el contacto con sus pares.

-Llega la hora, Apolinario, en que debes mostrar tus fuerzas. No dudes, no tiembles cuando debas reprimir la desvergüenza de la rebelión. No deben existir fuerzas opositoras a tu régimen. Estamos atentas, Apolinario. Mirando tus acciones, nutriendo tus fuerzas -corean las voces.

El despacho de Apolinario se había transformado en un espectacular escenario de magia negra. La lluvia caía generosa en los techos y lloraba en los cristales de las ventanas. Todo en medio de la oscuridad. Velas de distintos colores encendidas y montadas en candelabros de plata, tallados en fina artesanía, mantenían el ambiente en una penumbra fresca; humos de colores, flotaban y se mezclaban en el techo; animales desangrados, gargantas abiertas y plumas, prendidas en cada foto de opositores reconocidos. Apolinario entró, y fue delicadamente tratado con emulsiones y aceites que cubrieron su cuerpo para protegerlo.

Abrieron las cajas de hielo seco, donde mantenían las cabezas de sus enemigos muertos. Los huesos envueltos en papel madera fueron descubiertos y dejados a la intemperie, mientras rezaban en rituales y danzas siniestras. Las flores de plástico rociadas de gasolina las encienden encima del escritorio lateral; Ester y la Negra trazaban caprichosas cruces invertidas en las telas preparadas para esas eventualidades.

Tres toros de mármol posaban simulando los celtibéricos de Guisando en la mesa anexa, saturada de raíces secas y hongos custodiando celosamente el vicio, mientras el agua de lluvia protestaban su prisión en las gárgolas.

Apolinario sentía que sus experiencias satánicas anteriores estaban dando resultado, y aspiraba ese ambiente enrarecido, encontrando en ese instante los olores putrefactos de los cadáveres expuestos: su energía acumulada. Recordaba el anciano de la lápida, cuando cerraba sus ojos y se disponía a contactar con cuanto demonio se presentase. Convulsionaba, acompañado de los cantos de sus brujas ausentes en trance, y dejó que su cuerpo estirado en su escritorio de trabajo se acomodara a la rígida tabla de madera. Tomó con sus manos los bordes laterales y lanzó las maldiciones que le dictaban sus odios, y se entregó ahora a la magia y los misterios. Estaba seguro de entrar por la puerta grande del templo de Poseidón.

XVIII

“La paloma está llena de papeles caídos. Su pecho está manchado por gomas y semanas por secantes más blancos que un cadáver y tintas asustadas de su color siniestro.”

Neruda

Los pueblos despiertan su furia ante las injusticias. A pesar y con el pesar de unos pocos privilegiados. Es una explosión sorpresiva y se manifiesta de distintas formas. Habíamos visto cómo un pueblo estaba sometido al silencio. Castigados a una esclavitud y al servilismo más cruel. Una vida miserable. Pero la continuidad de la humillación diaria había roto ese equilibrio invisible. A partir de ese punto de inflexión, Apolinario sospechó que su poder estaba en peligro. Lo intuyó.

-¿Qué puedes hacer, Apolinario? -se preguntó mirando al vacío.

-¡Ah!, si pudiese encontrar al menos las huellas del pasado -pensó.

-¿Qué me ha pasado?, he perdido el control social, no ha sido suficiente utilizar todo el peso de la represión, la delación, la cárcel, el silencio obligado; vuelven a surgir reclamos, no me dan tregua y han quitado mi paz -razonaba en voz alta ante el fiel Atos, que miraba.

-¡Ríen, Apolinario, se ríen de ti!, de tu poder debilitado. Están en tus espaldas esperando tu caída, esperando que muestres un solo día de debilidad para robarte el poder. Cubren sus rostros para que no sepas quiénes van a traicionarte, quiénes clavarán el cuchillo artero y acertarán sus golpes en tu espalda vencida. Quieren verte con tu nuevo rostro; en el lamento solitario, en la expresión del horror, en el grito de socorro que nadie escuchará, y buscarán en tus ojos abiertos las lágrimas que les sacaste. Toda esa vida negra de futuro que entregaste con crueldad. Caminan esas calles que cerraste a la vida,

deambulando; conspirando; trazando planes siniestros que buscan quitarte para siempre de sus existencias -condenan las voces a un Apolinario desconcertado.

-¡Ah... voces malditas, voces invisibles que hoy me torturan! También ustedes me abandonan, o están conspirado para vencerme, para quebrar mi voluntad, pero no lograrán sus cometidos -gritaba Apolinario a las voces, tapando sus oídos con las manos.

-¡Sobreviven cansados, Apolinario!, cansados que todos quienes te rodean miren ese pueblo y se burlen de sus miserias, paseándose impunemente con la majestuosidad de sus fortunas mal habidas y los bienes que alguna vez les pertenecieron y de que los han despojado; mientras ellos, ese pueblo sufrido, sentía su estómago vacío, frío, suplicante de alimento que has negado -completan las voces en coro.

-¡Escucha, tiembla, Apolinario!, porque estás cerca de un final, aunque no quieras escucharnos -coreaban las voces redoblando sus letanías.

-Porque tu orgullo, Apolinario, te alejó de quienes te has burlado, siguiendo los ejemplos de tu propia perversidad -reflexionan las voces cansadas.

“La muerte de Sila profundizó las diferencias entre César y Pompeyo, la dictadura se desmoronó. Huyó Pompeyo derrotado por César justo en la Farsalia, y el César reinó a fuego cuatro años más de su mandato original. Sin embargo, los imperios siguieron cayendo demostrando su decadencia antes y después del César”..., lee Apolinario la cita en el papel abandonado sobre la mesa por Maclovio.

Tantas habían sido las sentencias y castigos, que Apolinario fue quedando solo. Fenecía su régimen; agonizaba su popularidad, se despedazaban sus sueños como las oriónidas que navegan en los espacios perdidos, buscando su origen. Estaba suspendido con hebras de esparto, como las oropéndolas que duermen a la eternidad. Tenía sus días envueltos en dudas; las profecías se cumplían a pesar del sacrificio de sus sibilas por caprichos de los celos. De aquel pugnaz guerrero quedaba sólo la historia contada de su poder. El plebiscito de su pueblo era una realidad probada y cierta. Estaba solo, como las columnas que sostienen la ruina milenaria del templo de Zeus, donde piedras trabajadas con horas de vida de sus artesanos, se olvidaron de sus refugios naturales para ser entregadas a las inclemencias del tiempo; que sin contemplación, azotaron con vientos y agua la furia que el llanto del cielo entregó. Sin embargo, Apolinario era renuente a reconocer alguna debilidad, tampoco pensaba en el ostracismo que lo amenazaba atormentando sus noches de vigilia.

-¡Mira en que te has convertido, Apolinario!, languidece tu poder. Has convertido en hilachas tu futuro, has defraudado nuestros sueños -reflexionan las voces.

Del sátrapa presuntuoso, codicioso, ostentoso, inmortal; quedaba sólo la imagen de un hombre pusilánime, vencido, triste de alma, abandonado a sí mismo. Descreído de su aureola de poder en declive. Había sospechado Apolinario que su omnipotencia se fragmentaría, como los sépalos de las flores.

Sentado en el viejo sillón de mando, en esa nave ostentosa de soberbia, iba quedando desarmado ante el abandono. Su cabellera desaliñada, grasosa, desigual, sin forma; la barba crecida, salpicada de algunos manchones blancos que dejaba el tiempo, reafirmaba sus rasgos marcados como si las horas de la derrota pudiesen escribir en esos surcos: su frustración. La ropa raída, arrugada, contrastaba con la superficie lisa, plana, de color punzó, que tapizaba el sillón, tan codiciado ayer. Hoy, tan desolado.

Más que reflexiones, Apolinario apostaba al desencanto. Se apagaba el refulgente Régimen con el regocijo de sus enemigos. El quetzal abandonaba a su amo, abriendo sus alas, y huyendo de un final anunciado. Va desapareciendo, cruzando la sabara cálida, para mezclarse luego entre las nubes que quiebran su figura, hasta desaparecer por completo en un espacio sin límites, infinito.

Los sahumerios de ortago perfumaban el ambiente viciado de recuerdos, de épocas de esplendor. Apolinario aparentaba ser un desecho revejecido. El tiempo le había caído encima, como su gran derrota. Había encontrado su propio Waterloo.

-¿Cuándo los gnomos buscaron los misterios, abriendo las tinieblas para anunciar el fin de las sombras? -preguntan las voces.

No importaba que el paisaje fuera la maraña de una selva, o el asfalto de una ciudad, porque hoy, en la calle, en las aldeas y ciudades, la gente comenzaba a romper sus ligaduras. Empezaban a liberarse el mismo día que cumplía siete años en el poder. Dejaban que sus voces calladas antes por la represión, brotaran con gritos ensordecedores de protesta. No reclamaban uno o dos o cien necesidades. Eran miles de oprimidos que emergían mágicamente, desde las sombras. Aquellas almas postergadas, burladas, defraudadas y excluidas, hoy se manifestaban. Como si fuesen explosiones, reventando la corteza de la tierra, en búsqueda de ansiadas libertades adormecidas, de tanta sumisión.

Procesiones de pobres; hambrientos, desocupados, ascendían lentamente los podios de la rebelión. Buscando una luz, una esperanza. Buscaban, en realidad, lo que habían perdido. Más oscuridad no podía existir. Tampoco mayor miseria que su presente. Voces enérgicas y brazos crispados elevados al cielo, y también a la tierra, se multiplicaron. Los gritos retumbaban en las paredes de los edificios, calles, ventanas, portones de mansiones temerosas, reforzadas por láminas de acero. Hasta las palomas de las plazas, acostumbradas a dar el paso rápido para que no las pisaran cuando buscaban alimentos, se sumaban a la protesta acompañando las enormes columnas de gente que, caminando, cantando y mordiendo sus miserias, se conjugaban en una comunión solidaria.

-¡El infortunio los unía, sus despojos los fortalecen! -pensó Apolinario.

¿Quién podía explicar al decadente y depresivo Apolinario lo que estaba sucediendo? Y, peor aún, lo que iba a pasar horas después.

¿Quién se atrevía a llevar la información, explicando que se estaban quebrantando las bases mismas del poder? Nadie se ofrecía. Temían todas las reacciones de Apolinario, y también dudaban por sus propias seguridades.

-Las sombras de las horcas ondulaban en la imaginación de todos los cobardes aristócratas, hoy despojados de sus fortunas y, por ende, de su poder -pensó Apolinario, apenado.

Negras nubes, cargadas de agua, rayos y truenos, asomaban amenazantes al poniente. Las figuras de miles de hombres y mujeres perdían la nitidez del contorno, transformándose, cada columna, en poderosos brazos justicieros que, sumados a las fuerzas de sus cuerpos, potenciaban el avance irremediable, inquebrantable e insolente. Todos reptaban atraídos por el Palacio. Los tentáculos sumaban masas de gente en columnas cada vez más compactas en búsqueda de los pérfidos. Los cánticos iniciales permitieron, más tarde, la sumatoria de poesías revolucionarias, mientras los bailes anunciaban las ceremonias de la venganza, que florecían en las columnas impacientes. Contorsiones

misteriosas simulaban un responso, dejando que la muerte retozara en quienes habían sido sus verdugos.

-La epopeya de un pueblo cansado, hastiado y dispuesto más que a reclamar justicia, dispuesto a ejercerla. ¡Estás perdiendo el control, Apolinario! -cantaban las voces.

Epopeya que, de haber sido romana, seguramente sería relatada por la pluma de Virgilio, imitando la Eneida, aplaudida por Augusto. Hoy, son los enemigos de Apolinario quienes iban a escribirla, y sus pintores, artistas del color quienes dejarían las formas de su derrota en su túmulo, imitando las pinturas etruscas que se burlan en el panteón del Leopardo.

Petardos, bombas de estruendo, palos, golpeaban las persianas y cristales por donde pasaba el pulpo revolucionario, que crecía. Nubes de humo tóxico, paralizante, emetizante, lanzado desde los escudos abotinados que martillaban sus escopetas y fusiles nerviosamente. Son los soldados que imitaban los aceros prusianos, las espadas romanas del gladiador, quienes estaban en fila juntando sus escudos, semejando la muralla china de Che Huang ti.

-¿Cuántas murallas se van a necesitar para oponerse a esa marea humana que se viene en búsqueda de la Bastilla? -preguntan las voces a coro.

-¡Eh!, Apolinario, ¿dónde estaban tus poderes y tus aliados omnipotentes? -continúan.

-No acudas a las nostalgias, Apolinario, has despreciado y vejado a quienes te protegíamos de este final que hoy vives angustiado e impotente -acusen las voces.

Quienes caían heridos, doloridos por los impactos del plomo que desangraban su cuerpo, se levantaban ayudados por la dignidad. Quienes ya no podían hacerlo, se arrodillaban y juntando sus manos miraban al cielo oscuro de tormentas, clamando al todopoderoso que no los condenara al fracaso.

Había llantos que acompañaban las amenazas, y también alegrías. Eran los contrastes, como la riqueza con la pobreza; la debilidad con la fortaleza; las risas con las lágrimas que se fusionaban en el camino a la victoria. Abundaban también los palos empuñados por jóvenes, dispuestos a dejar claro que a partir de ese día los espacios en la vida se lo ganan por la fuerza. Cansados de mendigar, estaban dispuestos a morir por quienes han perdido su dignidad y su vida acompañando la lucha por el honor perdido. El “Basta” había invadido a todos, y supieron que durante mucho tiempo habían sido sus propios verdugos. Estaban dispuestos a cambiar. Por primera vez una conciencia colectiva amalgamaba los sueños de libertad.

XIX

“Se oyeron gritos en la sala del lado, luego se hizo el silencio, si alguien lloraba lo hacía bajito. El llanto no atravesaba las paredes.”

J. Saramago

Los confraternos no tienen temor, sino terror. Sus rostros son el reflejo más claro al igual que el avance de los romeros en la saturnalia de Goya, donde la sombra domina esa multitud que se reconoce entre la alegría y el espanto. Ahora, ese cielo plomizo, esa cruel tormenta a punto de estallar, es la que acompaña las hordas con amenazantes y trágicos cánticos. Vaticinando los vientos que moverán los cuerpos colgados de las sogas, en las horcas de las plazas. Truena el cielo, lo cruzan los relámpagos. El filo de las espadas de los rayos aparecen sin anuncio, cortando la noche en una lección luminosa. Retumban los ecos y cae la lluvia prometida, reviviendo las esperanzas de quienes marchan buscando justicia. Han quedado las mansiones solas, abandonadas al pánico. Horas más y estarán destruidas, humeantes transpirando cenizas, mientras los gritos de la victoria asoman en los ojos de quienes hoy marchan desafiantes y decididos.

La arrogancia de Inocencio, la crueldad de Ángelo, la frialdad de Aurelino, la temeridad de Metralleta, o la estupidez de Piojo, estaban licuadas en un solo espacio: la soledad temible de quienes han sido abandonados por sus escudos inmortales. Tiemblan, se estremecen, tocan sus gargantas desnudas, frías y sudorosas. Ven su final colgados todos ellos en la plaza central, en la plaza de los homenajes forzados. Ven pendular sus cuerpos como un reloj sin tiempo, hasta que la soga seccione sus integridades y caigan al piso olvidado, donde el festín de los canes devora sus historias.

Tiemblan de pensar que ya nadie los protege, que sus escoltas corrieron atrás de las hordas rebeldes buscando alquilar sus fuerzas. Tiemblan de pensar cómo les colocarían las sogas y cómo serían arrastrados hasta llegar a los postes preparados para recibir sus pesos. Desbordan de terror, se orinan, permitiendo que las confluencias del líquido perdido genere un espejo mágico donde sus figuras invertidas se reflejan con los ojos del espanto. Un final como éste jamás pudo haberse presentado. Avanza el pueblo encolerizado.

No pudieron ni alcanzaron las vallas, las alambradas, los guardias, los perros asesinos, para frenar esta multitud subida a los carros de la victoria. Arrasaron con todo, convirtieron en olvido y cenizas las propiedades que ostentaron durante tanto tiempo sus verdugos. Ahora van por sus cabezas; no les importan sus fortunas (ya habrá tiempo para recuperarlas). Les interesa el final ejemplar; el cuello de quienes abusaron de su pasividad, su humildad, su paciencia. Es cuando se apoderan de ellos la irracionalidad, las broncas contenidas, las frustraciones y los odios, porque comprobaron que la impunidad se combate con los cuellos cerrados para siempre.

Cae la lluvia como deseando lavar los cuerpos calientes de tanta protesta, de tanto enojo. Están cercando el Palacio; están cercando la banda de funcionarios odiados y temidos, ahora encerrados en su propio pánico. Avanzan con el martilleo de los bombos, los tambores y los palos que tratan de mantener el ritmo impuesto de las broncas.

-Sin denuncias, sin pedidos de justicia vamos por sus cuellos -cantan los manifestantes.

Van por ellos; van por sus cabezas impávidas, pálidas, frías, que nunca podrán tener sus verónicas. Tampoco tendrían el futuro. Estarán suspendidas hasta que el silencio de la tormenta caiga sobre sus cuerpos pendulantes, ahora azules y abandonados. Se inquietan ellos: los metralletas, los piojos, los lulús. Vacilan los bigotes, las focas, temen los poderosos que ya no encuentran lugar, ni refugio. Trepidan todos en esos salones donde impartieron injusticias; donde las lágrimas de quienes acudían a buscar el refugio de sus miserias, eran rechazados como los leprosos separados de los pueblos, en las cuevas olvidadas de las montañas.

Tiritan pensando que en pocas horas más enfrentarán a miles de encapuchados anónimos, cuyas manos estarán adelantadas a sus gargantas, y que luego llevarán las sogas anudadas como premio a su protervia. Avanzan. Cantan. Gritan. Amenazan. Pero sobre todo avanzan. Es inexorable su llegada. También temida.

Allí están, derrumbando los portones abandonados por los guardias. Aparecen en los pasillos gritando sus nombres, marchan los ejércitos sin plomos, avanzan los miles de hombres y mujeres que los llevarán intactos hasta las plazas; luego serán testigos de sus muertes en el silencio de la admiración por justicia lograda, sabiendo que ya no habrá ángeles para recuperar sus almas. Estarán los demonios esperando descuartizar sus almas, para llevar lo que puedan a sus infiernos.

XX

“A los personajes de mi novela: Saben ellos que estoy contentísimo con su desempeño, pero ruegan que esto lo diga antes de la novela y no espere a su conclusión.”

Macedonio Fernández

-¿Dónde está Ester, Apolinario? ¿Dónde está esa mujer que te ha llevado a tu desgracia? ¿Qué ha sido de ella, Apolinario, ahora que te encuentras abandonado y en esa soledad que anunciábamos por tus caprichos y debilidades? Has visto esas multitudes haciendo justicia por mano propia. Ahora ves los cuerpos balanceándose en los mástiles de las horcas. Cuando tus brujas anunciaban tu ocaso, preferiste los placeres de la carne. Abandonaste tu propio futuro -corean las voces.

Son las ocho sinfonías de Schubert las que acompañan a Ester refugiada en su casa, al lado de los burdeles cerrados y desolados. Esa noche, entre truenos y relámpagos donde Selene reina, es testigo de la primera rebelión por justicia de los pueblos enfurecidos. Era el contraste entre el arte y la violencia. La paz y la guerra. Ester se buscaba a sí misma.

Ester, al igual que Betsabé de Rembrandt, está en el baño esperando que las esencias y fragancias de sus sahumeros empañen el cristal que refleja su belleza desnuda. Sabe Ester que Apolinario está acabado. Sabe que no hay un solo resquicio que le permita un escape.

Está convencida de su destino, fortuna y un final. Los relámpagos iluminan el baño mientras el cristal del espejo empañado borra su figura anunciando su partida. Los vapores permiten que aspire un aire tibio, cálido, húmedo. Parece una de las tres gracias de Rubens, encendida esporádicamente por los relámpagos. Ester no le teme a los truenos, los espera, los desea porque estremecen su cuerpo. Se quiere viva.

Se quita Ester la papalina y cae su cabello en libertad sobre sus hombros. Toma el toallón, seca sus lágrimas y relee la carta de Apolinario adornada, rodeada de una orla de flores que por primera vez la conmueve hasta descubrir el sufrimiento.

“Mi desgraciada mujer:

Cuando leas esta carta ya estaré gozando de una solaz paz eterna. Una población sediciosa habrá derrumbado mis sueños, por lo tanto no se justifica mi presencia en los palacios del poder. Aquel poder que construimos juntos y que hoy ha desaparecido; al igual que mi gente de confianza. Todos me han abandonado, como a Rómulo / Remo, por casualidad resguardados y amamantados por una loba. A mí, nadie me protegerá. Es más, pienso que seré el Pancho Villa de mi país cuando sea asesinado. Recuerda que Villa, en realidad, se llamaba Doroteo Arango, aun así, Plutarco Elías Calles dio la orden “maten a Villa”; Plutarco mató un hombre con dos nombres, Villa y Arango.

Al menos yo seguiré siendo :Apolinario Reyes Del Manchón; un hombre con un solo nombre, y también el elegido; pero también: el condenado.

Seguramente mis ex colaboradores estarán en sus últimas horas de vida. Eso me alegra porque me duele más la traición que mis heridas sangrantes.

Ellos me juraron lealtad, y así los bendije dándoles poder y también grandes fortunas. Los elegí cuidadosamente pero me doy cuenta, tarde, que me equivoqué.

Yo los había seleccionado por sus deslealtades, por eso me han entregado. Seguramente habrá un Plutarco con una orden cercana. Mi infortunio comenzó cuando tuve que hacer matar a mis dos brujas culpa tuya, ¿escuchas? Por tu culpa, Alticia y Amanda ya no están. Ellas me hubiesen protegido, ¡ah!, los errores. Los pagaré caro.

En realidad, esta carta es para decirte que nunca te he querido; que sé de tus andanzas por los prostíbulos, aun cuando te colmé de riqueza. Sé de tu safismo y también de tus exageradas ambiciones, por lo tanto puedes sumergirte en una cloaca. Tu cloaca.

Yo buscaré una caverna para vivir muriendo, al igual que Quirón, el centauro de Pelión.

Ojalá te castigue en vida y sufras eternamente, no podría enviarte un ósculo.

Te maldigo para siempre.

Nunca tuyo,

Apolinario Reyes Del Manchón”

Ester dejó la carta mientras secaba sus lágrimas con el antifaz negro de sus andanzas, curiosamente testigo de los placeres y también ahora de sus fracasos. Piensa en la majestuosidad de los salones del palacio de gobierno; recuerda el ingreso triunfal de su estrella inapelable e implacable cuando abrían las puertas para que ella: la mujer de Apolinario, dividiera la multitud en dos, abriendo un camino entre obsecuentes que destilaban sonrisas obligadas a su paso y ofrecían voluntades serpenteando los mosaicos del mármol blanco. Pasa Ester del triunfo magistral al ocaso del moribundo abandonado en su desgracia; sólo podía acudir a las figuras fantasmales de los recuerdos. Supo Ester cubrirse

con “la piel del león” de Erasmo para entender que el final es obra de cada uno; así también, de su propia soledad.

XXI

¡Oh!, hermanos míos, no pasará mucho tiempo sin que broten nuevos pueblos, y sin que nuevos manantiales rujan, en nuevas simas. Pues el terremoto ciega muchos pozos, y produce sequía, mas también saca a luz fuerzas interiores y secretas.”

F. Nietzsche

Han llegado. Han tomado a cada uno de los pérfidos colaboradores; rufianes sanguijuelas del poder que se escondían en un cobarde lamento, pidiendo el perdón que nadie estaba dispuesto a conceder, porque las memorias atesoran su negación sistemática a la hora de los juicios y condenas posteriores. Los llevaron, los sacaron de sus nidos de protección. La guardia pretoriana había huido, ahora son ellos quienes debían defenderse. Pero eran tan pusilánimes que sólo atinaban a pedir clemencia, en medio de los reclamos de justicia.

Llevaban a todos a la plaza. Obligándolos a cruzar los pasillos humanos que vomitaban diatribas, escupiendo saliva espesa sobre sus rostros mojados de lluvia y lágrimas. Lloran los sentenciados, claman al mismo infierno donde nacieron. Nadie les tiene la compasión que imploran.

Ha llegado el momento de la verdad. Les han hecho jirones sus ropas y las hilachas cuelgan chorreando la lluvia, mientras los relámpagos transfiguran sus rostros pálidos de miedo. Han colocado las sogas ajustando los nudos y, en segundos más, colgarán de los mástiles esperando su mortaja.

El pueblo festeja su venganza y promete regresar cada vez que descubran un orgulloso y palurdo corrupto. La procesión está enardecida. Las cabezas violáceas de Metralleta, Foca, Bigote, Enganche, Piojo Negro, acompañan las convulsiones de quienes ya no respiran. El pueblo proclama su justicia. Por primera vez se sienten libres y sin culpas.

Ahora se dirigen a la búsqueda de Apolinario Del Manchón. La tormenta y sus truenos anuncian el final. Los sepulcros esperan. Apolinario está escondido en el granero de avena de la secta. Curiosamente ha regresado al génesis. Han pasado tantos años que nadie sospecha de su refugio. Entró abriendo el portón de madera, repasó el patio de ceremonias y un escalofrío invadía su columna. Se vio adentro de ese potrillo, que relinchaba

desesperado mientras evisceraban su abdomen. El recinto estaba vacío pero había a sus costados cuatro candelabros con velas negras sin usar.

Recordó la masacre que él, cuidadosamente, había programado ese viernes de traición. Recordó cada rostro descubierto de las túnicas negras, que mostraban la incredulidad de su muerte. Recordó el rostro del gran sacerdote, que a pesar de estar muerto lo miró tan fijamente que destiñó la retina del ojo derecho y le marcó en ella la sentencia de la cofradía. Sentía Apolinario voces lejanas, cánticos de rezos que acompañaban las ceremonias satánicas de su niñez. Abrió lentamente el portón de madera y vio la columna de sombras negras, que enfilaban hacia el granero portando velas encendidas. Supo que venían por él, para el sacrificio final. La entrega a Lucifer.

-¿Crees que me he olvidado de tu traición, Apolinario? -sonaba la voz de Tiburcio.

-¿Quién eres? -preguntó Apolinario, tratando de identificar de dónde salía la voz.

-¿No lo sabes?, Ja Ja Ja -y la risa hizo temblar las estructuras del galpón-. ¡Lucifer! Tu amo y señor de los infiernos, a quien has traicionado. Soy tu conciencia negra. Soy tu ambición. Tus traiciones, tus venganzas; soy tus brujas que mataste, soy todo lo que eres, Ja ja ja ja.

-¿Qué quieres? -preguntó Apolinario, desesperado.

-Quiero que tiembles, Apolinario, que sudas, que tu cuerpo levite, que se abran tus venas del cuello al igual que el potrillo de tu sacrificio; quiero que tus vísceras sientan dolor, quiero que tu cerebro se desagote de recuerdos, ideas y pensamientos, quiero que te conviertas en un objeto de caminos inciertos, que no sepas quién eres, ni qué deseas, quiero que sólo veas en tus ojos sombras negras que mataste sin piedad, quiero que todo lo que te apetezca muera, quiero que seas un alma en pena, no un alma en mis infiernos -sentenció la voz uniéndose al coro.

-Serás para siempre: la nada, ¿sabes qué es eso, Apolinario? Nada, Ja Ja Ja -ríe Tiburcio, y su carcajada retumba en el recinto vacío, mientras se acerca nuevamente una multitud que canta marchas de venganza.

-Vienen por ti, Apolinario, buscan tu garganta -vaticinan felices las voces.

Apolinario sudaba; sudaba agua, sangre, suero; sudaba colores, sudaba gusanos, mientras las venas del cuello se abrían con tajos netos, horizontales, finos. La sangre brotaba azul negra y filamentos amarillos colgaban de las heridas, sin caer al piso. Apolinario levitaba, comenzaba a elevarse lentamente, con los ojos abiertos, cada vez más teñidos de negro, sus piernas y sus brazos cuelgan sin movimientos; desparraman gusanos que retozan. Apolinario siente dolores en sus vísceras; dolores intensos que producen el grito brutal de lo imposible. Nota Apolinario que de sus orejas y sus narices salen líquidos blanquecinos, gelatinosos. Descubre que junto a ellos caen sus recuerdos, sus secretos, sus temores, sus éxitos. Ve que se está vaciando su cerebro, que está olvidando su pasado, que ha perdido los deseos y se han esfumado las siluetas de sus brujas; de Ester, de Alticia, de todas sus aventuras, sus amores, y sus odios. Ve Apolinario cómo, por dos orificios, se va su alma. Siente que está quedando hueco. Su cuerpo está secándose, su cerebro se perdió, su vista sólo ve sombras.

-¿Hasta dónde, maldito, me llevarás? -alcanzó a preguntar antes de perderse.

-Hasta nunca, Apolinario, hasta tu nada -y ríen Tiburcio y Lucifer hasta estremecer el vacío.

Llegan cantando miles de hombres y mujeres amenazantes, deseosos de la venganza final. Cantan; cantan letras de odios postergados, de sueños aplastados, cantan letras de hambre, estrofas de miserias cargadas en sus espaldas por años, por miedos, por amenazas, por vida. ¿Qué pueden cantar los que se olvidaron de los sonidos? Avanzan, llegan, convergen hacia el galpón de avena donde saben que está Apolinario. Llevan en sus manos palos, latas, garrotes, armas, cuerdas, sogas, hierros, púas, cuchillos.

Tienen sus mochilas invisibles cargadas de tristezas, de frustraciones, de humillaciones. Pesan, Apolinario tus daños, has hecho de ellos las sombras que van a perseguirte hasta que te entierren. No tendrás paz, Apolinario. Tampoco sueños. Todo lo que te queda de camino, serán pesadillas interminables.

Apolinario está descendiendo. Su cuerpo que flotaba en el recinto vacío, caía con levedad sin historia, sin pasado, sin presente y sin futuro. Los coros de los manifestantes se acercan pidiendo justicia, y la Horca de Apolinario.

Subió un hombre odiado ayer, baja hoy, una pluma intrascendente, inerte, Apolinario no tiene sangre. Su cabeza ha perdido sus recuerdos, el cerebro ha sido licuado, la piel está fría, seca, arrugada. Apolinario no piensa, no razona, no siente. Apolinario está absolutamente en “La Nada”.

Está parado mirando sombras negras; está justo en el centro del recinto de ceremonias, al lado de la estaca que supo contener las fuerzas del potrillo. La multitud que aparece gritando y pidiendo venganza, encuentra un esperpento ridículo. Una masa seca, ajada, inerte. Un hombre reducido a la expresión del vacío. Un hombre que sólo puede ver figuras negras lastimadas, agonizantes. Es una cosa cubierta de ropas sucias, vomitadas de odios y saturadas de excrementos fétidos. Se acercan: los palos, las armas y las cuchillas, pero quedan suspendidas en el aire, paralizadas. ¿A quién van a ejecutar?

-¿Quién es este maloliente instalado en el centro del recinto? -preguntan las masas.

-¿Eres Tú, maldito? -gritaban en coro todos los justicieros.

-Es la nada -dijo alguien entre la multitud con voz grave.

De la ventana que mira al oeste, se podía divisar un pájaro blanco, inmenso, majestuoso, que sobrevolaba directamente el recinto. Atos había regresado a buscar a su amo, o el despojo que queda de él. Atos cruza la ventana, su plumaje blanco muta en un color negro ceniza. Se posa Atos en la hombrera de Apolinario, se queda estático mirando esa multitud paralizada y desconcertada. Apolinario ya no habla. Atos no escucha. El silencio había cubierto el vacío. Las respiraciones encontraban cómplices para romper esa tumba. Apolinario avanzó abriendo un camino desconocido, entre los manifestantes que lentamente retrocedían haciéndose a un lado; dejando el espacio justo para que Apolinario continuara caminando. Avanza estirando sus brazos, abriendo el aire viciado del recinto. Atos no se despegaba de su hombro; sus plumas cada vez más negras, como el futuro de Apolinario, presagiaban un porvenir lleno de incertidumbre.

-Camina, Apolinario, trata de hacerlo siempre en línea recta, porque si te desvías harán de ti un cofre de restos, un budín de carroña, como lo mereces, como será si no escuchas -aclaran las voces, cada vez más fuerte.

Quienes sobrevivieron a la masacre de la cofradía, se juntaron al centro del recinto colmado de gente excitada, desorientada, confusa. Avanzan las sombras silenciosas en

medio de la noche del suplicio; llevan los cirios encendidos protegidos con las manos, para que el viento no las apague. Cantan las sombras; corean el nombre del señor de los infiernos, han regresado de los abismos del dolor, para hacer de Apolinario su sacrificio. El gran sacerdote erguido, orgulloso, sin túnica que cubriera su cuerpo desnudo, lleva en su mano derecha una lanza de filosa punta. Carga en su hombro izquierdo un macho cabrío que protesta su imposibilidad de escapar. Bala, mueve sus patas indefenso, pelea su libertad aun sabiendo que será la prenda del sacrificio. Llegan las sombras negras al recinto, truenan el cielo, fusilan la oscuridad los relámpagos; lloran las nubes invisibles y cae el rayo clavando su punta en el árbol que muere quebrado, impotente, ante tamaña energía.

Elevan los coros su lamento hasta que unifican las letras, anunciando el inicio de la ceremonia. Apolinario ha quedado solo. Solo nuevamente en el centro del recinto cercano a la estaca, que décadas atrás contuvo al potrillo que lo recibió desparramando vísceras. Rodean las sombras al guerrero vencido, miran su pobre figura atormentada, le quitan su ropa, lo bañan en emulsiones negras que patinan en su piel. Grita Apolinario, grita por el perdón.

Nadie lo escucha, nadie contempla su lastimoso pedido. El coro aumenta. Las voces se cristalizan flotando en la suma de los cirios encendidos que iluminan el recinto. Las sombras escapan, se mueven, se retuercen y confunden con una cuerda con las cuales sujetan el condenado, mientras el sacerdote atropella con su lanza, incrustando su punta en el pecho de Apolinario, que cree revivir la escena como si fuese el toro de Creta al que hubiesen atravesado.

Una sombra negra aproxima una vasija que contiene la sangre. ¿Es la maga Circe, que trae la vasija?, ¿es la mujer vampiro?, ¿es la sacerdotisa?

-¿Quién es, Apolinario, la que roba tu esencia roja? -preguntan las voces.

Ella bebe la sangre, moja su rostro, lo cubre de escarlata, mientras sus ojos destilan luces blancas y rojas que cruzan el recinto sagrado. Los lobos negros, erizados por el rito, descarnan los muslos de Apolinario, que desea vencer al coro que silencia su grito de dolor. Deja el sacerdote el chivato, cruza su garganta, estira la explosión de sangre para que caiga lloviznando sobre el maltratado cuerpo de Apolinario.

La sacerdotisa disputa la presa, como Aquiles reclama el botín a Agamenón. Es esa frágil figura la que está llena de odio, la que tiene la fuerza; sin embargo su belleza alcanza para ser Afrodita, mientras que con un enmarañado lenguaje se dirige a su cautivo siervo para anunciarle que, atrás del dolor, viene el placer.

El coro sigue ocupando el recinto de notas, de palabras, de gritos, de súplicas, mientras la sacerdotisa escarlata descubre su belleza tirando la túnica negra. Es cuando, mezclando la sangre de Apolinario y el cabrío, se baña.

Es una mujer ardiente, una brasa rojiza, de bellos ojos negros, como su pelo largo que supera la cintura, la que posee a Apolinario desfalleciendo. Lo atrapa, lo hace suyo, quitándole su alma que fluye por su boca. Y luego, luego estalla el placer con la mirada perdida, quieta, intacta, que mira más allá de las galaxias. Su cuerpo se contrae en un espasmo secreto que atormenta la cintura de Apolinario; lo ahoga.

-Acaba de comulgar con el demonio -corean las voces.

Estallan las sombras; los relámpagos disfrutan su luz, los truenos rebotan en las nubes, el recinto esta poseído, atrapado por el demonio que se ha nutrido de un alma más. Hay un enorme fuego sin calor, llamas que danzan entre las sombras sin quemarlos, música

desconocida que no brota de las gargantas de las sombras; se enciende Apolinario, lucen las batallas, aparecen las imágenes de una guerra de revancha, de la lucha salvaje. Aparecen los cuerpos mutilados de cientos y miles de hombres, apilados en los campos, en las cloacas, en las tumbas. Pisa Apolinario sus cabezas, sin importarle su nombre las aplasta, las ignora. Está solo en esa batalla que no sabe aún si está ganada, porque su bandera la tiene una mujer que tampoco es la Afrodita, pero que está envuelta en la plenitud orgásmica.

Acaba de poseerlo; es una mujer que, encima de los cadáveres, levanta una bandera ensangrentada, como si hubiese triunfado. Tiene esa mujer sus senos descubiertos, que ondulan en cada grito, como olas mansas de mar, y acompañan sus brazos que destilan fuerza, con sus puños cerrados, tensos, potentes.

-Es Eurídice, Apolinario, es ella, la mujer de los infiernos. La mujer que te tiene cautivo, enloquecido, paralizado; es ella la que espera que la música de Orfeo dome las fieras que le impiden escapar a su encuentro -aclaran las voces.

-Espera, Apolinario, ésta es tu batalla; esa sacerdotisa que te ha secado, que se ha llenado de tu alma; seguramente te dejará vivo. Piensa, Apolinario, te han succionado cada gota de sangre, te han descarnado tus piernas, se ha bañado con tus fluidos y ha matado tu honor -corean las voces.

-¿Qué eres, Apolinario? Nada, no eres nada -dicen las voces.

-Eres una masa ensangrentada, vacía y fría. Tu condena será vivir sin nada, por más que levantes tus manos sujetando el escudo del guerrero. Eres la Nada; simplemente así: Nada -corean las voces.

Apolinario sigue caminando por las calles, las montañas; deambula, vaga. Es un sonámbulo de la vida, una escoria, descalzada; un retazo del género de la historia. En las enormes y solitarias playas, deja sus huellas en una arena cálida que no soporta ser deformada y acude a las caricias del mar para borrarlas. Diciéndole también a Apolinario, que él nunca pasó por allí.

Que el mar y la playa no quieren que deje sus huellas. Que la vida, llena de libertad, vale más que su decadente régimen.

-Eres un hombre sin destino, condenado a deambular como el leproso en las montañas; has quedado sin razón, sin mirada, sin pensamientos, sin sensaciones y estás como en tu primer día de vida, luego de aquella ceremonia satánica, donde te robaron tu alma -condenan las voces.

-Camina, Apolinario, camina por esos senderos abandonados, por esas huellas donde la gramilla ni siquiera crece, donde las grietas de la tierra se parten. Camina, Apolinario, no dejes nunca de hacerlo, ése es tu destino. Llevar la nada a todos, para que nadie te siga -coreaban las voces, que comenzaron a cantar las últimas estrofas del himno satánico.

Luego, una de ellas, recitó el poema de despedida en un descenso sin fin.